# ENIGMAS HISTÓRICOS AL DESCUBIERTO

César Vidal

DE JESÚS A BEN LADEN






¿Por qué estuvo Espaa sola en Lepanto? ¿Cuándo nació Jesús de Nazaret? ¿Fue Ben Laden un agente de la CIA? ¿Quién ordenó el asesinato del general Prim? ¿Quién y por qué realizó las matanzas de Sabra y Shatilla? Preguntas como éstas se han repetido en muchas ocasiones son encontrar una respuesta suficientemente aclaratoria. En el presente libro, César Vidal se enfrenta con veinticinco enigmas históricos y los resuelve de manera documentada, imparcial y sólida. El resultado es un libro interesante y ameno que gusta por igual a los aficionados a la Historia y a los totalmente profanos porque, finalmente, en esa Historia nos hallamos inmersos todos.



César Vidal

# Enigmas históricos al descubierto

## de Jesús a Ben Laden

ePub r1.1

jandepora 29.10.13

Diseño de portada: Opalworks

Editor digital: jandepora
ePub base r1.0



*A los compañeros de la redacción de* Libertad Digital*, que tantos momentos gratos me proporcionan*

# Introducción

Si tuviera que enumerar alguno de los placeres relacionados con la investigación histórica con los que me he topado a lo largo de mi vida, estoy convencido de que en los primeros lugares figuraría el descubrimiento del misterio. Ciertamente, la labor historiográfica, aunque siempre debe buscar narrar la realidad como fue, reviste maneras muy distintas de expresarse. Con seguridad pocas resultan más gratificantes que aquellas que, de manera inesperada, nos muestran que los hechos y las personas no fueron tal y como se nos ha dicho tantas veces, que determinadas versiones históricas han de ser descartadas porque se originaron en la pereza, la maldad o la pura ignorancia y que en nuestras manos reside la posibilidad de hacerlo. En ese trance el historiador no se convierte en canal de propaganda —como, lamentablemente, sucede tan a menudo— sino en cauce de verdad.

Ese tipo de trabajo historiográfico concluye en ocasiones con la redacción de gruesos volúmenes donde se dan cita una selección de fuentes numerosas y conclusiones documentadas. Sin embargo, no resulta inhabitual que en otras ocasiones los hallazgos se circunscriban a aspectos más limitados en su exposición y más idóneos para ser recogidos en un artículo o un reportaje periodístico.

A lo largo de más de quince años de investigación histórica, como es el caso del autor de estas líneas, ese tipo de hallazgos se va sumando en carpetas, notas sueltas y apuntes que obedecen al deseo de que no se pierda lo que apareció en el curso de una investigación mayor, a la curiosidad de ver lo que de real existe en alguna información repetida vez tras vez por los medios de comunicación, a la respuesta proporcionada en medio de algún debate televisivo o a las preguntas de algún lector que escribe ansioso por dilucidar la realidad que se oculta tras determinado episodio histórico. Soy consciente de que muchas veces tales materiales acaban perdiéndose sin llegar a cuajar más allá de una conversación con amigos aficionados a la Historia, pero en otras terminan encontrando su camino hasta el papel y allí quedan recogidos con mayor o menor fortuna.

Fue así cómo una parte de los enigmas aquí recogidos aparecieron publicados en *Libertad Digital,* el prestigioso periódico en internet a cuyo director, Javier Rubio, debo agradecer la gentileza de permitir ahora su publicación impresa. Aunque la versión que aparece en este libro presenta algunas variaciones en cuanto a su extensión y formulación con los enigmas ya publicados en la red, recoge sustancialmente los mismos contenidos. Otra parte de los capítulos que aparecen a continuación deriva, por el contrario, de ese conjunto heteróclito de materiales que se van acumulando de manera dispersa y al que antes hacía referencia.

Como seguramente sospechará el lector, los veinticinco misterios resueltos en este volumen son únicamente una porción mínima de los que se han ido acumulando en mis archivos por las razones citadas o por alguna otra más. Seleccioné éstos —que aparecen recogidos de manera cronológica— conjuntamente con mi editor Ricardo Artola porque en ellos se combinan diversos aspectos que me parecen de interés. En términos temporales, abarcan grosso modo los últimos dos mil años de Historia humana a los que no se puede negar su carácter esencial. Precisamente por ello comienzan con la figura de Jesús de Nazaret, a partir de la cual contamos nuestra era y concluyen con Ben Laden, el personaje que más ríos de tinta —no siempre nítida ni clara— ha hecho correr precisamente a partir del primer año del nuevo milenio.

Temáticamente, he procurado que la selección resultara lo más polifacética posible. Así, en este volumen aparecen enigmas de tipo religioso junto a otros de carácter político, se combinan las

cuestiones morales con el espionaje, se desvela la red de propaganda que ha seguido cubriendo acontecimientos históricos cercanos e incluso se relata la realidad que históricamente subyace en ciertas afirmaciones que, no por repetidas muchas veces por la prensa, resultan ciertas. Espero que el resultado final haya sido satisfactorio.

A diferencia de la mayoría de mis trabajos relacionados con la Historia, la presente es una obra de divulgación —e incluso, si se me permite decirlo, de entretenimiento con base histórica— y carece de otras pretensiones que no sean las de acercar la macrohistoria a los lectores profanos o meramente aficionados. No he renunciado ni un instante al rigor en ese cometido pero, formalmente, se pueden apreciar considerables diferencias entre este libro y otros ya redactados por mí en el pasado. Para aquellos que deseen profundizar en las tesis, cuidadosa y documentadamente contrastadas, suscritas en estas páginas, he añadido al final de la práctica totalidad de los capítulos un comentario bibliográfico donde indico obras que podrán colmar en un primer paso ese deseo.

Nada más. Basta ya de preámbulos. Los enigmas y su resolución los están esperando. Adéntrense en ellos y disfrútenlos.

*Madrid, primavera de 2002.*

# 1
# ¿Cuándo nació Jesús de Nazaret?

Para la mayoría de las personas, el nacimiento de Jesús se produjo en la noche del 24 al 25 de diciembre del año cero, tal y como parecería desprenderse del calendario —litúrgico y civil— que utilizamos en la actualidad. Que nuestra era está marcada por el impacto que ha significado para Occidente, primero, y para el resto del mundo después el nacimiento de Jesús es un hecho que no admite duda. Sin embargo, desde una perspectiva historiográfica persiste una pregunta: ¿cuándo nació Jesús?

Para el común de los mortales, Jesús nació durante la noche del 24 al 25 de diciembre de un año que podríamos denominar convencionalmente cero. Los datos históricos apuntan, sin embargo, a unas coordenadas temporales bien distintas. Por curioso que pueda parecer, Jesús nació antes del inicio de la denominada era cristiana o era común. El Evangelio de Mateo 2, 1 ss —un texto que el descubrimiento del papiro Thiede obliga a fechar en torno al año 40, es decir, menos de una década después de la ejecución de Jesús— señala que el nacimiento se produjo cuando aún vivía Herodes el Grande. De este monarca de origen idumeo, aunque reinó sobre Israel, conocemos casi todo gracias a los datos contenidos en las obras históricas de Flavio Josefo y en algunas fuentes clásicas. Entre ellos se encuentra el hecho de que murió en el año 4 a. J.C. Esta circunstancia, muy bien atestiguada históricamente, nos obliga a concluir que Jesús debió de ver la primera luz antes de esa fecha y, de manera indirecta, nos proporciona una explicación también histórica para el episodio de la denominada estrella de Belén, que aparece recogido asimismo en el Evangelio de Mateo 2, 2.

Motivo de inspiración para artistas y teólogos, fue el astrónomo Kepler uno de los primeros en relacionar la mencionada estrella con una conjunción astral que resultara visible en la Palestina del siglo I. Su fecha de aparición fue precisamente el año 7 a. J.C., lo que coincide con el nacimiento de Jesús en un tiempo anterior a la muerte de Herodes tal y como señalan los Evangelios. Por añadidura, existe un nuevo dato documental que apunta al nacimiento de Jesús en esa fecha.

El Evangelio de Lucas 2, 1 ss señala que la familia de Jesús se vio obligada a desplazarse a Belén obedeciendo una orden de censo relacionada con el romano Quirino. La veracidad de este dato se ha discutido ocasionalmente pero, hoy por hoy, resulta irrefutable y también es indiscutible que se produjo en las fechas señaladas, como dejaron de manifiesto los hallazgos arqueológicos realizados a finales del siglo XIX por el británico William Ramsay.

El nacimiento de Jesús en la época de Herodes iba a tener consecuencias de especial trascendencia. Fundamentalmente iba a constituir un argumento nada débil a favor de que Jesús fuera considerado Mesías por muchos de sus contemporáneos. De acuerdo con el Antiguo Testamento, el Mesías —literalmente, «ungido»— iba a ser un personaje de la estirpe del rey David que salvaría a Israel y, al mismo tiempo, redimiría a la Humanidad. Las características —e incluso la fecha de aparición— de ese personaje providencial se habían ido perfilando en una sucesión de escritos considerados proféticos cuya redacción se extendió del siglo XV al siglo V a. J.C.

Curiosamente, una de las profecías contenidas en el libro del Génesis, el primer libro de la Biblia, en el versículo décimo del capítulo 49, señalaba precisamente que la llegada del Mesías (el Silo) tendría lugar justo en un momento en el que sobre Israel reinara un personaje que no perteneciera al pueblo judío. Esa circunstancia históricamente sólo se dio con Herodes el Grande, precisamente el monarca durante cuyo reinado nació Jesús.

No se trataba del único vaticinio mesiánico que coincidía asombrosamente con las circunstancias del nacimiento de Jesús. La denominada profecía de las setenta semanas contenida en el libro veterotestamentario del profeta Daniel 9, 20 ss apuntaba también a una fecha de aparición del Mesías que coincidía con la del nacimiento de Jesús. El Mesías, por tanto, debía nacer en esa época.

Conocemos, así, el año aproximado —7 a. J.C.— en que nació Jesús, pero ¿qué sucede con lo relativo al día y el mes? La fecha del 25 de diciembre no es anterior al siglo tv e incluso en no pocos países se celebró el nacimiento de Jesús el 6 de enero —actual fiesta de los Reyes— hasta bien entrada la Edad Media, por lo que la base para considerarlo la fecha histórica del alumbramiento de

Jesús resulta débil. Por otro lado, en esa época del año las condiciones climatológicas de Belén, el lugar donde nació Jesús, son generalmente muy frías y encajan mal con los datos evangélicos referentes a unos pastores que dormían al raso. Más posible, desde luego, es que Jesús naciera en una fecha cercana a la primavera.

Finalmente, debemos detenernos en la cuestión del lugar del nacimiento de Jesús. La profecía de Miqueas escrita en torno al siglo VIII a. J.C. señalaba en su capítulo quinto que el Mesías debía nacer en Belén, la población en la que había visto la primera luz el rey David. Ciertamente, en los Evangelios Belén aparece también contemplada como la ciudad donde nació Jesús. Se ha convertido en una moda decir que ese dato es falso y que, en realidad, Jesús nació en Nazaret, pero la verdad es que no poseemos una sola afirmación en fuentes antiguas que implique el nacimiento de Jesús en esa localidad de Galilea —aunque sí su residencia posterior— y, además, las fuentes son unánimes en apuntar a Belén. Pasar por alto esos datos resulta, por tanto, una falta de sensatez historiográfica realmente pasmosa. Por otro lado, el nacimiento de Jesús en Belén se corresponde con otros datos documentales que poseemos sobre Él. Tanto los Evangelios como el Talmud apuntan a su pertenencia a la estirpe de David, posiblemente a través de una rama secundaria, y sabemos igualmente por Eusebio, que cita de fuentes anteriores, que todavía a finales del siglo I el emperador romano Domiciano ordenó el interrogatorio de parientes cercanos de Jesús para asegurarse de que no se unirían a movimientos de carácter antimesiánico dada su relación con el linaje de David. Que por tanto la familia de Jesús acudiera a Belén para cumplir con el trámite del censo y que en el viaje se produjera su nacimiento —un dato corroborado por distintas fuentes— tiene una carga de verosimilitud nada desdeñable.

Ciertamente, Jesús no nació el 25 de diciembre del año cero, pero los datos proporcionados por los Evangelios encuentran su corroboración en fuentes independientes de los mismos. Lo que se desprende de esas noticias tiene una enorme importancia en la medida en que nos arroja luz sobre los primeros momentos no sólo de la vida de Jesús sino también del cristianismo. Jesús nació en el momento, en la familia y en las circunstancias apuntadas por los profetas para que tuviera lugar el nacimiento del Mesías y, de manera sorprendente, a medida que se fue desarrollando su vida otras notas referentes a aquel misterioso personaje se fueron dando en él como es el caso de su pasión y muerte descritas varios siglos antes del nacimiento de Jesús en el capítulo 53 del profeta Isaías. En este hecho radica en buena medida una de las claves para comprender el impacto que Jesús, su vida y su enseñanza tuvieron desde el principio.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

El estudio histórico de la figura de Jesús constituye una de las causas peor servidas por los historiadores prácticamente desde la Ilustración. Mientras que a un lado se alinean los que pretenden modelar a Jesús partiendo de su configuración confesional —tarea bien complicada si se tiene en cuenta que fue un judío que nunca renunció a serlo—, enfrente se agrupa un heteróclito colectivo de sacerdotes que perdieron la fe, católicos que dejaron de serlo y propugnadores del materialismo histórico cuya relación con la crítica histórica seria es meramente casual —si es que existe— y cuyo conocimiento de las fuentes resulta cuando menos deplorable. Lo cierto es que, a diferencia de la mayoría de los personajes históricos, Jesús sigue planteando retos que deben responderse y el deseo, quizá inconsciente en algunos casos, de eludirlos impulsa a ciertas personas a intentar demoler dialécticamente lo que históricamente tiene una extraordinaria solidez. Posiblemente uno de los espectáculos más patéticos en este terreno sea asistir a la redacción de libros y panfletos pedantes y carentes de solidez historiográfica que repiten tesis con olor a naftalina surgidas en el siglo XVIII y regurgitadas durante el XIX y las primeras décadas del XX. Su atraso es aún mayor al que supondría en el terreno de la informática abandonar el CD-ROM o los disquetes para optar por las tarjetas de cartón perforado.

A pesar de todo, los buenos estudios sobre Jesús existen y derivan en no pocas ocasiones de autores judíos. Sigue ocupando entre ellos un puesto de honor *La vida y los tiempos de Jesús el Mesías,* de Alfred Edersheim, una obra extensa, documentada y con abundantes referencias a las fuentes judías.

Sobre la época de redacción de los Evangelios sigue siendo de lectura obligatoria el libro de J. A. T. Robinson *Redating the New Testament.* Aparecido en los setenta, dio lugar a un debate historiográfico que ha abundado en sus tesis insistentes en que los cuatro evangelios canónicos se redactaron antes del año 70 d. J.C. Coincido sustancialmente con esa visión y a ella he dedicado un apéndice en *El legado del cristianismo en la cultura occidental* (Madrid, 2002). Igualmente le había dedicado algunas referencias en mi *Diccionario de Jesús y los Evangelios* (Estella, varias ediciones).

La referencia a la conjunción astral observada por Kepler ha sido recogida en varias obras, ya que es un hecho muy conocido —lo que no excusa que también haya gente que lo ignore—, pero la versión más popular, divulgativa y accesible se encuentra en W. Keller *La Biblia tenía razón* (Barcelona, varias ediciones).

Por lo que se refiere a las profecías mesiánicas y sus categorías —hijo de David, siervo sufriente, etc.—, le he dedicado considerable espacio en *El judeo-cristianismo en la Palestina del siglo I. De Pentecostés a Jamnia* (Madrid, 1993), y en mi *Diccionario de Jesús y los Evangelios* ya citado. No obstante, nada de eso debería impedir estudiar obras clásicas al respecto como la de Charles A. Briggs *Messianic Prophecy. The Prediction of the Fulfillment of Redemption through the Messiah* (Peabody, 1988).

# 2
# ¿Fue Jesús de Nazaret un esenio?

La identificación de Jesús con un grupo determinado de entre los que circulaban por el Israel del siglo I ha dado origen a no escasas especulaciones. Una de las más populares —especialmente tras el descubrimiento de los denominados documentos del mar Muerto— ha sido la de identificarlo con uno de los miembros de la secta esenia que residía en Qumrán. Sin duda, la documentación de que disponemos para analizar esta cuestión no es en el momento actual escasa. Eso nos permite plantearnos y responder categóricamente a la siguiente pregunta: ¿fue Jesús un esenio?

La cuestión de las relaciones, posibles o ficticias, entre Jesús y la secta del mar Muerto es un tema que, por razones obvias, ha estado en tela de discusión desde la misma aparición de los documentos del mar Muerto. Hoy por hoy, existe una práctica unanimidad en afirmar que ni la secta de la que surgieron los documentos de Qumrán ni tampoco los esenios pueden identificarse con el cristianismo primitivo. Los análisis paleográficos y las dataciones con C 14 dejan fuera de duda que los manuscritos son anteriores a Jesús y, por otro lado, el contenido de los mismos tampoco coincide con la enseñanza que aparece en los documentos cristianos más antiguos. Con todo, sigue en pie la cuestión de las posibles relaciones entre Jesús y Qumrán. Aun aceptando —y no parece que tal cuestión pueda ya negarse científicamente— que los esenios de Qumrán no eran cristianos primitivos y que el Maestro de Justicia fue anterior en más de un siglo al nacimiento de Jesús, hay que interrogarse sobre los posibles puntos de contacto entre este último y Qumrán. Incluso sigue siendo válido formular la vieja pregunta: ¿fue Jesús un esenio?

Para empezar hay que señalar que no puede negarse la existencia de puntos de contacto claros entre Jesús y los esenios de Qumrán. Profundizar en ellos implicaría una monografía específica, por lo que aquí nos limitaremos a señalarlos. A nuestro juicio, existen, al menos, doce puntos principales de contacto entre Jesús y los esenios de Qumrán:

1. Tanto los esenios de Qumrán (en adelante, EQ) como Jesús vivieron en el período del judaísmo conocido como Judaísmo del Segundo Templo.
2. Tanto los EQ como Jesús eran judíos.
3. Tanto los EQ como Jesús tenían enemigos comunes en el seno del judaísmo. Éstos eran una buena parte de los escribas, los sacerdotes del Templo, los saduceos y algunos (pero no todos) fariseos. De hecho, sabemos que algunos fariseos se unieron al grupo de Jesús tras su muerte y es muy posible que durante el reinado de Alejandro Janeo algunos de los nuevos miembros de la secta de Qumrán también procedieran de los fariseos.
4. Tanto los EQ como Jesús creían en un solo Dios que cumpliría las promesas hechas a Israel.
5. Tanto Jesús como los EQ utilizaban el Antiguo Testamento judío.
6. Tanto Jesús como los EQ insistían en el papel del Espíritu Santo en la era presente.
7. Tanto Jesús como los EQ consideraban que el Nuevo Pacto profetizado por Jeremías era una realidad presente y tangible.
8. Tanto Jesús como los EQ creían en un mundo sometido a la acción de los ángeles y de los demonios.
9. Tanto Jesús como los EQ creían que la salvación no podía ser obtenida por el propio esfuerzo (aunque esto es más claro en el Maestro de Justicia que en sus seguidores) y que el perdón sólo venía de Dios.
10. Tanto Jesús como los EQ daban un enorme énfasis a la oración.
11. Tanto Jesús como los EQ condenaban radicalmente aunque con matices el divorcio y la poligamia.
12. Tanto Jesús como los EQ eran célibes.

Ciertamente, algunos de estos aspectos eran compartidos por otros grupos judíos pero, en general, eso no resta fuerza al argumento de la coincidencia entre Jesús y los EQ.

A la vez que se daban estos puntos de contacto, no puede negarse que en las fuentes históricas

referidas a Jesús hallamos algunas notas que lo diferencian sustancialmente de los esenios de Qumrán. En primer lugar está el hecho de que, al contrario que los esenios de Qumrán, Jesús ni pertenecía a la tribu sacerdotal de Leví ni dio importancia a la institución del sacerdocio. No tenemos tampoco ningún dato que señale que alguno de los doce apóstoles fuera de estirpe sacerdotal, y el mismo Jesús no creó ningún sistema sacerdotal paralelo al del Templo de Jerusalén, tal y como hizo el Maestro de Justicia en Qumrán. En segundo lugar, también es divergente el papel que otorgaban Jesús y los EQ a la tradición. Cuestiones relacionadas con el calendario o con el sistema de pureza se definían en Qumrán de acuerdo a una tradición concreta y enfrentada además con el resto del judaísmo. Por el contrario, Jesús rechazó identificarse con alguna forma de tradición e incluso llegó a criticar ésta de forma directa, algo que provocaba la sorpresa de sus contemporáneos (Mateo 7, 28-29). De hecho, Jesús, siempre que menciona la tradición —venga de donde venga—, es para presentarla en términos negativos. Su deseo era volver al sentido primigenio de la Torah y, a su juicio, éste quedaba oscurecido, opacado e incluso prostituido por las diversas tradiciones religiosas (Mateo 15, 6).

En tercer lugar, la conciencia de pecado es una de las características más evidentes de la mentalidad de la secta del mar Muerto. Así, en los documentos del mar Muerto podemos encontrar afirmaciones como las siguientes:

> A los malvados los has creado para el tiempo de la ira, desde el vientre los has predestinado para el día de la ruina (1 QH 7, 21).

> Yo sé que entre todos los has elegido a ellos y que ellos Te servirán a Ti por siempre (1 QH 7, 27-28).

En otras palabras, Dios simplemente salvaba sólo a unos cuantos de una Humanidad abocada en su totalidad a la ruina final. Sin embargo, esa visión no aparece, en absoluto, en Jesús. No hay la más mínima referencia textual que señale, siquiera indirectamente, que se considerara pecador. En realidad, una de las circunstancias que más irritación parece haber causado en sus contemporáneos era la manera en que Jesús señalaba a todos como personas tocadas por el pecado, en que se autodesignaba como instrumento para perdonar los pecados de la gente y en que, además, se presentaba como exento de la más mínima falta (Mateo 9, 1-8; Marcos 2, 1-12; Lucas 5, 17-26; Juan 8, 46).

Al mismo tiempo, en la enseñanza de Jesús no hay el menor indicio de que creyera en la predestinación particular. Uno de sus llamamientos registrado en Mateo 11, 28-29 hace referencia a todos y no sólo a los supuestamente elegidos:

> Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os haré descansar. Llevad mi yugo encima vuestro, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y mi carga es ligera.

Jesús, lejos de considerarse un pecador, se veía como manso y humilde. Además llamaba a todos —sin excepción— los que tuvieran necesidad. Los que acudieran a él no se verían defraudados.

En cuarto lugar, existe una diferencia notable entre los EQ y Jesús en lo relativo al tema de la revelación divina. Los primeros la habían recibido del Maestro de Justicia quien, a su vez, se consideraba indigno de tal don divino. Por el contrario, Jesús, según sus palabras, tenía una revelación especial pero relacionada con su particular posición en relación a Dios Padre, una relación que no admitía parangón con la de nadie. Un pasaje, cuya autenticidad histórica no puede ser cuestionada, ha recogido precisamente esta autoconciencia de Jesús de manera especialmente clarificadora:

> Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar (Mateo 11, 27).

Jesús se presentaba como el Hijo, el único que conocía al Padre y podía revelarlo y, a su vez, aquel al que sólo el Padre conocía realmente.

En quinto lugar, los EQ seguían esperando para el futuro la llegada del Mesías (o de los dos mesías, según las fuentes). El caso de Jesús es obviamente distinto. Ciertamente, no se vio a sí mismo como el mesías nacionalista y violento de algunos grupos zelotes que aparecieron varias décadas después de su muerte, ya que se proclamó como el Mesías-Siervo e Hijo del Hombre que, pacífico y sufriente, se entregaría a una muerte de contenido sacrificial y expiatorio. No todo concluiría, empero, con este hecho. Tras entregar su vida en ofrenda por el pecado, vería la luz de la vida y, al final de los tiempos, regresaría para juzgar a la Humanidad. Para Jesús era, pues, presente lo que en el caso de los EQ se proyectaba aún en el futuro.

En sexto lugar, los EQ aparecen en los manuscritos del mar Muerto dotados de un deseo poderoso de cumplir con el mayor rigor la ley de Moisés, de acuerdo a su estricta interpretación. Jesús, por el contrario, que se manifestó como superior a Salomón, los profetas y el Templo, dejó claro que mantenía una actitud de absoluta libertad frente a la misma e incluso se permitió discutirla en algunos aspectos concretos. Así, frente a los EQ, que aplicaban la pena de muerte, Jesús enseñó que no se podía matar e incluso insistió en el hecho de que el enojo o el insulto eran asimismo dignos del infierno y que, por ello, la reconciliación con el prójimo estaba antes que el cumplimiento de los preceptos rituales (Mateo 5, 22-26).

De la misma manera, en contra de la ley de Moisés, que establecía la ley del Talión expresada en la máxima «ojo por ojo y diente por diente» (Exodo 21, 24; Levítico 24, 20; Deuteronomio 19, 21), Jesús mantuvo una enseñanza mucho más radical:

> No resistáis al malvado. Antes a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, ponle también la otra; y al que desee ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga una milla, ve con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo niegues (Mateo 5, 39-42).

En séptimo lugar, también fue distinto el acercamiento que a la cuestión del Templo de Jerusalén realizaron los EQ y Jesús. Para los primeros, aquél no era ya sino un lugar desechado por YHVH y sustituido por ellos mismos, la comunidad de Qumrán. Participar en su culto resultaba intolerable para los sectarios del mar Muerto.

Jesús, por el contrario, no se opuso a participar en el culto del Templo. Tenemos noticia de que asistió a sus celebraciones relacionadas con las festividades judías anuales y no parece que disuadiera de hacer lo mismo a los discípulos. De hecho, éstos continuaron participando en el servicio del Templo incluso después de la muerte de Jesús. Con todo, la visión del Templo que encontramos en Jesús fue muy crítica. Sabemos que reaccionó indignadamente contra los que comerciaban en el interior del Templo, privando así a los no judíos de adorar al Dios de Israel y contaminando el carácter sagrado del lugar que estaba destinado a ser «casa de oración».

A la vez, entendió, posiblemente a causa de la clara contradicción entre los fines del lugar y la vida real del mismo, así como por el rechazo evidente del mismo Jesús como mesías, que los días del Templo estaban contados. Lucas 13, 31-35 y Mateo 23, 37-39 reproducen una enseñanza de Jesús procedente del Documento Q en la que aquél dejó bien claro que el Templo («vuestra casa») se

convertiría en un lugar desolado. Algo similar podemos decir de los denominados —muy discutiblemente, a nuestro juicio— «apocalipsis sinópticos» (Mateo 24, Marcos 13 y Lucas 21), donde Jesús anuncia la destrucción del Templo. Aunque en el pasado algunos autores tendieron a pensar que estos pasajes eran *vaticinia ex eventu* que nunca fueron pronunciados realmente por Jesús, hoy en día la práctica totalidad de los historiadores ha llegado a la conclusión opuesta: Jesús realmente profetizó la destrucción del Templo. De hecho, la acusación de haberlo hecho fue uno de los argumentos barajados por sus enemigos para condenarlo a muerte.

En octavo lugar, el concepto de Nuevo Pacto es distinto en los EQ y en Jesús. Los primeros creían estar viviendo ya en esa situación, pero como consecuencia directa de su huida desde Jerusalén al desierto de Judea. Por el contrario, el punto de vista de Jesús no giraba en torno a la pertenencia a una organización, sino al papel desempeñado por su misma persona. Su muerte en favor de muchos era lo que daba inicio a un Nuevo Pacto. Igual que el sacrificio del cordero había sido señal de que se acercaba la liberación de Israel en Egipto, el sacrificio de Jesús indicaba los inicios de un Nuevo Pacto. Este Nuevo Pacto comenzaba con él y la inclusión en el mismo derivaba asimismo de aceptar o no a Jesús como el Siervo-Mesías-Hijo del Hombre-Señor y vincularse al mismo a través de la fe. Aquellos que creyeran en él, tal y como él se presentaba, podían entrar en el Nuevo Pacto prescindiendo, como veremos, de su procedencia concreta. Los demás habían quedado excluidos y, a semejanza del Templo de Jerusalén, sólo podían esperar la ruina como consecuencia de sus actos.

Resumiendo, pues, podemos señalar que un análisis comparativo entre los EQ y Jesús nos obliga a reconocer que en ambos existen puntos de contacto innegables. Posiblemente, tal circunstancia quepa atribuirla al hecho de estar ambos incardinados en el judaísmo del Segundo Templo, pero, de cualquier forma, las coincidencias resultan innegables. Al mismo tiempo, sin embargo, son aún más evidentes las enormes diferencias conceptuales entre Jesús y los EQ. La espiritualidad de los EQ partía de la condición universal de pecado del hombre, pero combinaba tal aspecto con un énfasis considerable en el sacerdocio, un enorme apego a una tradición religiosa concreta y a una interpretación específica de la Torah. Para obtener la salvación, había, inexcusablemente, que abandonar el culto judío centrado en Jerusalén y vivir en un Nuevo Pacto centrado en Qumrán cumpliendo las normas específicas de la secta. Jesús, por el contrario, no sólo no se consideró pecador, sino que además se presentaba a sí mismo dotado de una autoridad especial para perdonar pecados. Lejos de esperar la venida del Mesías, se presentaba también como el mesías ya venido, y, convencido de ser el Hijo de Dios, en un sentido sin paralelos ni aproximaciones con otros seres humanos, también se consideró receptáculo de un conocimiento especial que, en su caso concreto, emanaba de que sólo él conocía al Padre igual que a él sólo el Padre lo conocía. Precisamente a partir de su propia conciencia personal —afirmó ser mayor que Salomón, los profetas, el Templo— se manifestó enemigo de las tradiciones religiosas, actuó con una considerable libertad frente a la Torah en cuestiones como la pureza, el sábado o los alimentos. Finalmente, aunque participó en el culto del Templo, consideró que sus días estaban contados porque su muerte iba a inaugurar un Nuevo Pacto.

Jesús, en virtud de sus acciones y pretensiones, sobrepasaba la línea que separa claramente lo divino de lo humano. En su pensamiento, en su forma de actuar no existe nada en absoluto que indique una influencia del MJ o de la secta de Qumrán. Su peculiar visión obligaba a optar por lo que el profesor C. S. Lewis definió como el famoso trilema: o era un loco de la peor especie, o era un blasfemo o era quien decía ser. En otras palabras, como señala el Talmud, o era un embaucador que

«extraviaba al pueblo» y, por ello, merecía la muerte en la cruz o era el «Mesías, el Hijo del Dios vivo» (Mateo 16, 16). Cualquier otra categorización sólo niega los datos que aparecen en las fuentes históricas.

Por tanto, a la luz que nos proporcionan las fuentes, debemos contestar que Jesús, a lo largo de su predicación pública, ni se comportó como un esenio de Qumrán ni manifestó acuerdo con las doctrinas más esenciales de éstos. Su enseñanza no fue esenia sino, más bien, antiesenia. A la cuestión, por otra parte, de si Jesús estuvo alguna vez en Qumrán no podemos contestar de una manera tan tajante. Pero, si efectivamente ése fue el caso, de su trayectoria a orillas del mar Muerto no sólo no le quedó ninguna influencia notable, sino que además habría que deducir que brotó una mentalidad diametralmente enfrentada. La razón es obvia: la cosmovisión de los esenios de Qumrán y la de Jesús resultaba medularmente incompatible.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

La relación entre Jesús y los esenios de Qumrán ha sido objeto de algunos tratamientos que —justo es decirlo— no han resultado siempre ni apropiados ni rigurosos. Hace años que vengo trabajando en la redacción de un estudio monográfico sobre el tema, estudio que, dicho sea de paso, nunca consigo concluir fundamentalmente porque, previamente, he terminado otros sobre el Documento Q, los Evangelios y los documentos del mar Muerto.

Hasta que tenga la oportunidad de finalizar esa investigación de años, sin embargo, he realizado diversos acercamientos al tema en *Los esenios y los rollos del mar Muerto* (Barcelona, 1993), *La verdad sobre los manuscritos del mar Muerto* (Madrid, 1995) y *Los esenios de Qumrán* (Madrid, 1996). A esos tres estudios —y a su correspondiente bibliografía— remito al lector que desee ampliar su conocimiento sobre el tema.

# 3
# ¿Quién fue el Maestro de Justicia de los documentos del mar Muerto?

El descubrimiento de los documentos del mar Muerto en las inmediaciones de Qumrán ha constituido, sin ninguna duda, uno de los acontecimientos arqueológicos más relevantes del presente siglo. Sin embargo, pese al carácter general de esa circunstancia, ha existido un personaje —al que los documentos denominan enigmáticamente el Maestro de Justicia— que se ha visto llamado a ser objeto de repetidas y sugestivas especulaciones, incluida la de que fuera seguidor o inspirador de las enseñanzas de Jesús y del cristianismo primitivo. En realidad, ¿quién fue el Maestro de Justicia?

La cercanía geográfica y temporal de los documentos del mar Muerto con el mundo en que vivió Jesús y se escribió buena parte del Nuevo Testamento dotó pronto a estos hallazgos de una aura de misterio que, comprensiblemente, han conservado hasta la fecha. Ya en 1950, A. Dupont-Sommer, uno de los primeros estudiosos del tema, señalaba lo que a su juicio eran enormes parecidos entre este personaje y Jesús insistiendo en que el Mesías cristiano parecía una «sorprendente reencarnación» de aquél. Seis años después, John Allegro, miembro del equipo de expertos encargado del estudio de los manuscritos, llegó incluso a afirmar que el Maestro de Justicia había sido crucificado y que sus discípulos esperaban su resurrección y retorno, con lo que los paralelismos con la figura de Jesús aún resultaban más evidentes. No eran sino los dos primeros en una larga lista de autores —no pocas veces oportunistas— que vincularían la misteriosa figura con la del cristianismo primitivo y su fundador. ¿Es posible en la actualidad disipar el misterio que envuelve al anónimo personaje y establecer su identidad y personalidad?

A algo más de medio siglo de la fecha del descubrimiento de los manuscritos de Qumrán, la respuesta a esos interrogantes sólo puede ser afirmativa. Para empezar, contamos con algunas características de su personalidad bien establecidas documentalmente. Por ejemplo, el Pesher de los salmos descubierto en la cueva 4 de Qumrán señala que era sacerdote, lo que le relaciona de manera automática con la tribu judía de Leví, encargada de desempeñar ese tipo de funciones en el seno del judaísmo. También sabemos por las Hodayot o Himnos de Qumrán que, a semejanza de otras personalidades religiosas de todos los tiempos, como san Agustín o Lutero, tenía una conciencia estricta que le acusaba constantemente de sus pecados y que le llevó a preocuparse intensamente por su incapacidad para obtener la salvación por sus propios méritos. De esa situación, presumiblemente angustiosa en términos existenciales y espirituales, emergió al parecer al estar convencido de que guardaba verazmente una primitiva tradición religiosa emparentada con el judaísmo, al considerarse receptor de una revelación especial y, sobre todo, al comprender que la salvación era un don de Dios y no el producto del esfuerzo humano.

Aparte de estos datos relativos a su psicología, los documentos del mar Muerto nos proporcionan otras referencias a la vida del anónimo Maestro de Justicia. Por ejemplo, sabemos por el documento de Qumrán denominado 1Q 10 que sufrió persecución por sus posiciones contrarias a la jerarquía que regía el Templo de Jerusalén. Esta circunstancia le llevó a abandonar la vida entre el resto de la población judía y a refugiarse en Qumrán en el seno de una comunidad monástica de esenios muy acusadamente exclusivista fundada por él. Hasta allí fue perseguido por sus adversarios, que incluso robaron a la comunidad sus posesiones pero que, no obstante, no llegaron a causarle ningún daño físico. Sin embargo, el Maestro de Justicia no sobreviviría mucho tiempo a aquellas amargas experiencias y moriría poco después en Qumrán, aunque seguramente no de forma violenta.

¿Pudo ser el Maestro uno de los primeros dirigentes cristianos o, al menos, un inspirador de la enseñanza de Jesús? La primera cuestión debe ser contestada en términos claramente negativos. Tanto el análisis paleográfico, la evidencia interna y arqueológica, y la aplicación en 1987 de un nuevo método de espectrografía de masas a los documentos de Qumrán dejan de manifiesto, sin lugar a duda alguna, que éstos se redactaron entre el siglo II a. J.C. y los inicios del siglo I d. J.C., estando las referencias relativas al Maestro situadas entre algunas de las fuentes más primitivas. No pudo ser, por tanto, un seguidor de Jesús. Pero todavía menos si cabe pudo ser su inspirador, ya que las discrepancias entre ambos resultan asimismo abismales. A diferencia de lo consignado en las

enseñanzas del Maestro de Justicia, Jesús admitió entre sus seguidores a mujeres, marginados y enfermos (Lucas 8, 1 ss; Mateo 9, 9 ss). De la misma manera, relativizó extraordinariamente la ley de Moisés en cuestiones como el cumplimiento del sábado o los alimentos puros e impuros (Marcos 7, 19). Finalmente, Jesús insistió de manera muy acentuada en el amor extendido incluso hacia los enemigos (Mateo 5, 38 ss), lo que choca con la práctica de los esenios de Qumrán de maldecir religiosamente a aquellos que no pertenecían a su grupo. En términos psicológicos, el abismo entre ambos personajes se agranda de manera aún más considerable. Jesús no aparece nunca en las fuentes como un sujeto atormentado por el pecado y por su necesidad de salvación, sino como un personaje convencido de su condición mesiánica y de su filiación divina cuya misión es precisamente la de salvar al género humano mediante su muerte. Donde el Maestro de Justicia se vio como un ser humano ansiosamente necesitado de salvación, Jesús se presentó como ese Salvador.

Pese a todo lo anterior, no se debería caer en el riesgo de considerar como de poco valor al personaje del Maestro de Justicia sólo porque no pueda ser conectado con el cristianismo primitivo. En él y en las obras relacionadas con él aparecen reflejadas las tensiones del judaísmo anterior a la aparición del cristianismo, un judaísmo muy dividido en cuestiones como el culto del Templo, la interpretación de la ley mosaica o la actitud que había que guardar ante la vida. De ese magma, en absoluto monolítico, surgiría precisamente la fe que transformaría el destino de Occidente y, junto con éste, el del mundo entero.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

El tema de la identidad del Maestro de Justicia es recurrente cuando se habla de los documentos del mar Muerto y, como sucede con otros temas, tampoco suele ser extraño que se desbarre al referirse a él. Aunque posiblemente nunca llegaremos a saber su nombre, lo cierto es que sí contamos con datos considerables sobre su vida, su pensamiento e incluso su psicología y podemos, por tanto, evitar los mitos y centrarnos en aspectos históricos bien definidos.

Le he dedicado distintos capítulos en *Los documentos del mar Muerto* (Madrid, 1993), *Los esenios y los rollos del mar Muerto* (Barcelona, 1993), *Toda la verdad sobre los manuscritos del mar Muerto* (Madrid, 1995) y *Los esenios y Qumrán* (1996). A lo apuntado en estos libros y a la bibliografía contenida en ellos, remito a los que deseen profundizar en la biografía de este sugestivo personaje.

En 1997, la editorial Edhasa de Barcelona publicó una novela mía titulada *El Maestro de Justicia,* en la que abordaba el tema desde el punto de vista de la creación literaria y apuntando a posibles huecos que, historiográficamente, no podían colmarse pero que, novelísticamente, resultaba lícito llenar.

# 4
# ¿Por qué propugna el islam la guerra santa?

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 contra la ciudad de Nueva York y la respuesta del gobierno de Estados Unidos a la agresión han vuelto a colocar sobre el tapete la cuestión del peligro que representa el islam y del papel de la guerra y la violencia dentro de esta religión. Cualquiera que lea las proclamas de dirigentes como Ben Laden, Yasir Arafat o Saddam Hussein encontrará con enorme facilidad referencias a la *yihad* o guerra santa. Sin embargo, ¿por qué se convirtió el islam en una religión defensora de la guerra santa?

El punto de partida de un análisis sensato de la evolución del islam no puede ser otro que el Corán. De una extensión bastante similar a la del Nuevo Testamento, el libro sagrado del islam contiene el conjunto de revelaciones comunicadas por Mahoma a lo largo de un par de décadas. Los textos del Corán pueden agruparse en cuatro períodos cronológicos a los que se denomina convencionalmente primero mecano (correspondiente a los años 610-615), segundo mecano (615-619), tercero mecano (619-622) y medinés (desde la Héjira o abandono de La Meca por Mahoma hasta su fallecimiento). Esta ordenación cronológica —que no es la actual— permite seguir la evolución del islam en vida de Mahoma. Los primeros textos del *Corán* —quizá los más hermosos estéticamente— contienen una referencia muy sencilla a una fe monoteísta estricta que no se conecta con otras como el judaísmo y el cristianismo, que ya existían en la Arabia del inicio de la predicación de Mahoma, pero que guarda cierto paralelismo con ellas.

Sólo a partir de la sura 87 se nos indica que los anuncios de Mahoma pretenden ser confirmación de lo que otros profetas monoteístas anunciaron con anterioridad mencionando parcamente a Abraham y a Moisés, de los que, no obstante, no parece existir un conocimiento que vaya más allá de alguna referencia auricular. Durante el segundo y el tercer período mecano, este sencillo contenido inicial experimentó una evolución de enorme trascendencia haciéndose hincapié —ahora sí, muy acusado— en el hecho de que el mensaje islámico había sido precedido por los del judaísmo y el cristianismo. Es de suponer que Mahoma tuviera la esperanza de que los fieles de estas religiones se convirtieran a su predicación y, de hecho, a estas épocas pertenecen los textos del Corán más conciliatorios dirigidos hacia ambos.

El éxito de la táctica de Mahoma fue casi nulo ya que tanto judíos como cristianos objetaban que, en realidad, el profeta del islam era un ignorante que no conocía mínimamente ni el judaísmo ni el cristianismo ni los libros sagrados de ambos y que, por tanto, difícilmente podía significar su consumación. Por esa época, Mahoma oraba en dirección a Jerusalén y se abstenía de consumir alimentos como el cerdo, al igual que los judíos. No era menos verdad que aceptaba a Jesús como Mesías, nacido de una virgen y hacedor de milagros tal y como predicaban los cristianos. Sin embargo, los judíos no podían aceptar una fe que pasaba por alto los relatos del Antiguo Testamento (o los narraba de manera bien distinta), que obviaba las regulaciones del Talmud y que además pretendía que tanto Jesús como Mahoma eran profetas superiores a Moisés. Por su parte, los cristianos encontraban inaceptables las discrepancias entre el relato bíblico y el coránico, pero, a la vez, consideraban muy dudosa la cristología de Mahoma y, desde luego, no podían aceptar que Jesús, el Hijo de Dios, fuera inferior a él.

Durante sus primeros años, la predicación de Mahoma no se caracterizó por el éxito. Pocas dudas puede haber de que si no hubiera pertenecido a los *coraixíes* —una de las familias más relevantes de la Arabia preislámica— seguramente sus adversarios lo habrían asesinado. La situación había llegado a un extremo especialmente tenso cuando en el año 622 huyó a Medina. Este episodio iba a convertir este año concreto en la fecha a partir de la cual se contaría el calendario islámico. Tras su establecimiento en Medina, Mahoma dejó de ser el profeta no violento de los años anteriores y se convirtió en un hombre de Estado, decidido a fraguar un nuevo orden espiritual que, a la vez, fuera social y político. No deja de ser significativo que aunque las suras medinesas del Corán son numéricamente muy escasas, sin embargo, cuentan con una extensión comparativamente muy considerable y contienen cambios significativos en relación a las predicaciones iniciales. Desde ahora,

la oración diaria se pronunciaría no en dirección a Jerusalén sino a La Meca. Además, debía quedar bien establecido que tanto judíos como cristianos no eran mirados ya con buenos ojos precisamente por su resistencia a la conversión. Los pasajes al respecto son numerosos. En 2, 38-39, por ejemplo, se increpa a los judíos diciéndoles:

> ¡Hijos de Israel! Recordad el beneficio que os concedí y sed fieles a mi pacto… Creed en lo que he revelado (a Mahoma) corroborando las revelaciones de que disponéis… No disfracéis la verdad con la falsedad ni escondáis lo verdadero porque vosotros lo conocéis (2, 38-39).

En 2, 85 se añade:

> Y cuando se les dice: Creed en lo que Dios ha hecho descender, contestan: Creemos en lo que hizo descender para nosotros, pero no creen en lo posterior pese a que corrobora lo que ya tienen.

Por si fuera poco este distanciamiento, la nueva fe dejó claramente de manifiesto que recurriría a la guerra no sólo para asegurar su supervivencia sino también su ulterior expansión. Los tiempos del pacifismo habían pasado definitivamente y ya nunca regresarían. El mandato de 2, 186189 ordenaba, por ejemplo:

> Combatid en el camino de Dios a los que combaten contra vosotros… Matadlos donde los encontréis, arrojadlos de donde os arrojaron… Si os combaten, matadlos: ésa es la recompensa de los que no creen… Matadlos hasta que no haya persecución y en su lugar se levante la religión de Dios (2, 186-189).

En la sura 9, 29 se establecía además taxativamente la actitud hacia judíos y cristianos:

> Matad a los que no creen en Allah ni en el Día último y no se vedan lo que vedó Allah y Su enviado y no cumplen la ley de la verdad, a aquellos que recibieron el Libro hasta que no paguen el tributo y se sometan en todo.

De manera innegable, para cristianos y judíos sólo quedaba la expectativa de ser derrotados y convertidos en súbditos de segunda clase condenados al pago de un impuesto especial o, en el peor de los casos, el exterminio físico. Tampoco faltaron numerosos episodios de conversiones forzosas al islam y Mahoma no tuvo ningún reparo moral en recurrir al empleo de asesinos —lo que hoy denominaríamos atentados terroristas— para deshacerse de sus oponentes políticos o a la práctica de la tortura.

Aunque la religión predicada por Mahoma no es la única que ha recurrido a la guerra, las formulaciones contenidas en el Corán presentan características muy específicas. A diferencia del cristianismo —incluso del budismo—, la guerra no implica en el islam un distanciamiento de la enseñanza inicial sino la utilización de un instrumento propugnado para reducir el cosmos al islam y someter en todo a judíos y cristianos.

En los siglos posteriores a la muerte de Mahoma, el islam vivió su expansión como una confirmación de la veracidad de estas enseñanzas. De la misma manera, cualquier intento de respuesta —desde las Cruzadas hasta la guerra del Golfo pasando por la lucha en defensa del Estado de Israel — ha provocado un profundo resentimiento islámico no sólo por lo que implicaba de ataque o reacción extranjeros, sino también porque significaba el retroceso en el avance hacia la meta final de sumisión de todo el orbe al islam y la derrota a manos de aquellos que, según la revelación coránica, debían estar sometidos en todo.

En resumen, la primera predicación del islam no incluyó elementos violentos e incluso mostró, de manera oportunista quizá, una inclinación acentuada hacia la tolerancia. Fue la posibilidad de responder con contundencia a las agresiones externas, la de crear un Estado netamente islámico, la de vengarse de los antiguos adversarios y la de expandirse mediante el uso de la guerra las que impulsaron a Mahoma a alterar totalmente ese esquema inicial transformando el islam en una fe impregnada de violencia. Se trata de un proceso que, hasta el día de hoy, ha resultado irreversible.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

La literatura relativa al islam es muy abundante y, de manera totalmente lógica, se ha incrementado en el curso de los últimos tiempos. Resulta, por tanto, obligatorio ser muy selectivo a la hora de recomendar la bibliografía. Para los conceptos elementales del islam remito al lector a dos obras mías, *Enciclopedia de las religiones* (Barcelona, Planeta, 1998) y *Diccionario de las tres religiones monoteístas: judaísmo, cristianismo e islam* (Madrid, Alianza, 1992).

Sobre el Corán continúa siendo de especial interés la obra de R. Bell y W. M. Watt *Introducción al Corán* (Madrid, 1987). Tan importante como el Corán en la vida cotidiana son las tradiciones religiosas o *hadits*. Al respecto me parecen de especial interés los capítulos dedicados al Corán y al Sajij-al-Bujari en César Vidal, *Los textos que cambiaron la Historia* (Barcelona, Planeta, 1999).

Sobre el papel de la violencia, la guerra y el terrorismo en el islam actual, resultan de consulta obligatoria las obras de G. Konzelmann *La espada de Alá* (Barcelona, Planeta, 1990), G. Kepel, *La Yihad* (Península, Barcelona, 2001), y, desde otro ángulo, B. Tibi, La *conspiración. El trama de la política árabe* (Barcelona, Herder, 1996). Obra excelente para comprender la ligazón ineludible entre el islam y el uso de la violencia armada es *Jihad* de Paul Fregosi (Nueva York, 2000), donde queda más que demostrado que a lo largo de la Historia el islam no ha dejado de ser una religión violentamente expansiva desde su nacimiento y que en ese avance sólo ha sido derrotada en Rusia y, fundamentalmente, en España durante y después de la Reconquista (711-1492).

# 5
# ¿Por qué fue desterrado el Cid?

Corría el año 1081 y un hidalgo castellano llamado Rodrigo Díaz abandonaba con su mesnada las tierras de Castilla. Su rey, Alfonso VI, había roto la relación de vasallaje con él, lo que se traducía automáticamente en el destierro del vasallo. Las leyendas, la novela y el cine han insistido en que la causa del penar de Rodrigo Díaz fue el haber cuestionado la inocencia del monarca en relación con el asesinato de su hermano Sancho pero, en realidad, ¿por qué fue desterrado el Cid?

La talla histórica de Fernando I no puede cuestionarse. De ascendencia navarra —hablaba vascuence con su abuela—, se convirtió en el primer rey de Castilla y logró, no sólo conservar la independencia de tan joven entidad política, sino incluso ensanchar sus fronteras y ganarse el respeto de sus adversarios. Sólo un error —tremendo error— empañó su trayectoria previa. A su muerte, imbuido por la visión jurídica de origen germánico que consideraba que el reino era patrimonio del rey, dividió los territorios entre sus hijos. Uno de ellos, Sancho, decidió poner remedio a tamaño desatino y de manera inmediata comenzó a combatir a sus hermanos en un proceso reunificador. El éxito le acompañó desde el principio en su cometido, pero el 7 de octubre de 1072, encontrándose asediando Zamora, una plaza enemiga, un sujeto llamado Vellido Dolfos lo asesinó a traición. El crimen permitió a su hermano Alfonso sentarse en el trono castellano y, paradójicamente, concluir la labor reunificadora de Sancho. Sin embargo, aquella sucesión no se vio libre de críticas. Desde los claustros de los monasterios hasta los mercados del reino se afirmaba que Alfonso había sido parte en el asesinato de Sancho. Nunca se ha podido establecer sin lugar a dudas si efectivamente fue así pero, en cualquier caso, el alférez de Sancho, un joven muy dotado para el arte militar llamado Rodrigo Díaz de Vivar, fue el encargado de hacer pasar a Alfonso por el trámite —absolutamente normal— de juramento que implicaba asegurar que nada había tenido que ver con la muerte de Sancho.

El episodio se celebró en la iglesia de Santa Gadea o Agueda —una parroquia pequeña situada en las afueras de Burgos—, ya que esta santa se relacionaba con la veracidad en los juramentos, y la leyenda lo ha revestido de aspectos como la cólera del rey y la desconfianza de Rodrigo que, con seguridad, no pertenecen a la realidad. Lo cierto fue que el joven hidalgo se limitaba a cumplir con una función aneja a su cargo. Sí es cierto que Alfonso privó inmediatamente a Rodrigo del puesto de alférez, pero teniendo en cuenta que se trataba de un cargo de confianza personal, no resulta extraño que se lo encomendara a un personaje cercano a él como era el conde García Ordóñez. Sin embargo, tan evidente resulta que Alfonso VI no desterró a Rodrigo por esa causa que durante los siguientes siete años le encomendó repetidas funciones de juez y embajador. Durante ese tiempo, la figura del espléndido guerrero —ahora obligado a dejar las armas— se fue afianzando en la corte e incluso se permitió emparentar con la más rancia nobleza asturiana al casar con doña Jimena. Todo esto sucedía a pesar de que Rodrigo se manifestó decididamente en contra de algunos proyectos del rey, como fue el de someter a la Iglesia mozárabe al primado de Roma, un paso de enorme trascendencia que encontró la resistencia de buena parte de Castilla y, desde luego, del joven caballero.

En el año 1078 se produjo, no obstante, un episodio que cambió radicalmente este estado de cosas. Rodrigo había recibido la misión regia de acudir a Sevilla a percibir los impuestos del rey moro Mutámid, a la sazón el monarca musulmán más importante de la Península. Dado que se trataba de una delicada cuestión diplomática, Rodrigo se permitió enviar cartas a Abdallah, el rey de Granada, y a algunos ricos hombres castellanos a fin de que, en atención al rey Alfonso, no atacaran a Mutámid, frustrando así el éxito de su cometido. Las misivas eran sensatas pero parece que aún excitaron más los ánimos de sus destinatarios que, muy posiblemente, deseaban dejar en mala situación a Rodrigo. Así, invadieron el reino de Mutámid y lo asolaron hasta la altura del castillo de Cabra.

La respuesta de Rodrigo fue fulminante. Aunque numéricamente se hallaba en una situación de absoluta inferioridad, se dirigió a enfrentarse con los invasores y logró batirlos en una batalla de extraordinaria prolongación y dureza. En el curso de la misma cayeron prisioneros el conde de Nájera, García Ordóñez, y otros prohombres musulmanes y cristianos —a los que Rodrigo dejó en libertad al

cabo de unos días— y el valiente castellano pudo encaminarse a Sevilla, donde Mutámid le recibió entusiasmado y le colmó de regalos para el rey Alfonso. Las crónicas —incluidas las islámicas— se hicieron eco del resonante triunfo de Rodrigo y del clamor favorable que despertó en el pueblo. Ese éxito, sin embargo, a corto plazo le iba a resultar fatal.

En mayo de 1080, Rodrigo se encontraba en Burgos, donde la gente se sentía especialmente contenta por la humillación que había sufrido el conde García Ordóñez. Sin embargo, al rey Alfonso, que sentía por el noble una estima especial, el episodio le desagradó enormemente. La ocasión fue aprovechada por los enemigos de Rodrigo para insistir en que se había quedado con una parte de los tributos cobrados a Mutámid, pero aun así Alfonso, que debía de ser consciente de la falsedad de las acusaciones, no tomó medidas en contra de su vasallo.

El año anterior, Alfonso VI había comenzado una guerra contra el reino moro de Toledo que duraría siete años. Durante la campaña de abril-mayo de 1081, Rodrigo no pudo acompañarle porque se encontraba enfermo.

Justo en esa ocasión, los moros atacaron el castillo cristiano de Gormaz, el más importante en la línea del Duero, y Rodrigo respondió armando a sus hombres y realizando una cabalgada por el territorio del reino de Toledo. La incursión constituyó un éxito extraordinario aunque, una vez más, las condiciones militares se presentaran muy desfavorables para el Cid. Desde luego, el éxito le iba a salir muy caro al valiente caudillo castellano. Este segundo triunfo sobrepasó lo que podían soportar los cortesanos que aborrecían a Rodrigo. Le acusaron de haber atacado a moros que mantenían buenas relaciones con el reino y, esta vez, Alfonso VI los escuchó. De acuerdo con el derecho germánico —el que tradicionalmente regía en León y se contraponía al de Castilla—, la relación de vasallaje podía ser rota voluntariamente por cualquiera de las partes y eso fue lo que hizo el monarca. De manera totalmente injusta, como señalan de forma unánime las fuentes, desterró a Rodrigo de sus territorios. La causa no había sido, empero, un juramento pronunciado siete años antes, sino la acción de unos cortesanos envidiosos de la brillantez de Rodrigo Díaz de Vivar y, muy posiblemente, el temor del rey a la cercanía de un vasallo extraordinario. Sólo el paso del tiempo repararía aquella injusticia para bien de Rodrigo, de Alfonso VI y de la causa de la Reconquista.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

La figura del Cid suele ser objeto de acercamientos bibliográficos con cierta periodicidad. En los últimos tiempos ha recibido un tratamiento novelístico realmente deplorable en una obra que prefiero no mencionar. Mucho mejor es el resultado obtenido por Gonzalo Martínez Diez en su biografía *El Cid histórico* (Barcelona, 1999), que analiza al personaje de manera rigurosa y documentada a la par que partiendo de las más variadas perspectivas.

A pesar de lo anterior, la obra de lectura obligatoria para analizar al Cid continúa siendo *La España del Cid* de Ramón Menéndez Pidal, que supera holgadamente las limitaciones de una biografía. También del mismo autor es *El Cid Campeador* (Madrid, 1950), que hasta la aparición del libro citado de Martínez Diez era la mejor obra en un tomo sobre el héroe castellano.

# 6
# ¿Fue homosexual Ricardo Corazón de León?

*El león en invierno* constituye uno de los ejemplos más brillantes de drama histórico concebido durante el siglo XX. A lo largo de más de dos horas de representación, en la escena puede asistirse al enfrentamiento entre Enrique II de Inglaterra —encarnado en la versión cinematográfica por Peter O'Toole— con su esposa Leonor de Aquitania —interpretada por Katharine Hepburn— y sus hijos, sin excluir a Ricardo Corazón de León, llevado a la pantalla por un joven Anthony Hopkins. En el curso de una de las escenas culminantes de la obra, Felipe II Augusto de Francia acusa a Ricardo Corazón de León de sodomita e incluso recuerda con amargura las relaciones sexuales que mantuvo con él movido únicamente por la ambición política. La obra, bien documentada en términos históricos, resulta chocante al llegar a este aspecto porque, ¿fue realmente homosexual Ricardo Corazón de León?

La figura de Ricardo Corazón de León —nacido en Oxford en septiembre de 1157— es una de las más sugestivas de la historia medieval europea. Hijo del brillantísimo monarca anglonormando Enrique II y de la no menos sugestiva Leonor de Aquitania, al ser el tercer vástago del matrimonio contaba con escasas posibilidades de ceñirse la corona de Inglaterra. Sin embargo, era el favorito de Leonor y, además, se vio ayudado por la oportuna muerte del primogénito.

En 1172, su madre le cedió el ducado de Aquitania, de enorme importancia económica y estratégica, y diecisiete años después accedió al trono inglés. Para aquel entonces, su fama ya resultaba extraordinaria. No sólo había demostrado ser un soldado excepcional combatiendo contra su padre, sino que además había escrito canciones y poemas que le acreditaban como un notable trovador y persona de refinada cultura. La llegada al trono vino unida, además, a una circunstancia que catapultaría su fama más allá de su época. Nos referimos a su marcha hacia la III Cruzada. En esta gesta debían acompañarle el emperador alemán Federico Barbarroja —que moriría en la empresa al atravesar el torrente Salef— y el rey francés Felipe II Augusto.

Al llegar a Sicilia camino de Tierra Santa, Ricardo discutió con Felipe II y, como consecuencia directa de unas desavenencias que venían de tiempo atrás, se negó a contraer matrimonio con la hermana del monarca francés, a pesar de que se trataba de un compromiso pactado con anterioridad. El episodio podía haber resultado de importancia pasajera de no ser porque Leonor de Aquitania aprovechó para recordar a Ricardo la pasión que años atrás había sentido por Berenguela, la hija del rey Sancho de Navarra. Efectivamente, unos años antes el rey inglés había estado enamorado de la joven e incluso le había dedicado algunas poesías cargadas de apasionamiento amoroso. Ahora decidió que no era mala idea casarse con ella y dispuso que la condujeran hasta Sicilia para contraer matrimonio. Por lo que sabemos, también la princesa navarra se sentía atraída por Ricardo y no resultó difícil convencerla para que aceptara su solicitud. Sin embargo, el joven rey sintió escrúpulos de conciencia en aquellos momentos no sólo porque la recepción del sacramento tenía que darse en condiciones de gracia espiritual, sino también porque la empresa de la cruzada exigía una limpieza de corazón indispensable. Tras hacer examen de conciencia, Ricardo compareció ante la catedral de Mesina y, semidesnudo, suplicó perdón por el pecado que más oprimía su conciencia, quizá porque nunca se había liberado de él a través de la penitencia. El pecado en cuestión no era otro que la comisión de algunos actos homosexuales.

El sacerdote encargado de imponer la penitencia correspondiente a Ricardo debió de juzgar que el vicio contra natura no había llegado hasta el extremo de apoderarse totalmente del alma del rey, y tan sólo le ordenó que marchara cuanto antes al encuentro de Berenguela y consumara —eso sí— el matrimonio a la mayor prontitud. La ceremonia se celebró finalmente en Chipre, una isla que Ricardo conquistó en 1191, y a continuación prosiguió su viaje hacia Tierra Santa acompañado de su esposa. Durante los años siguientes, Berenguela residió en San Juan de Acre, la actual Ako —escenario de otra de las victorias de Ricardo— y todo parece indicar que mantuvo con él una vida marital normal. La situación cambió cuando en 1192 Ricardo decidió regresar a Inglaterra y, de camino, fue capturado por Leopoldo V, duque de Austria. El austríaco —aristócrata felón y villano donde los hubiera— entregó a Ricardo al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Enrique IV, que decidió ponerlo en libertad sólo a cambio de un sustancioso rescate. En 1194, la suma fue aportada y Ricardo regresó a Inglaterra sometiendo a su hermano Juan Sin Tierra, que en su ausencia se había aliado con Felipe II de Francia para usurpar el trono inglés. La respuesta de Ricardo a una alianza tan cargada de

maldad fue fulminante y en 1194 cruzó el canal para ajustarle las cuentas a Felipe II. Durante el lustro siguiente, el monarca inglés no dejó de derrotar una y otra vez al rey francés y de concluir treguas que Felipe Augusto violaba en cuanto tenía la menor oportunidad. Vez tras vez, se enfrentaban de esta manera la caballerosidad del inglés con el comportamiento maquiavélico, *avant la lettre,* del francés. Que triunfara siempre el primero se debió, no obstante, a su dominio superior del arte militar.

En 1196, en un nuevo acto penitencial de carácter público, Ricardo volvió a acusarse de haber caído en algún acto de sodomía. Ciertamente, sus relaciones con Berenguela se habían enfriado después de su liberación del cautiverio, pero es sabido que mantenía relaciones sexuales con diversas mujeres e incluso que había tenido un hijo bastardo de una de ellas, al que se bautizó con el nombre de Felipe.

Poco más viviría Ricardo después de su última confesión pública. En 1199, en el curso de una escaramuza sin trascendencia, el bravo rey fue herido por una flecha y perdió la vida en las cercanías del castillo de Chalus. Su labor de gobernante —que ha quedado opacada por sus gestas militares pero que fue asimismo excepcional— no permanecería. Su hermano Juan Sin Tierra fue derrotado en 1214 por Felipe II Augusto, que se impuso así finalmente a una Inglaterra a la que detestaba desde que era niño.

Por lo que se refiere a la vida privada de Ricardo, parece haber sido una mezcla de continuada y normal heterosexualidad, ya que contrajo matrimonio, tuvo varias amantes e incluso un hijo, en el curso de la cual se cruzaron episodios esporádicos de carácter homosexual. Todo parece indicar que este tipo de conducta le horrorizaba hasta la repugnancia, según se desprende de la manera en que realizó penitencia pública por ella, una circunstancia que no sucedió con otros pecados como el adulterio. Seguramente, consideraba que, de entre las transgresiones de la carne, las peores eran aquellas que se realizaban en contra del comportamiento dictado por la naturaleza que ha establecido la existencia de tan sólo dos sexos llamados a atraerse recíprocamente. El tormento que esas caídas esporádicas provocaron en su espíritu sólo podía, por tanto, verse aliviado con la confesión y la ulterior penitencia, un aspecto que dice mucho de la sensibilidad religiosa del personaje —monarca, poeta, músico y soldado— más famoso de la Inglaterra medieval.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

Las biografías notables sobre Ricardo Corazón de León son diversas aunque, en lengua castellana, exista un vacío significativo al respecto.

En francés sigue siendo recomendable la de Régine Pernoud. En inglés, el repertorio resulta mucho más abundante. De especial interés son las debidas a Anthony Bridge *(Richard the Lionheart,* Nueva York, 1989) y a John Gillingham *(Richard the Lionheart,* Nueva York, 1978).

Más reciente y de enfoque realmente sugestivo es el libro de Geoffrey Regan *Lionhearts: Richard I, Saladin and the Era of the Third Crusade* (Nueva York, 1998). Regan emprende un estudio comparativo entre la figura de Ricardo Corazón de León y de su principal rival musulmán, el kurdo Saladino. El resultado es enormemente atractivo.

También notable es el espacio que Amy Kelly dedica a Ricardo en la biografía de su madre, *Eleanor of Aquitaine and the Four kings* (Cambridge y Londres, 1978). Posiblemente, un psicólogo aficionado a la Historia podría adentrarse en la posible conexión entre la homosexualidad esporádica de Ricardo y la vinculación tan estrecha que durante años mantuvo con su madre Leonor de Aquitania. El autor de estas líneas confiesa no estar preparado para abordar esa tarea.

# 7
# ¿Estuvieron relacionados los templarios con el nacimiento de la masonería?

A pesar de haber desaparecido como orden militar en la segunda mitad del siglo XIV, en la actualidad no son escasos los grupos que se reivindican como sucesores de los templarios. Lo curioso de esta relación es que en no pocos casos los mencionados colectivos a la vez mantienen una clara conexión con la masonería. Semejante circunstancia, chocante cuando menos, obliga a formularse una pregunta: ¿se trata de meros charlatanes con pretensiones delirantes o realmente tuvieron alguna relación los primeros templarios con el nacimiento de la masonería?

La peripecia de los caballeros del Temple es, sin ningún género de dudas, uno de los episodios más apasionantes no sólo de la Edad Media sino de toda la Historia universal. De hecho, su mismo fin parece apuntar más a un inicio que a una verdadera conclusión. El 18 de marzo de 1314 era quemado en París el Maestre de los templarios, Jacques de Molay, tras un proceso que había durado más de un lustro. Desde su pira mortuoria, De Molay emplazó a Felipe el Hermoso de Francia, a Guillermo de Nogaret, mayordomo del monarca, y al papa Clemente, desarticulador de la orden, para que antes de que concluyera el año comparecieran ante el tribunal de Dios a fin de responder del proceso y la condena de los templarios. De manera escalofriante, los tres emplazados fallecieron antes de que se cumpliera el año y, además, en el caso de la dinastía reinante en Francia —una dinastía que no había tenido problemas de sucesión a lo largo de tres siglos— se produjo una extinción dramática en breve tiempo.

El proceso de los templarios, íntimamente relacionado con su disolución por decisión papal, sacó a la luz un cúmulo de acusaciones que iban desde la práctica de la sodomía a la utilización de la magia negra en ceremonias secretas y a la blasfemia idolátrica. Que Felipe de Francia, ansioso por obtener más fondos y despojador poco antes de los judíos, pretendía fundamentalmente llenar sus arcas parece fuera de duda; que Guillermo de Nogaret le sirvió buscando no el que resplandeciera la justicia sino beneficiar a su señor es innegable y que el papa Clemente se plegó a las presiones del monarca galo, en parte, por miedo y, en parte, por superstición parece muy difícil de discutir.

Tampoco puede cuestionarse que De Molay y otros acusados fueron sometidos durante años a tormento y que, posteriormente, renegaron de las confesiones suscritas bajo el efecto de la tortura, un hecho que precipitó precisamente su condena a la pena capital. Sin embargo, existe más de una posibilidad de que las acusaciones vertidas contra la Orden del Temple no fueran del todo falsas.

Fundada al calor de la I Cruzada en Tierra Santa, la Orden del Temple fue el primer intento de establecer una entidad que incorporara tanto el factor monástico como el militar en su vocación espiritual. De ahí que recibiera el apoyo entusiasta de san Bernardo y que no pocos reyes —incluidos monarcas de los reinos españoles— la miraran con agrado y la favorecieran. En poco tiempo, los templarios se convirtieron en un ejército eficacísimo en la lucha contra el islam, al igual que sucedería poco después con los hospitalarios. Sin embargo, a diferencia de éstos, que se ocupaban de enfermos, necesitados y heridos, los templarios no pusieron ningún énfasis en cuestiones relacionadas con el ejercicio de la caridad y no tardaron en entregarse a funciones de carácter bancario que casaban mal con su vocación de monjes soldados. Por si fuera poco, algunos de los caballeros templarios acabaron sintiéndose atraídos por corrientes gnósticas orientales y manteniendo unas relaciones sospechosamente cordiales con grupos como la secta musulmana de los *hashishimo* «asesinos».

En qué medida esta suma de elementos inficcionó a la orden es difícil de establecer. Que perdió buena parte de su carga espiritual primigenia y que no pocas veces funcionó más como una entidad crediticia que espiritual es innegable. Cuestión aparte es que, efectivamente, fuera culpable de los cargos formulados contra ella en el proceso orquestado por Guillermo de Nogaret siguiendo las directrices de Felipe el Hermoso. De hecho, cuando la orden fue disuelta y se procedió a juzgar a sus caballeros en otras partes del mundo, por regla general obtuvieron sentencias absolutorias. En España, por ejemplo, ninguno de los monarcas se opuso al proceso y, por el contrario, se permitió que los legados papales lo llevaran a cabo sin interferencias. Curiosamente no se dictó una sola

condena en el ámbito de Castilla, Navarra, Portugal o Aragón. Incluso puede añadirse que, aunque los templarios tenían la posibilidad de cobrar una pensión procedente de los fondos de la disuelta orden y retirarse, prefirieron integrarse en su mayoría en otras órdenes militares, lo que no sólo no chocó con objeciones sino que recibió un inmenso apoyo. Aún más. Cuando antiguos templarios dieron origen a nuevas órdenes como la de Montesa la iniciativa fue acogida favorablemente tanto por las autoridades eclesiásticas como por las civiles. En términos generales, por tanto, la Orden del Temple no se había visto contaminada por los hechos que se le imputaban, y así se entendió en la época.

En términos generales insistamos porque excepciones de enorme relevancia las hubo. Por ejemplo, un grupo de templarios franceses marchó a Escocia, donde Roberto el Bruce se enfrentaba con los ingleses —un episodio reflejado en parte por la película *Braveheart*— y se puso a su servicio. El rey Roberto los acogió entusiasmado —no en vano eran magníficos guerreros y quizá incluso llevaban consigo fondos salvados del expolio de la orden— y los utilizó para vencer militarmente a los ingleses y conservar la independencia de Escocia. Hasta ahí todo entra dentro de lo normal. La cuestión, sin embargo, es que existen numerosas pruebas arqueológicas de que los templarios transplantados a Escocia sí que tomaron contacto con las primeras logias masónicas. Así, por ejemplo, en la capilla de los Saint Clair de Rosslyn los símbolos templarios coexisten con los masónicos sin excluir la cabeza del demonio Bafomet, una imagen —convengamos en ello— bien peculiar para ser albergada en el interior de una iglesia católica. No podemos determinar más allá de la hipótesis plausible cuál fue la relación exacta que los templarios establecieron con la masonería. Es muy posible que se relacionaran con ella de una manera natural impulsada, por una parte, por el gusto que algunos caballeros habían mostrado ya en Oriente hacia cosmovisiones gnósticas pero también, por otra, por el deseo de vengarse del papado y de la corona francesa, que habían acabado con su orden. En ese sentido, las muertes del papa Clemente y de los herederos al trono francés han sido interpretadas como asesinatos templarios aunque, obviamente, tal supuesto no pasa de ser una especulación novelesca.

Fuera como fuese, durante los siglos siguientes esa vinculación de algunos templarios aislados a la masonería se convirtió en un punto central de su historia y de su propaganda. Se insistió en que los templarios habían formado parte de la cadena de receptores de secretos ocultos existente desde el principio de los tiempos —un hecho más que dudoso— y se dio nombre de templarías a algunas obediencias masónicas como la Orden de los Caballeros Templarios encardinada en el seno de la Gran Logia de Inglaterra u otras órdenes templariomasónicas en Escocia, Irlanda y Estados Unidos. La circunstancia no debería extrañar en la medida en que la masonería —como algunos templarios— se presentaba como enemiga declarada de la Santa Sede. La relación, por tanto, de algunos caballeros templarios con la masonería escocesa del siglo XIV resulta innegable. Que además formaran parte de la cadena de transmisión de los secretos masónicos o que dieran lugar a su vez a obediencias masónicas diversas resultan ya cuestiones en las que pisamos un terreno mucho menos firme.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

El estudio más accesible y completo en castellano sobre la posible relación entre los templarios y la masonería continúa siendo la obra de Ricardo de la Cierva *Templarios: la historia oculta* (Madrid, 2000). Como suele ser habitual en otras obras del profesor De la Cierva, el título apenas contiene una exposición del contenido. Ciertamente, se refiere la historia oculta de los templarios en este volumen, pero también hay una notable descripción de la trayectoria histórica de esta orden militar y, por añadidura, un extenso apartado dedicado a la biografía de Raimundo Lulio de enorme interés.

También en castellano y relativamente accesibles son la obra de Andrew Sinclair *La espada y el Grial* (Madrid, 1994) —especialmente interesante en lo que a huellas arquitectónicas se refiere— y la *Historia del rito escocés antiguo y aceptado* de L. Umbert Santos (México, 1989), donde se hace referencia a los grados templarios del rito masónico escocés.

Sobre las conexiones templarias, ya en otros idiomas, merece la pena utilizar *Les origines de la Francmaçonnerie,* de Paul Naudon (París, 1991) e *Histoire de la francmaçonnerie française. Le rite écossais* (París, 1987), de Albert Lantoine.

# 8
# ¿Por qué estuvo España sola en Lepanto?

A finales del siglo XVI, el Imperio otomano constituía una peligrosa amenaza para toda Europa. Sin embargo, cuando llegó el momento de enfrentarse con él se produjo una curiosa abstención de todas las potencias de la época hasta el punto de que España tuvo que enfrentarse prácticamente en solitario con los turcos en la batalla de Lepanto. ¿Por qué se encontró sola España en ese combate cuando el peligro provocado por la expansión del islam era generalizado?

En 1570, el islámico Imperio turco se encontraba a punto de coronar varios siglos de constantes agresiones contra Occidente. En 1453, se había apoderado de Constantinopla poniendo punto final al Imperio romano de Oriente. Seis años después, los turcos se apoderaron de Bulgaria y Serbia, salvo Belgrado. En 1461 cayó ante el ejército turco Trebisonda, el último reino cristiano de Oriente. En 1463 sufrieron el mismo destino aciago Bosnia y Croacia, y en 1470, la isla de Eubea. Además, entre 1460 y 1479, los turcos no dejaron de avanzar por territorio griego, ocupando Atenas, Morea y Cefalonia. En 1480, los turcos se permitieron incluso desembarcar en Otranto, Italia, en donde asesinaron a toda su población. Se trató de su último gran avance hasta 1517, en que se hicieron con el sultanato de Egipto. Al año siguiente controlaban el Magreb, y en 1521, Belgrado. En 1522, una traición les permitió arrebatar Rodas a los caballeros hospitalarios. Se trató de una gran victoria antes de saltar sobre Europa central con la rapidez del rayo. En 1526, derrotaron y mataron al rey Luis de Hungría en Mohacs y en 1529 sitiaron Viena, una ciudad que se les resistió únicamente gracias a la ayuda de Carlos I de España. Las siguientes décadas estuvieron jalonadas de triunfos continuados de los turcos. Hungría, Moldavia, Rumania, Albania, las Lípari e incluso las Alpujarras granadinas fueron testigos de las hazañas de los turcos y sus aliados. Cuando en 1570 cayó Chipre y en 1571 devastaron todo el Adriático desde Corfú hasta Venecia, resultó fuera de discusión que el Mediterráneo estaba a un paso de convertirse en un lago otomano.

El resultado de esta amenaza fue un llamamiento realizado por el papa para salvar a la cristiandad de una amenaza más que cierta. Sin embargo, y de manera un tanto sorprendente, ninguna potencia salvo España respondió a aquel grito de alarma. Cuando el 25 de mayo de 1571 se proclamó en la basílica de San Pedro en Roma la Santa Liga de la Cruzada, a ella se habían sumado únicamente España, Venecia y la Santa Sede. Además, tan sólo España era una potencia en el sentido verdadero del término y arriesgaba considerables medios en la empresa. Aunque el acuerdo suscrito por las tres partes establecía que España sólo contribuiría con el cincuenta por ciento de los medios, la realidad iba a ser muy distinta. En la batalla de Lepanto, que se combatiría como consecuencia de esta alianza, lucharon ventiocho mil infantes, y de ellos veintiún mil —es decir, las tres cuartas partes— eran españoles. La Santa Sede sólo contribuyó con dos millares, y Venecia con escasos cinco mil.

También desproporcionada, aunque no tanto, fue la participación naval. De las 315 embarcaciones de la Santa Liga, 164 eran españolas. Sabido es de todos que el empeño concluyó con una victoria extraordinaria de la Liga que, a pesar de la traición veneciana posterior, prácticamente expulsó a los turcos del Mediterráneo occidental. Pero, siendo los riesgos tan altos, ¿por qué España fue la única potencia importante y la que participó en mayor medida en la empresa?

En primer lugar, hay que señalar que las potencias protestantes tenían, en general, razones religiosas y políticas para no participar en aquel combate contra el islam. Si, por un lado, la lucha se desarrollaba en un escenario lejano geográficamente de Suecia o Inglaterra, por otro, no sentían ningún interés por favorecer al papa o a España. Sin embargo, esta circunstancia explicable no afectaba a las potencias católicas —teóricamente interesadas en una victoria sobre los turcos—, que se abstuvieron igualmente. En el caso de la parte católica del Imperio alemán, los motivos eran muy semejantes a los de las potencias protestantes. Sin duda, el emperador Fernando era en teoría muy favorable a cualquier esfuerzo de contención de los turcos pero, momentáneamente, parecía que la amenaza de expansión estaba situada en el Mediterráneo y además necesitaba sus fuerzas para evitar una expansión mayor del protestantismo. El caso de Francia resulta, sin embargo, distinto. A diferencia

de Alemania u Holanda, Francia era una potencia católica que debería haber respondido favorablemente al llamamiento papal. Por si fuera poco, su situación de potencia en el Mediterráneo se veía afectada directamente por las acciones de los turcos y de sus aliados, los piratas berberiscos. ¿Por qué, entonces, dejó sola a España en esta lucha?

La razón de la abstención francesa es que prevaleció una visión mezquina de la política nacional sobre la internacional. Los turcos no sólo no eran vistos como enemigos sino como aliados en la lucha contra España, una lucha que, desde finales del siglo XV, había tenido como finalidad invadir la nación subpirenaica y anexionarla. Ya se había producido un intento de este tipo cuando Luis XI de Francia se alió con Alfonso de Portugal para invadir la España regida por Isabel de Castilla y Juan de Aragón, el padre del futuro Fernando el Católico. Volvió a darse un nuevo intento durante el reinado de Francisco 1 de Francia cuando, según datos consignados por el escritor francés Du Bellay, el monarca galo intervino en el conflicto navarro para «entrar en España, con la esperanza de conquistar las Españas». A mediados del siglo XVI, los franceses y los turcos se permitieron incluso saquear conjuntamente la ciudad de Niza. Comenzaba así una alianza que proseguiría durante el episodio de Lepanto pero que se traduciría además en una curiosa censura acerca de los turcos en la sociedad francesa que no debía saber quiénes eran sus aliados frente a una España mucho menos terrible. Así, cuando en 1646, un franciscano recoleto llamado Eugene Roger publicó en Francia un libro titulado *Terra Sancta* donde se mencionaba la verdad sobre los turcos, se produjo la inmediata retirada de circulación de la obra. Los sucesivos reyes franceses estaban tan interesados en justificar aquella alianza contra natura que ocultaron a su pueblo cómo eran los turcos a pesar de que éstos no pocas veces actuaban contra súbditos franceses. Cuando Moliere en 1669 quiso documentarse sobre el Imperio otomano para *El burgués gentilhombre,* se le remitió al caballero d'Arvieux, un amigo de los turcos, y lo mismo sucedió cuando Racine estaba escribiendo *Bayaceto*. Se podía hablar con partidarios y paniaguados de los otomanos pero, bajo ningún concepto, consultar —menos aún publicar— obras verdaderas sobre los turcos.

Durante aquel siglo fueron varios los libros que se publicaron en Italia y España describiendo la verdadera catadura moral de turcos y argelinos pero, salvo el *Quijote,* que podía ser tachado de ficción, ninguna obtuvo permiso para ser publicado en Francia. Tan sólo a finales del siglo XVII, Luis XIV ordenó una pequeña expedición contra Argel, pero incluso entonces se hizo creer a la opinión pública que los argelinos y los turcos nada tenían que ver entre sí, a pesar de ser aliados desde hacía siglos. Todos estos episodios eran fruto de una islamofilia en la que Francia ha continuado desbarrando durante los siglos siguientes, islamofilia que se consideraba benéfica para la nación y sobre la que hoy debemos tener una opinión bien diferente.

Si España, a fin de cuentas, estuvo sola en Lepanto se debió, por tanto, a varias razones. La primera, que la totalidad de las potencias actuó mucho más movida por intereses directos —y no pocas veces mezquinos— en los que criterios geográficos, políticos o religiosos sobrepasaron la visión estratégica global e incluso su propia conveniencia a largo plazo. La segunda, como reverso de la anterior, que tan sólo España intentó conjugar una visión estratégicamente realista —los turcos eran una verdadera amenaza para Occidente— con una visión espiritual que llamaba a defenderse contra la despiadada expansión del islam. A siglos vista, no puede dudarse de que la posición de España era la acertada y de que resultó una verdadera fortuna histórica que combatiera en Lepanto. Lamentablemente, tal episodio no es políticamente correcto y quizá explique como sobrecogedor



lapsus freudiano aquella referencia del político socialista Joaquín Almunia a la «derrota de Lepanto».

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

A pesar de su inmensa importancia no sólo para la Historia española sino para la universal, la bibliografía sobre la batalla de Lepanto no es muy extensa quizá porque resulta políticamente muy incorrecto derrotar a una flota que pretendía someter toda Europa a la esclavitud islámica. Con todo, no faltan los textos interesantes. Así, la UNED publicó en 1987 La *batalla de Lepanto. Descriptio Belli Nautici et Expugnatio Lepanti per a. Ioannem de Austria,* una fuente de lectura obligatoria. Un año antes Luciano Serrano Pineda había publicado un interesante *España en Lepanto* y, más recientemente (1998), Cayetano Rosell ha abordado la repercusión del combate —la mayor ocasión que vieron los siglos a decir de Miguel de Cervantes— en *Historia del combate naval de Lepanto y juicio de la importancia y consecuencias de aquel suceso*.

En 1999 vieron la luz, no obstante, dos obras de especial significación para el estudio de la batalla. La primera es *Lepanto, el día después* de David y Enrique García Hernán, y la segunda, *Lepanto, la historia oculta* de Jean Dumont. Este último estudio tiene una especial relevancia porque aborda entre otras cuestiones importantes pero orilladas habitualmente la que abordamos en este capítulo. Dumont fue hasta su reciente muerte un gran hispanista injustamente ignorado en los medios españoles quizá porque sus puntos de vista no se amoldaban a la ortodoxia de lo políticamente correcto y buscaban más bien dilucidar la verdad histórica.

Por último, a los que deseen acercarse a la batalla de Lepanto desde una perspectiva novelística centrada fundamentalmente en los sentimientos y las vivencias de los protagonistas situados en ambos bandos de la lucha les recomiendo la lectura de mi novela *Victoria o muerte en Lepanto,* publicada por la editorial SM. Su soporte documental es ciertamente sólido pero he intentado —y espero haber conseguido— especialmente que los lectores comprendan lo que significó Lepanto para los españoles y los turcos de la época.

# 9
# ¿Cómo se apoderó Gran Bretaña de Gibraltar?

En los últimos meses, los medios de comunicación han dado repetidas veces la noticia de que España y Gran Bretaña estaban a punto de alcanzar un acuerdo sobre la soberanía de Gibraltar. Esta solución pactada pretendería zanjar un contencioso que se ha extendido a lo largo de casi tres siglos mediante una fórmula de soberanía compartida. Sin embargo, para juzgar hasta qué medida tal salida sería justa resulta obligatorio examinar el punto de partida de la cuestión. En otras palabras, hay que responder documentadamente a la siguiente pregunta: ¿cómo se apoderó Gran Bretaña de Gibraltar?

En 1704, España se hallaba desgarrada por una terrible guerra civil. El final de la dinastía de los Austrias en la figura de Carlos II el Hechizado había abierto un proceso sucesorio que, en puro derecho, tenía que haber comenzado y concluido con el entronizamiento de Felipe de Borbón como rey de España. Sin embargo, el temor a una alianza francoespañola provocó de manera inmediata una reacción internacional y la aparición de un candidato alternativo en la persona del archiduque Carlos de Austria. Apoyaban a éste Holanda, el Imperio germánico y, muy especialmente, Inglaterra que bajo ningún concepto deseaba la existencia de una potencia fuerte en el continente al que, al parecer, no pertenecía. El 4 de agosto del citado año, la ciudad, castillo y fortaleza de Gibraltar fueron objeto de un ataque llevado a cabo por una fuerza combinada angloholandesa. Gibraltar, como la casi totalidad de España, ya había prestado obediencia a Felipe V de Borbón y, de manera lógica, decidió resistir al ataque de unas tropas que representaban los intereses del archiduque Carlos. La resistencia estaba condenada al fracaso dada la superioridad del enemigo y, finalmente, vecinos y guarnición terminaron por rendirse. A la sazón, el territorio de Gibraltar comprendía la comarca costera de la bahía de Algeciras y, con su ciudad de más de cinco mil habitantes, era la capital de una zona extensa superior a alguna provincia española. La acción, en teoría, no debería haber tenido mayor trascendencia en la medida en que, como ya queda dicho, ingleses y holandeses eran aliados de un aspirante al trono español y sólo tomaban posiciones en territorio de la nación española. Lamentablemente, el almirante inglés Rooke decidió pasar por alto reglas tan elementales del derecho y mediante un vergonzoso acto de piratería tomó posesión de la plaza no en nombre del archiduque Carlos sino de la reina Ana, entonces soberana de Inglaterra. Acababa de darse inicio a un conflicto que se prolongaría durante siglos.

Que el comportamiento del inglés resultaba indefendible fue algo que no se escapó de la mente de nadie… ni siquiera de la de los propios ingleses. De hecho, la edición de 1879 de la *Encyclopedia Britannica* (volumen 10, p. 586) no se recataba de señalar lo taimado de semejante acción atribuyendo el acto de piratería llevado a cabo por Rooke a su propia responsabilidad *(«his own responsibility»)* y añadía que, desde luego, había ido en contra del honor de Inglaterra el que hubiera sancionado y ratificado una ocupación desprovista de principios como aquélla. El comportamiento de Rooke, por seguir el texto de la *Britannica,* había sido el de un patriotismo carente de escrúpulos *(«unscrupulous patriotism»)* y por ello no resultaba extraño que los españoles hubieran sentido profundamente la injusticia perpetrada con ellos.

Desgraciadamente, aquel acto de piratería sólo iba a ser el inicio de una larga cadena de abusos ingleses que llevan a pensar al historiador imparcial que el calificativo de «pérfida Albión» no carece totalmente de fundamento al menos en su trato con España. Desde luego, no resulta extraño que Felipe V intentara reconquistar la plaza ya en septiembre de 1704 y que se irritara profundamente cuando le recordaban la villanía inglesa. Con el paso del tiempo, el monarca caería en un lamentable desarreglo mental al que me he referido en alguno de mis libros, pero en lo tangente al tema de Gibraltar estaba cargado de razón. A fin de cuentas, Gibraltar formaba parte del territorio hispánico desde la época de la colonización romana, nunca había dejado de estar sometido a entidades políticas españolas —cristianas o islámicas— e incluso míticamente se asociaba con la fundación de España por el mismo Hércules. En términos cronológicos, distintas instituciones políticas hispánicas dominarían la plaza por un período de tiempo hasta ocho veces superior al de la existencia de la colonia británica. De hecho, cuando en 1713 el Tratado de Utrecht puso fin a la guerra de Sucesión y

en su artículo décimo se recogió la ocupación de Gibraltar por Inglaterra, España se guardó muy mucho de aceptar la legitimidad de aquel acto. La cesión quedó por añadidura condicionada a la supresión del comercio entre la plaza y el territorio vecino, a la prohibición de residencia en Gibraltar de determinadas personas para garantizar la seguridad española y al respeto por parte de Inglaterra del culto católico en la plaza. Finalmente, el texto incluía una cláusula resolutiva de la crisis en la que se afirmaba que si en algún tiempo Gran Bretaña decidía «dar, vender o enajenar» Gibraltar se daría «a la Corona de España la primera acción antes que a otros para redimirla». A partir de ese momento, España intentaría vez tras vez recuperar un territorio propio, y Gran Bretaña, mantener en su poder la colonia. Los abusos cometidos por esta potencia formarían una verdadera legión. Por ejemplo, en las negociaciones preliminares al Tratado de Madrid de 13 de junio de 1721 se planteó como condición previa la devolución de Gibraltar a España. El ministro inglés en Madrid, William Stanhope, y el secretario de Estado español, el marqués de Grimaldi, se comprometieron así a que el tratado no sería ratificado mientras Jorge I de Inglaterra no comunicara la restitución de Gibraltar. El 1 de junio, Jorge I envió una carta en ese sentido, pero una vez que el 5 de julio del mismo año España ratificó el tratado, el monarca inglés faltó a su palabra. Las promesas británicas volvieron a repetirse en ocasiones en que Gran Bretaña se vio amenazada por un enemigo más poderoso que España, pero siempre para quedar en nada.

Por si fuera poco, Inglaterra fue sumando a sus desafueros diplomáticos una larga lista de incumplimientos del Tratado de Utrecht desde el mismo siglo XVIII cuya simple exposición sería material para una docena de libros como el presente. Así, nada más firmarse el acuerdo, las tropas inglesas procedieron a ocupar militarmente la torre del Diablo a levante y el Molino a poniente no incluidos en el mismo. El 19 de agosto de 1723, William Stanhope sostenía con evidente descaro que Inglaterra tenía derecho a ampliar el terreno cedido por el Tratado de Utrecht a «todo el terreno cubierto por la artillería de la Plaza», aunque reconocía que tal extremo no estaba contemplado en el texto firmado por ambas naciones.

El intolerable comportamiento británico llegó incluso a aprovecharse de la buena fe y de la caridad de los españoles para ir robando nuevos territorios cercanos a la plaza. En 1815, por ejemplo, una epidemia de fiebre amarilla diezmó a los ingleses de Gibraltar. España ofreció entonces generosa ayuda humanitaria a los británicos y éstos aprovecharon la situación para apoderarse de nuevos territorios españoles en la zona. En 1854, las autoridades británicas volverían a utilizar una ocasión similar —la generosa ayuda española prestada con ocasión de una epidemia— para repetir su taimado proceso expansivo. En 1908, en claro antecedente del Muro de la vergüenza berlinés, el gobierno británico levantó incluso una verja de hierro que separaba físicamente a España de una colonia gibraltareña que no había dejado de crecer territorialmente en las últimas décadas. A esas alturas, los ingleses eran más que conscientes de que su colonia era incapaz de automantenerse —a diferencia de otras bajo pabellón británico— y reconocían que Gibraltar sobrevivía gracias a actividades ilegales como el contrabando, una situación, dicho sea de paso, que no ha cambiado mucho desde entonces. El 25 de agosto de 1841, por ejemplo, lord Palmerston, en una bochornosa nota enviada a la legación española en Londres, afirmaba que los barcos de contrabandistas irían armados con cañones para defenderse de los guardacostas españoles.

A nadie se le ocultaba —como no se le oculta hoy— que. Gibraltar no era viable económicamente salvo mediante la conjunción de prácticas económicas delictivas y colonialismo británico. Tan sólo

este tema daría material más que sobrado para una voluminosísima tesis doctoral. Por supuesto, no todos los británicos veían con agrado semejante suma de desafueros. En 1856, sir Robert Gardiner en su *Informe sobre Gibraltar. Una fortaleza y una colonia* se preguntaba: «¿Cuáles deben ser los sentimientos de todos los españoles con esta noble roca a la vista siempre, ocupada por extranjeros?» Seis años después, John Bright afirmaba que «el Peñón de Gibraltar fue tomado y retenido por Inglaterra cuando no estábamos en guerra con España y su apropiación fue contraria a todas las leyes de la moral y del honor». No fueron los únicos.

Naturalmente, Gibraltar, que nunca ha sido algo distinto de una colonia, se vio afectada directamente por el proceso descolonizador. En 1950, el gobierno británico inició en Gibraltar un proceso de repoblación que, supuestamente, ayudaría a legitimar la supervivencia de la colonia. La acción —una burla absoluta del derecho internacional— fue contestada incluso en Gran Bretaña. En febrero de 1951, por ejemplo, William C. Atkinson indicaba cómo Inglaterra se había comportado en la situación de Gibraltar añadiendo «el insulto a la herida». El 17 de septiembre de 1954, Halliday Sutherland señalaba que la toma de Gibraltar en 1704 «fue un acto de piratería», y en 1966, Arnold J. Toynbee indicaba la injusticia de la ocupación británica de Gibraltar preguntándose: «¿Le agradaría al pueblo británico ver una fortaleza rusa o china en Land's End o en las islas del Canal?» Sin embargo, lo más importante fue que la ONU reconoció públicamente que Gibraltar no era territorio británico, sino una colonia. El comité encargado por Resolución 1654 (XVI) de 27 de noviembre de 1961 del examen de cuestiones relacionadas con el proceso de descolonización —un comité que desde el 17 de diciembre de 1962 contaría con veinticuatro miembros— proclamó solemnemente en su resolución de 16 de octubre de 1964 que «las disposiciones de la Declaración sobre la concesión de independencia a los países y a los pueblos coloniales se aplican íntegramente al territorio de Gibraltar». El 16 de diciembre del año siguiente el plenario de la XX Asamblea General de la ONU aprobaba un proyecto de resolución sobre Gibraltar en el que volvía a insistir en el carácter colonial de este enclave. La resolución fue aprobada por 96 votos a favor y ninguno en contra. Desde entonces, el poder colonial de Gran Bretaña se ha visto mermado con episodios como el de la recuperada reintegración de Hong Kong a China. En la actualidad, sólo dos razones impiden que Gibraltar siga el camino de otras colonias británicas. La primera es el prurito británico de continuar manteniendo un peso colonial en un mundo afortunadamente poscolonial. La segunda —aún más inconfesable— es no entrar a fondo en la sentina de irregularidades legales que tiene como sede Gibraltar y que ha sido denunciada repetidamente desde las más diversas instancias. Resulta obvio que ninguna de estas razones es de recibo en el marco no sólo de la Unión Europea sino del cumplimiento más elemental del derecho internacional. La única salida justa y razonable para el contencioso de Gibraltar es la restitución de la soberanía de la plaza a España. Afortunadamente, la nación española es en la actualidad —a diferencia de la China a la que se ha reintegrado Hong Kong— un país moderno, libre y democrático, miembro de pleno derecho de la Unión Europea, una unión que no puede permitir en su seno la persistencia de colonias. El día que se llegue a ese punto, no sólo se habrá corregido una injusticia histórica, sino que habrá desaparecido el último contencioso entre dos grandes naciones que antaño enemigas son ahora amigas y aliadas pero, sobre todo, se habrá eliminado del territorio europeo una lacra tan vergonzosa y vergonzante como la existencia de una colonia; colonia —no lo olvidemos— creada sobre la base de un traicionero acto de piratería.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

Un relato notable sobre la toma de Gibraltar desde una perspectiva propia de la historia militar se halla en C. Martínez de Campos, *España bélica. Siglo XVIII. Claroscuros de la disgregación* (Madrid, 1965). Una descripción breve de la toma de Gibraltar desde el punto de vista inglés la encontramos en H. Kamen, *La guerra de Sucesión en España, 1700-1715* (Barcelona, 1974). Kamen ha expuesto recientemente en un artículo de opinión publicado por el diario *El Mundo* posiciones favorables al mantenimiento de Gibraltar bajo soberanía británica con argumentos históricamente discutibles y razonamientos estrambóticos. Respondí a sus tesis en el mismo medio poco después en términos similares a los recogidos en este capítulo.

Finalmente, debe mencionarse el libro *Razones de España sobre Gibraltar* publicado por la editorial Aguilar en 1966. La obra tenía una notable oportunidad política, ya que en aquel entonces se estaba discutiendo ante la ONU las reivindicaciones españolas sobre la plaza. Aunque se trata de un libro atrasado, sus argumentos de fondo me siguen pareciendo cargados de razón.

# 10
# ¿Quién ordenó el asesinato del general Prim?

El día 27 de diciembre de 1870, el general Juan Prim tenía motivos más que sobrados para sentirse satisfecho. Con la próxima llegada de Amadeo de Saboya iba a consumarse toda una trayectoria política al servicio de la monarquía liberal. Sin embargo, a las diez de la noche, fue víctima de un atentado de resultas del cual no sólo perdería la vida sino que además el proyecto monárquico acabaría naufragando. ¿Quién ordenó el asesinato de Prim y torció de esa manera la historia de España?

La carrera del general Prim fue de una brillantez excepcional. Nacido en Reus, Tarragona, en 1814 en el seno de una familia liberal, tuvo una actitud destacada en la primera guerra carlista. En 1841, fue elegido diputado progresista por Tarragona y al producirse la caída del general Espartero fue nombrado gobernador militar de Barcelona. En el curso de las décadas siguientes simultaneó con rara habilidad la política con la milicia. Capitán general de Puerto Rico (1847-1848), capitán general de Granada (1855-1856), teniente general en la guerra de Marruecos (1859-1860) —lo que le valió el título de Grande de España y el marquesado de los Castillejos—, jefe de la expedición española a México (1861)…, cinco años después se había sumado a las filas de los conspiradores que buscaban el destronamiento de Isabel II.

El 19 de septiembre de 1868, después de proclamar el manifiesto *España con honra* apoyado por Práxedes Mateo Sagasta y Manuel Ruiz Zorrilla, con la ayuda de Francisco Serrano Bedoya y Juan Bautista Topete, desembarcó en Cádiz con la intención de derrocar a la reina Isabel II. A la caída de Isabel II, Prim fue nombrado ministro de la Guerra y muy pronto, en junio de 1869, asumió la presidencia del gobierno aunque sin abandonar las mencionadas funciones ministeriales. Defensor de la monarquía constitucional, a él se debieron las gestiones para encontrar un rey no Borbón que ocupara el trono de España. Finalmente, presentó la candidatura de Amadeo de Saboya, que las Cortes aceptaron en el mes de noviembre de 1870. Precisamente en ese momento esencial de la Historia española, Prim sufrió el atentado que le costó la vida.

En contra de lo que se suele creer y de lo que proclamaba la coplilla infantil, el general Prim no murió en la calle del Turco —hoy, Marqués de Cuba—, donde se perpetró el atentado. Quedó muy malherido, eso sí, pero ayudado por sus sirvientes consiguió llegar hasta su dormitorio, sito en su residencia del palacio de Buenavista.

Había sido aquella tarde de mucho trabajo dedicado en las Cortes a discutir el sueldo de Amadeo de Saboya, el futuro monarca de origen italiano que el día anterior había partido de Génova, a bordo de la fragata española *Numancia,* para llegar a España. Antes de abandonar el hemiciclo, Prim fue requerido sucesivamente por dos masones para que acudiera a una reunión que celebrarían los hermanos en el hotel Las Cuatro Naciones de la calle Arenal. Prim se excusó diciendo que tenía mucho trabajo —se había distanciado de la masonería considerablemente en los últimos tiempos— y atendió al gobernador civil de Madrid, que vino a referirle detalles de una conjura republicana contra su persona. Finalmente, logró subir al coche de caballos en compañía de Sagasta y de Herreros de Tejada. Ya se hallaban los tres instalados cuando los citados acompañantes recordaron que tenían que hacer «otra cosa» y dejaron solo al general en el vehículo.

Al doblar el coche por la esquina de la calle del Sordo, el comandante Moya, que iba con Prim, vio cómo un hombre encendía un cigarrillo y cuando entraban por la calle del Turco contempló un gesto similar en otro peatón. La circunstancia le llamó la atención porque nevaba y hacía mucho frío y no parecía que se tratara del momento más adecuado para fumar. Unos instantes después, una berlina cortó el paso del coche de Prim y Moya apenas tuvo tiempo de gritarle que se lanzara al suelo porque iban a disparar sobre ellos. Efectivamente, primero abrieron fuego y destrozaron la mano diestra del general, y luego le causaron impactos en el hombro izquierdo y el pecho. El impacto mortal —como ha indicado un estudio reciente sobre el sumario del crimen— vino, por añadidura, del interior del coche. Previamente, una voz había anunciado a Prim que iba a morir, voz que el general identificaría con la de Paúl y Angulo, periodista y enemigo suyo.

Durante tres días se pensó que Prim, que incluso había bromeado al despojarse de la ropa ensangrentada, sobreviviría. Lo cierto es que su existencia se prolongó muy poco y es hasta posible que muriera aquella misma noche y que la noticia se ocultara para no hacer peligrar la llegada de Amadeo de Saboya. La versión oficial insistiría, sin embargo, en que el general habría sobrevivido hasta que tuvo noticias de que el *Numancia* había llegado al puerto de Cartagena. Entonces habría dicho: «El rey ha llegado… y yo me muero», y a las ocho y cuarto del 30 de diciembre habría entregado su alma a Dios. Sea cual sea la verdad sobre el momento de su muerte, lo cierto es que su funeral estuvo acompañado de una manifestación multitudinaria de dolor público.

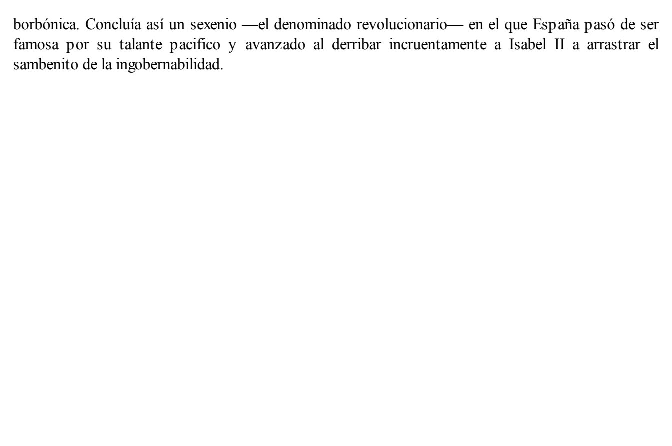
El asesinato de Prim había sido preconizado en los tiempos anteriores desde las páginas de *El Combate* por el periodista jerezano José Paúl y Angulo, partidario de matar a Prim «como a un perro». Paúl y Angulo no había estado solo en sus pretensiones. De hecho, a mediados de diciembre, Gutiérrez Gamero recibió en la sede de la Bolsa de Madrid la visita de un republicano que le avisó de que Prim iba a ser asesinado. El gobernador civil de Madrid, Ignacio Rojo Arias, le confirmó las noticias y le confesó consternado que el general Prim se encolerizaba cada vez que se veía acompañado por un escolta. Que no eran pocos los enemigos que buscaban arrebatarle la vida a Prim constituía, por tanto, un secreto a voces, pero ¿quién dio la orden de asesinar a Prim?

Las candidaturas a tan dudoso honor han sido diversas. Por supuesto, se ha apuntado a los negreros —que temían que Prim acabara con su negocio— y a los masones que habían ido contemplando cómo la amistad con el general se enfriaba y temían verse desplazados en la nueva monarquía. Quizá, se ha pensado, la invitación para acudir a la cena la noche del atentado fue un último intento por mantenerlo a su lado y salvarlo. Rechazado, sólo le esperaba la muerte.

Desde luego, no cabe duda de que los conspiradores eran importantes porque buen número de los asesinos a pesar de conocerse su identidad pudieron escapar de España gracias a «misteriosas ayudas». El sumario —18000 folios— estuvo lleno de irregularidades, como demostró en su día Antonio Pedrol Rius en su riguroso estudio del mismo. Sin embargo, existen razones para pensar que el propio Pedrol no fue ajeno del todo al desorden ulterior en que quedaron los folios de la causa por razones presuntamente políticas, como la de ocultar al verdadero culpable de la conspiración.

Desde luego, determinadas responsabilidades resultan difíciles de negar. Por ejemplo, que existió una participación republicana no puede dudarse. Paúl y Angulo formaba parte de la misma y, efectivamente, fue uno de los que abrió fuego sobre el general. Sin embargo, los republicanos quizá no pasaron de ser «tontos útiles» en la conjura. Por encima, se encontraban el general Serrano —envidioso de la suerte de Prim— y, sobre todo, el duque de Montpensier, que ambicionaba la Corona española y al que la participación en un duelo que concluyó con la muerte de su adversario colocó fuera de la lista de aspirantes. Todas estas responsabilidades emanan del estudio de una causa que, no obstante, quedó en nada por razones no tan difíciles de explicar.

Montpensier, que aborrecía a Prim y que fue el más directo culpable del crimen, resultó también el más beneficiado. Finalmente, su hija Mercedes contraería matrimonio con Alfonso XII y llegaría a convertirse en reina de España. Por lo que a la nación se refiere, su destino no pudo ser más aciago tras el asesinato del general. Cánovas del Castillo tuvo noticias del atentado de Prim cuando estaba cenando y no dudó en señalar que aquello sería el inicio del caos. No se equivocó. La monarquía del joven Amadeo —tan sólo treinta años de edad tenía al llegar a España— fracasó, y tras ella se produjo la desastrosa Primera República que desembocó, de manera obligada, en una restauración



borbónica. Concluía así un sexenio —el denominado revolucionario— en el que España pasó de ser famosa por su talante pacifico y avanzado al derribar incruentamente a Isabel II a arrastrar el sambenito de la ingobernabilidad.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

El asesinato de Prim recibió desde el principio una cobertura cronística que, supuestamente, pretendía aclarar los hechos pero que, en realidad, influyó considerablemente en su opacidad. José Paúl y Angulo redactó así *Los asesinos del general Prim y la política de España* en un intento —vano, por otra parte— de desvincularse de un crimen en el que había intervenido.

Con pretensiones de aclarar lo acontecido —aunque posiblemente también con otras intenciones—, el abogado Antonio Pedrol Rius publicó *Los asesinos del general Prim*.

Francisco Narbona y Enrique de la Vega Viguera dedicaron un capítulo al crimen en *De Prim a Carrero Blanco. Cien años de magnicidios en España (1870-1973)* (Barcelona, 1982).

Con todo, la obra definitiva sobre el tema es la de José Andrés Rueda Vicente, *¿Por qué asesinaron a Prim?,* publicada en 2000 por la editorial de la Universidad de Navarra. Rueda ha analizado concienzudamente los folios —bien desordenados, dicho sea de paso— del sumario sobre el atentado y ha podido encontrar en ellos no sólo a los asesinos, que incluían a uno de los acompañantes de Prim, sino también a los directores de la conjura y a los pagadores. La obra constituye, sin ningún género de dudas, un estudio de primera magnitud, ya de consulta obligatoria para poder acercarse a este episodio trascendental de la historia contemporánea de España.

# 11
# ¿Existió realmente Sherlock Holmes?

Durante años, la oficina de correos de Londres ha recibido millares de cartas dirigidas a Mr. Sherlock Holmes, 221 bis de Baker Street. Las misivas, que nunca han sido devueltas, incluyen peticiones de consejo, ofertas de trabajo detectivesco y enigmas que exigen una resolución. Todas ellas dan muestra de una notable afición a las novelas de Conan Doyle e incluso de la convicción de que Holmes fue un personaje real. Sin duda, son también señal del fervor que despierta el personaje y de la credibilidad que exudan los relatos de Conan Doyle que lo tienen como protagonista. Sin embargo, quizá no todo se limite a ser un fenómeno literario porque, ¿existió realmente Sherlock Holmes?

Un hombre entra en una habitación y se encuentra con un personaje que le resulta absolutamente desconocido. Éste le mira y a continuación comenta:

—Vaya, vaya, así que ha estado usted en el ejército.

—Sí, señor.

—Y se ha licenciado hace poco…

—Ciertamente, señor.

—Regimiento de las Highlands…

—Efectivamente, señor.

—Suboficial…

—Sí, señor.

—Destacado en Barbados…

—Ciertamente, señor.

—Ya ven, señores —dice entonces el desconocido dirigiéndose a sus acompañantes—. Este hombre es educado aunque no se haya quitado el sombrero. En el ejército no se lo quitan… y se le habrían pegado los modales de la sociedad civil de llevar más tiempo licenciado. Tiene un aire autoritario y no cabe duda de que su acento es escocés. Por lo que se refiere a Barbados… padece elefantiasis, una dolencia que es propia de las Antillas pero no de las islas Británicas.

Quien así hablaba —y la historia ha sido transmitida por un testigo ocular— no era Sherlock Holmes, el detective creado por Arthur Conan Doyle, pero sí su modelo real, el personaje histórico en el que el genial escritor se basó para crear al investigador más famoso de todos los tiempos.

Se llamaba Joseph Bell y era médico de la enfermería de Edimburgo. Delgado, nervudo, de cabello negro, rostro afilado y nariz poderosa, destacaba como un cirujano ciertamente habilidoso, pero sus mayores logros los alcanzaba al diagnosticar. De hecho, le bastaba con observar a un enfermo para desencadenar un torrente de deducciones como el reproducido al inicio de este capítulo. Entre sus alumnos, Bell tuvo a un muchacho llamado Arthur Conan Doyle con el que simpatizó pronto y al que escogió para que le ayudara a atender a los pacientes externos. Doyle se ocupaba de darles hora para la cita, redactaba notas sencillas sobre sus casos y luego los hacía pasar de uno en uno a una gran sala, donde Bell los examinaba ante una verdadera legión de ayudantes y de alumnos.

Doyle, como todos los presentes, quedó admirado ante las dotes deductivas de Bell, pero con el paso de los años lo echó en el olvido. Sin embargo, según propia confesión, al contraer matrimonio experimentó un notable impulso creativo y no pasó mucho tiempo antes de que se le ocurriera crear un personaje que, remedando los logros del investigador Dupin creado por Edgar Allan Poe, se convirtiera en protagonista de relatos detectivescos. Fue en ese momento cuando Doyle recordó a su antiguo profesor y decidió tomarlo como modelo directo de su nueva creación.

Inicialmente, Doyle pensó en llamarlo Sherringford Holmes pero, finalmente, decidió cambiarle el nombre por el de Sherlock, que resultaba más contundente e incluso, según su propia confesión, afilado como la hoja de un cuchillo.

Del recuerdo de la manera en que había asistido a Bell surgió también para Doyle la idea de crear a un personaje, Watson, doctor como el propio escritor, que fuera dejando constancia de los logros de Holmes.

Doyle comunicó a su antiguo profesor el plan y se encontró con que el ya anciano doctor lo acogía con entusiasmo e incluso se permitía hacerle algunas sugerencias que, al parecer, no quedaron luego fijadas en el papel. Fuera como fuese, así se reanudó un contacto que había permanecido interrumpido durante años. Cuando en 1901 Arthur Conan Doyle decidió presentarse al Parlamento

por la circunscripción de Edimburgo, descubrió con agrado que el doctor Bell acudía a prestarle su más caluroso apoyo público.

Al fin y a la postre, ni Holmes ni Watson fueron personajes reales pero los modelos en que se inspiraron no desmerecieron en absoluto de las creaciones literarias. Sin embargo, es más que dudoso que el genial detective que vivía en Baker Street, 221 bis hubiera apoyado nunca a Watson para que obtuviera un escaño en el Parlamento.

# 12
# ¿Quién fue el amor árabe de Lawrence de Arabia?

En 1926 salía a la luz uno de los libros más sugestivos del siglo XX. Su autor era un antiguo oficial británico llamado Thomas Edward Lawrence, y su título, *Los siete pilares de la sabiduría.* Precedido por una significativa poesía, ésta a su vez se hallaba encabezada por una enigmática dedicatoria a S. A. No tardó en descubrirse que S. A. eran las iniciales de una persona que había mantenido una relación amorosa con Lawrence, y algunos años después, opiniones nada desinteresadas procedentes del movimiento gay insistirían en que ese amor había sido un soldado árabe pero, en realidad, ¿quién fue el amor árabe de Lawrence de Arabia?

En noviembre de 1917, mientras los bolcheviques llevaban a cabo un golpe que les entregaría el poder en Rusia, un joven oficial británico destacado en Oriente Medio sufría una experiencia que cambiaría radicalmente su vida. Disfrazado de árabe, se había acercado a inspeccionar una población de nombre Deraa y en el curso de su misión fue sorprendido por los soldados turcos. Confundido con un desertor circasiano, en virtud del color claro de su piel, de sus ojos y de sus cabellos, el oficial fue detenido y esa misma noche fue llevado ante la presencia de un mandatario turco que pudo ser el comandante de la guarnición Bimbashi Ismail Bey o el jefe de milicias Alí Riza Bey. Éste no pretendía interrogarle, como hubiera sido lógico esperar, sino mantener relaciones homosexuales con el prisionero. La respuesta del cautivo ante los primeros acercamientos del turco fue de tajante rechazo y el resultado final fue que los soldados lo torturaron salvajemente y facilitaron así su ulterior violación por parte de su superior. Años después, cuando la vida del oficial británico —que no era otro que el famoso Lawrence de Arabia— fuera llevada al cine, el episodio provocaría problemas al director David Lean y al guionista Robert Bolt. Ambos eran más que conscientes de que una violación homosexual no podía ser reflejada en la pantalla. Sin embargo, sabían también que Lawrence no había sido el mismo desde aquel terrible episodio y que el posterior enloquecimiento del personaje —un trastorno magistralmente interpretado por un Peter O'Toole que, paradójicamente, se parecía muy poco en el físico al héroe británico— hundía sus raíces más siniestras en la agresión homosexual sufrida en Deraa. Finalmente, se filmaría una secuencia en la que José Ferrer encarnaba al violador pero donde los hechos acontecidos se les escapaban a la mayoría de los espectadores que no conocían la historia. Ésta fue, sin ningún género de dudas, verdaderamente excepcional.

Thomas Edward Lawrence había nacido en Tremadoc, una población situada al norte de Gales, el 15 de agosto de 1888. Era hijo ilegítimo —una circunstancia recogida también de pasada en la película —, fruto de la unión entre un terrateniente angloirlandés llamado Thomas Chapman y una escocesa llamada Sarah Maden. Chapman había abandonado a su esposa e hijos para irse a vivir con Sarah, que era la institutriz de la familia. Sus padres se quisieron siempre de manera dulce y profunda y, de hecho, tuvieron varios hijos pero no pudieron casarse por la sencilla razón de que la esposa de Chapman se negó encarnizadamente a concederle el divorcio. Seguramente, esa empecinada conducta le produjo algún placer, si tenemos en cuenta los tormentos de conciencia a que sometió a su antiguo esposo y, sobre todo, a su nueva mujer, que era una piadosa y convencida evangélica a la que torturaba vivir una unión más cercana legalmente al concubinato que al matrimonio.

Desde los ocho años, la vida de Lawrence estuvo estrechamente ligada a la ciudad de Oxford, adonde se trasladó su familia, y aún no había cumplido los diez cuando comenzó a interesarse por la historia de Oriente Medio a impulsos de su afición por las Cruzadas. Su entrada en la universidad no hizo sino confirmar esa temprana vocación. En 1909 dedicó el verano a recorrer Siria a pie —una aventura verdaderamente extraordinaria— y al año siguiente leyó su tesis sobre *Castillos cruzados,* que fue calificada con un sobresaliente. La obra era notable e incluía abundantes dibujos de Lawrence. Agotada hace tiempo, pude comprobar recientemente que el precio de los ejemplares de viejo ronda los dos mil dólares.

A lo largo de los años inmediatamente anteriores al estallido de la primera guerra mundial, Lawrence participó en diversas expediciones arqueológicas en Mesopotamia y Egipto y fue en este último país donde conoció al amor de su vida, precisamente la persona conocida con las iniciales de S. A., a la que dedicaría *Los siete pilares de la sabiduría,* su obra cumbre. Durante décadas, el

movimiento gay ha pretendido convertir a Lawrence en uno de sus miembros, una circunstancia que provoca escalofríos si tenemos en cuenta el episodio de Deraa, pero es que además S. A. no era sino una hermosa maestra egipcia de ojos rasgados y cabello negro que inició a Lawrence no sólo en el amor sino en los entresijos del nacionalismo árabe. Dedicada a la enseñanza, S. A. era una ardiente partidaria de la emancipación de los árabes. No convirtió a Lawrence en un nacionalista árabe por la sencilla razón de que el británico tenía serias dudas —dudas que se convertirían en amargas certezas — sobre la capacidad de los árabes para autogobernarse. No obstante, sí se vio arrastrado a soñar con la idea de utilizarlos para combatir a los turcos en el Próximo Oriente y, sobre todo, provocó en él sentimientos que sobrepasaban con mucho la política.

Lawrence continuó enamorado de ella y las cartas de amor que se conservan y que fueron publicadas hace un trienio por la prensa inglesa dejan de manifiesto que aquel idilio no sólo fue apasionado sino también único y que se extendió hasta el final de sus días.

En 1914, al estallar la primera guerra mundial, el ejército británico destinó a Lawrence al Departamento de Inteligencia en El Cairo, en parte, por sus conocimientos de preguerra y, en parte, porque Lawrence era un hombrecillo de tan sólo metro sesenta y seis de estatura que transmitía una imagen de fragilidad. En semejante enclave vegetó hasta la primavera de 1916, en que fue enviado a Mesopotamia. Para aquel entonces sus hermanos Frank y Will ya habían muerto combatiendo en las trincheras del frente occidental. Ni los británicos fueron los únicos en impulsar la rebelión de los árabes —el papel francés fue también muy notable— ni Lawrence fue el único oficial que desempeñó un cometido de primer orden en la sublevación. Sin embargo, Lawrence supo escribir un libro extraordinario sobre aquel escenario de tercer orden en el cuadro global de la guerra y se ocupó conscientemente de reducir el papel de los franceses (a los que aborrecía) y de sus compañeros de armas (hacia los que no abrigaba los mejores sentimientos) en todas y cada una de sus páginas. Fue, sin embargo, muy generoso en su descripción de los árabes que, a diferencia de los encarnados por Omar Sharif, Anthony Quinn y Alec Guinness en la conocida película, no sólo dieron muestras repetidas de cabilismo e incompetencia militar sino que se movieron fundamentalmente por intereses tribales y personales y estuvieron más de una vez a un paso de traicionar a los aliados y firmar una paz por separado con los turcos. Como, también de pasada, queda reflejado en la película, cuando llegaban determinadas épocas del año, los árabes se volvían a los lares tribales y el oficial británico se quedaba solo y desasistido a la espera de tiempos mejores para continuar la lucha contra los turcos. Lawrence —una nueva diferencia con la película— no creyó jamás en la causa de la independencia árabe, porque consideraba que sus dirigentes nativos eran demasiado sectarios y torpes como para fundar naciones estables que pudieran progresar. Así, a pesar de sentir cierta simpatía personal por algunos de ellos, a favor de los cuales abogó durante la conferencia de paz de París de 1919, era partidario del establecimiento de protectorados británicos en Oriente Medio que permitieran la perduración del imperio de su majestad y, poco a poco, llevaran a los árabes hacia la senda de la civilización.

También era Lawrence un defensor del sionismo y participó, entre otros episodios, en un acuerdo firmado entre Feisal y Weizmann el 3 de enero de 1919, en virtud del cual los árabes permitirían el asentamiento de cinco millones de judíos en Palestina y su participación en las tareas de gobierno a cambio de su ayuda técnica. En el incumplimiento de ese acuerdo se cimentarían terribles dramas posteriores, como el de la imposibilidad de huir del holocausto nazi o el actual conflicto de Oriente

Medio.

En el curso de la inmediata posguerra, mientras redactaba *Los siete pilares* y seguía recordando de manera un tanto misteriosa a la bellísima S. A., Lawrence tuvo que intervenir en Jordania para que la monarquía recientemente creada no se entregara a un baño de sangre pero, sobre todo, buscó una paz interior que le había abandonado desde la violación en Deraa. Estuvo a punto de lograrla cuando se alistó en la RAF en agosto de 1922 bajo el nombre de John Hume Ross y vivió la existencia rutinaria de un soldado raso ocupado fundamentalmente de limpiar barracones y tener el equipo listo. Aquella experiencia —que permanecería reflejada en su obra *El troquel*— duró poco. En diciembre de 1922 fue descubierto por la prensa y en enero de 1923 se le expulsó de la RAF. Los siguientes años estuvieron marcados por un intento tras otro de salvar el trauma de Deraa, a la vez que intentaba dar un sentido satisfactorio a una vida que había quedado marcada para siempre por una violación. En junio de 1925, estuvo incluso a punto de suicidarse pero, en paralelo, continuó sirviendo en el ejército —la RAF lo readmitió— y escribiendo. Incluso en mayo de 1928 dio inicio a una traducción de la *Odisea* de Homero cuya lectura resulta especialmente grata. Al comenzar la década de los años treinta parecía a punto de superar sus trastornos gracias a la afición por las máquinas, que iban desde las lanchas rápidas hasta novedosos modelos de aviones.

Cuando en febrero de 1935 se licenció de la RAF y se instaló en Clouds Hill, daba toda la impresión de ser un hombre en paz y dispuesto a disfrutar de la existencia. Como comentaría a lady Astor al rechazar una de sus invitaciones, estaba «bien alimentado, rodeado de buenas compañías y sanas costumbres». La mañana del 13 de mayo, cuando se dirigía a su casa en una motocicleta, se encontró con dos niños que venían de frente montados en bicicleta. Maniobró para no atropellarlos pero aun así no pudo evitar chocar con uno de ellos, que resultó herido levemente. Lawrence, por el contrario, se estrelló y se fracturó el cráneo. Murió el día 19 sin haber recuperado el conocimiento. Tras una ceremonia religiosa a la que asistieron amigos y camaradas de armas, fue enterrado en el cementerio de Moreton bajo la sombra acogedora de un cedro blanquecino. De su vida íntima, de su yo más interior, sólo había permitido que aflorara una dedicatoria enigmática relacionada con una egipcia a la que amó durante años.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

Las biografías sobre Lawrence de Arabia son de valor muy diverso y en no pocas ocasiones se dejan llevar más por los sentimientos que por el frío examen de la documentación relativa al personaje. Abiertamente tendenciosa en un sentido favorable y no exenta de inexactitudes es la de Robert Graves, *Lawrence y los árabes* (Barcelona, 1991), aunque aporta datos de primera mano sobre la opinión que el biografiado tenía de los árabes. También favorable pero menos tendenciosa es *Lawrence de Arabia,* de B. H. Liddell Hart, publicada en 1934 y reeditada en Nueva York en 1989.

Abiertamente negativa —y bastante injusta— aunque interesante es la desmitificadora *Lawrence de Arabia* de Richard Aldington (Barcelona, 1977). En esa línea también pero desde una perspectiva árabe es la indispensable obra de Suleiman Mousa T. *E. Lawrence. An Arab View* (Oxford, 1966), que exige un conocimiento previo nada ligero del personaje.

En una línea de alta divulgación destacan *La vida secreta de Lawrence de Arabia* de Colin Simpson y P. Knightley (Barcelona, 1970) y *Lawrence de Arabia* de Robert Payne (Barcelona, 1961).

En los últimos años han aparecido dos biografías excelentes sobre el personaje. La de Lawrence James, *The Golden Warrior. The Life and Legend of Lawrence of Arabia* (Nueva York, 1993), y la semioficial de Jeremy Wilson cuya edición abreviada, *Lawrence de Arabia* (Barcelona, 1993), se ha publicado en nuestro país. A pesar de todo, la biografía definitiva de Lawrence que incorpore, por ejemplo, los datos sobre su amor árabe está por escribir.

# 13
# ¿Por qué fue promulgada la «ley seca»?

El año 1920 se inició en Estados Unidos con una victoria legislativa que carecía de precedentes históricos. Un grupo de ciudadanos, minoritario pero decidido y, sobre todo, poseído de las mejores intenciones, había logrado que se impusiera la prohibición de consumir alcohol en el territorio nacional. Se trataba de lo que sería conocido como la «ley seca». En una nación donde —como en muchas otras— el consumo de bebidas alcohólicas se consideraba signo de hombría e incluso habían nacido productos como el bourbon, semejante medida no dejaba de ser paradójica e incluso de orígenes enigmáticos. ¿Por qué fue promulgada la «ley seca»?

Soñaban con mejorar el mundo librándolo de los maléficos efectos del consumo de bebidas alcohólicas. Procedentes en su mayoría de iglesias protestantes, los abolicionistas propugnaban la prohibición de los licores como forma de salvaguardar la virtud de las mujeres y la felicidad de las familias. Aunque en su mayoría estaban convencidos de que semejante posición contaba con una base bíblica, lo cierto es que su origen había que buscarlo más bien en el gran avivamiento metodista del siglo XVIII. En sus inicios, la reforma protestante no había manifestado ninguna prevención contra la ingestión de bebidas alcohólicas. Es cierto que insistía en lo que hoy denominaríamos el consumo responsable y que condenaba severamente la embriaguez, pero el mismo Lutero consideraba que beber ocasionalmente con moderación era un placer entregado por Dios al ser humano. De esa manera, se colocaba en la misma línea que el libro veterotestamentario del Eclesiastés, Jesús y sus apóstoles, que consumieron vino en la última cena o el apóstol Pablo, que se lo recomendó a uno de sus discípulos más directos para evitar problemas digestivos. Durante no menos de dos siglos, esa visión se mantuvo sin excepción en el seno de las iglesias protestantes. Se podía consumir alcohol siempre que no se incurriera en la borrachera ni tampoco se dedicara a su adquisición un dinero que debía emplearse en compras mejores.

El cambio tuvo lugar en el siglo XVIII con la predicación de John Wesley en Inglaterra. Movido por un celo evangelizador realmente impresionante, Wesley invitaba públicamente a la gente a reconocer sus pecados, pedir perdón a Dios por ello y recibir en su corazón a Cristo como Señor y salvador, pero además insistía en que esa conversión debía ir acompañada de cambios en la vida cotidiana que dejaran de manifiesto que era una decisión genuina y no un mero gesto derivado de la emocionalidad. A la sazón, uno de los mayores problemas con los que se enfrentaba la población inglesa era el alcoholismo. De hecho, consumir una pinta de ginebra después del trabajo cotidiano se había convertido en algo habitual no sólo por el efecto que producía la bebida en cuestión sino también porque se trataba de una forma de evasión barata. Como puede suponerse, el efecto que semejante conducta tenía sobre la vida de las personas era devastador. A las borracheras en sí se sumaban los accidentes de trabajo, las contiendas domésticas, que no pocas veces concluían de manera violenta, el abandono conyugal, las enfermedades hereditarias derivadas del alcohol y un largo etcétera de miserias. Esta circunstancia llevó a los metodistas —que es como habían comenzado a ser motejados los seguidores de Wesley— a llamar a los conversos a abandonar radicalmente la bebida.

Semejante conducta tuvo un éxito considerable en Gran Bretaña, y cuando los metodistas se extendieron a las entonces colonias inglesas de América del Norte llevaron consigo este tipo de comportamiento. Al cabo de unos años, eran varias las confesiones protestantes que se inclinaban por abstenerse del alcohol —llegaron incluso a celebrar la Eucaristía con mosto en lugar de hacerlo con vino— y comenzaron a aparecer las primeras asociaciones o ligas de templanza, cuya finalidad era invitar a la gente a dejar el hábito de la bebida.

Ciertamente, el entusiasmo de los abstencionistas podía parecerles peculiar y pintoresco a los que no eran norteamericanos, pero los protagonistas de tan singular cruzada se sentían razonablemente confiados no sólo porque creían que su causa era la de Dios sino también porque contaban ya en su haber con el precedente de un éxito legislativo considerable como había sido el de la abolición de la esclavitud. Anthony Comstock (1844-1915), por ejemplo, defendió ambas causas, como fue el caso también de Abraham Lincoln. Por otro lado, no fue éste el primer presidente que se declaró contrario al consumo de alcohol. En ese camino lo habían precedido ya Thomas Jefferson y

James Madison.

En 1851 un comerciante de Portland, Maine, llamado Neal Dow logró la aprobación por la legislatura estatal de la denominada Ley Maine, que prohibía la venta de alcohol, pero aún quedaba un largo camino por recorrer. A inicios del siglo XX la batalla moral la habían ganado los abstencionistas y para 1916 la existencia de tabernas se había prohibido en veintiún estados. Tan sólo tenían que convencer a los políticos nacionales de que su victoria no se traduciría en un desastre económico. Lo consiguieron apelando a la posibilidad de recortar gastos federales y, sobre todo, al impacto que optar por ese comportamiento tendría sobre sus votantes. En 1917, dos terceras partes de los escaños del Congreso estaban ocupadas por partidarios de la «ley seca» y en diciembre de 1917 el Congreso envió a los estados una enmienda constitucional que prohibía «la fabricación, venta o transporte de bebidas alcohólicas intoxicantes» a fin de que la ratificaran. Así, en 1920 se aprobó una nueva enmienda constitucional —la decimoctava— que vedaba la venta y fabricación de bebidas con más de medio grado de alcohol. La victoria legislativa se produjo mediante la conjunción de los votos de los republicanos del norte y de los demócratas del sur que, en aquel entonces, representaban una línea política aún más conservadora.

Sin embargo, los efectos de la «ley seca» fueron muy diferentes de los pretendidos por los legisladores. Además, el hecho de que el consumo no se viera penado tuvo como resultado directo la aparición de lucrativos negocios de venta ilegal de bebidas alcohólicas, así como la formación de bandas que las producían o las traían de contrabando desde Canadá. Se trató de un negocio dirigido fundamentalmente por inmigrantes extranjeros a los que los principios morales de la población norteamericana no les importaban lo más mínimo.

El personaje más famoso —aunque en absoluto el único— de los que supieron sacar provecho de la prohibición fue un hombre nacido en 1899 y llamado Alfonso Capone. Siendo niño, sus padres habían emigrado a Estados Unidos y se habían establecido en Brooklyn, Nueva York. Alfonso —al que ya denominaban «Al»— dejó pronto la escuela y se integró en la Mano Negra, una de las bandas de delincuentes juveniles que había en la barriada. En esa época, un adolescente llamado Galluch le marcó la cara con una navaja pero Alfonso aprovechó aquella cicatriz para dar a entender que era alguien que no retrocedía ante nadie. Posiblemente, Capone nunca habría pasado de ser un delincuente del tres al cuarto de no haber sido por la aprobación de la «ley seca». Sin embargo, entonces se encontró con posibilidades de medro que nunca había imaginado.

Dispuesto a matar a cualquiera que se cruzara en su camino, Capone no tardó en hacerse cargo de la organización que tenía en Chicago un gángster llamado Johny Torrio. Este, que dirigió la organización de 1920 a 1924, se retiró a Italia en 1925 con una fortuna de treinta millones de dólares, la mayor obtenida hasta la fecha mediante el crimen organizado. Centrada en el tráfico de bebidas alcohólicas, el juego ilegal y la prostitución, constituía un emporio que Capone defendió a golpe de ametralladora. En el curso de una serie de guerras entre bandas mató a uno tras otro de sus rivales. En ocasiones los sorprendían mientras estaban comiendo pasta en un restaurante italiano, en otras los degollaban mientras se afeitaban. Sin duda, el golpe más importante fue la denominada matanza del día de San Valentín de 1929 cuando, disfrazados de policías, los hombres de Capone asesinaron a siete miembros de la banda de *Bugs* Moran, permitiéndole así hacerse con el control completo del hampa de Chicago.

Hasta ese momento, Capone había podido perpetrar impunemente sus delitos gracias al colchón

que le proporcionaban los ingresos derivados de violar la «ley seca». Muy popular entre la gente menesterosa, Capone se ocupaba de mantener este apoyo mediante la organización de fiestas populares, verbenas y comidas gratuitas. Cualquier italiano que llegaba a Estados Unidos sabía que en su desamparo podía acudir a Capone. Al mismo tiempo, el gángster se aseguró de ir incluyendo en su nómina a jueces, policías, políticos y periodistas. En realidad, el número de personas que recibían dinero suyo y que se dedicaban a actividades profesionalmente honradas era considerablemente superior al de sus gángsters y semejante circunstancia le garantizaba, por ejemplo, que saldría bien parado de cualquier acción judicial, por supuesto, en el improbable caso de que ésta se llevara a cabo.

La fortuna de Capone fue paralela a la de la «ley seca» y por eso nos hemos detenido en su historia. En 1929 —justo cuando el gángster se hallaba en la cúspide de su poder—, una comisión presidencial dictaminó que la puesta en práctica de las leyes antialcohólicas había constituido un fracaso. La «ley seca» fue abolida de manera inmediata y también de manera inmediata los negocios de Capone sufrieron un severo recorte en 1930 con la vuelta a la legalidad del tráfico del alcohol. Seguramente no lo sospechaba, pero sus días de triunfo se acercaban a su fin. Presionado por unas autoridades a las que Capone ya no podía controlar con la misma facilidad que en el pasado, uno de sus contables acabó entregando los libros de contabilidad, y en 1931 el famoso delincuente fue acusado de no pagar a la hacienda pública.

Con todo, no fue fácil condenarle. Capone había comprado a jueces y jurados y hubo que recurrir al expediente de cambiar el jurado unos minutos antes del inicio del juicio. La sentencia fue de once años de cárcel, aunque apenas cumplió ocho. Para cuando salió, el crimen organizado se había adaptado a los nuevos tiempos y él estaba muy enfermo. Su tiempo —como el de la «ley seca» que lo había catapultado a la cima— había pasado definitivamente. Padecía sífilis desde hacía años a causa de su vida disipada y, al verse en libertad, decidió pasar el resto de sus días en su mansión de Miami Beach, Florida. Allí, cada vez más enloquecido, pretendía pescar en la piscina. Murió finalmente en 1947 cuando ya se había convertido en un personaje de película.

Un cuarto de siglo sobrevivió —aunque fuera de manera crepuscular— Capone a la «ley seca». Sin duda, pocas veces ha estado una medida de intervención del Estado más motivada por razones nobles. Los fervorosos protestantes habían visto millones de casos de vidas cambiadas pero habían pasado por alto que esa modificación vital no se había debido a un factor material y legislativo, sino espiritual. No es por ello extraño que los resultados conseguidos fueran muy diferentes de los que se habían esperado. Tal y como sucede con las relaciones sexuales, el deseo de tener propiedades y otras conductas que se asientan en la naturaleza humana —algo que no resulta aplicable, por ejemplo, a las drogas ni a comportamientos que puedan dañar a terceros—, el consumo de bebidas alcohólicas puede ser moderadamente regulado pero no intervenido ni mucho menos prohibido tajantemente. Cuando el Estado adopta esa posición, por muy buenos que sean sus propósitos, tan sólo consigue crear efectos perversos que, en no pocas ocasiones, pueden revelarse aún peores que el mal que se pretende atajar.

La Historia muestra vez tras vez que del Estado se puede esperar que suba los impuestos, que aumente el número de funcionarios e incluso que, cuanto más interventor sea, más crezca la corrupción, pero no que consiga meter en la cabeza de los ciudadanos un concepto concreto de moral. Los intentos que al respecto se han llevado a cabo en el siglo XX —tanto por parte del comunismo como del nazismo— han terminado en la muerte de decenas de millones de seres humanos. Es una


lección que no deberíamos olvidar nunca.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

La bibliografía sobre la «ley seca» es abundante y no faltan los títulos excelentes aunque, lamentablemente, no se hayan traducido al castellano. De interés son *The Alcoholic Republic* (Nueva York, 1979), de W. J. Rosabaugh; los trabajos contenidos bajo la coordinación de Mark Moore y Dean Gerstein en *Alcohol and Public Policy: Beyond the Shadow of Prohibition* (Nueva York, 1981), y, especialmente, *The Great Illusion: Prohibition* (Nueva York, 1950), de Herbert Asbury.

Acerca del crimen organizado y la repercusión que la «ley seca» tuvo en su lanzamiento ulterior resulta de consulta obligada la obra de Burton B. Turkus y Sid Feder *Murder Inc. The Story of the Syndicate* (Nueva York, 1992).

# 14
# ¿Por qué tuvo lugar la «noche de los cuchillos largos»?

El partido de Hitler siempre se autodefinió con extrema claridad. Era nacional, socialista y obrero. Su objetivo iba encaminado no sólo a alterar el orden internacional consagrado en el Tratado de Versalles posterior a la primera guerra mundial, sino también a establecer a cualquier coste un Estado nacionalista en el que la actividad interior estuviera enfrentada con conceptos como el del liberalismo económico o político. En el poder desde inicios de 1933, Hitler ordenó, sin embargo, año y medio después una terrible purga interna, denominada la «noche de los cuchillos largos», en el curso de la cual fueron asesinados miles de nazis. ¿Por qué tuvo lugar la «noche de los cuchillos largos»?

Al año y medio de llegar al poder, la situación política de Hitler resultaba extremadamente delicada. Por un lado, el ala izquierda de su partido le instaba a adoptar medidas de gobierno de carácter más marcadamente socialista; por otro, el ejército temía su disolución y el capital veía desencadenarse sobre él una radicalización que podría concluir fácilmente en la revolución social.

Aunque el 31 de enero de 1933 Hitler había llegado al poder en Alemania gracias a una victoria electoral y al apoyo del mariscal Hindenburg, presidente de la República, que lo veía como un mal menor frente a los comunistas, lo cierto es que su situación distaba mucho de ser sólida año y medio después. Es cierto que desde el primer momento el gobierno del partido nacionalsocialista obrero alemán (NSDAP) había procedido a la detención de los sospechosos de desafección y a su reclusión en cárceles y campos de concentración levantados siguiendo fielmente el modelo del Gulag soviético. Es cierto igualmente que del 26 de mayo de 1933 en que se confiscaron las propiedades del partido comunista alemán al 14 de julio del mismo año en que se prohibió la formación de nuevos partidos, la oposición política había quedado prácticamente pulverizada.

Sin embargo, aún existían peligros que se interponían en el camino de Hitler hacia un poder absoluto. En primer lugar, se hallaban sus propios compañeros. El partido siempre se había considerado obrero y socialista y, al cabo de más de un año en el poder, dirigentes de la importancia de Gregor Strasser o Ernst Rohm estimaban que había llegado el momento de adoptar medidas que realmente se correspondieran con esas denominaciones. Éstas debían incluir la expropiación de ciertas empresas, la reforma agraria e incluso el control obrero de los medios de producción. No puede negarse que, como sucedía con otros partidos fascistas, el programa nazi presentaba enormes similitudes con el del partido comunista y buena parte de los partidos socialistas de la época salvo en lo que a la consideración negativa de la URSS y al carácter nacionalista se refería. Incluso coincidía con estas fuerzas de izquierda en la esperanza de disolver las fuerzas armadas y sustituirlas por las propias milicias de partido.

Era precisamente en esta segunda cuestión donde yacía el segundo peligro para la permanencia de Hitler en el poder. El que Rohm fuera el jefe de las SA (Secciones de Asalto), unas milicias que superaban la cifra de los dos millones de efectivos, atemorizaba especialmente a los empresarios, a los que no se les ocultaba la posibilidad de que estallara una revolución social sustentada en ellas. Lo mismo sucedía con el ejército, que temía verse incapaz de neutralizarla si Rohm, según se rumoreaba, se convertía en ministro de la Guerra y sumaba las tropas de la Wehrmacht a las SA bajo sus órdenes. Ante esa posibilidad, el general Werner von Blomberg, ministro de Defensa a la sazón, comunicó a Hitler que los propósitos de 1161m resultaban inadmisibles. En caso de que se persistiera en ellos, comunicó Blomberg a Hitler, el presidente Von Hindenburg entregaría todo el poder al ejército e impondría la ley marcial. En otras palabras, Hitler, que acababa de llegar al poder, se vería apartado de él por la fuerza de las armas. No resulta extraño que en semejante coyuntura algunos políticos como Von Papen comenzaran a barajar la posibilidad de una restauración monárquica.

La reacción de Hitler fue rápida. Durante la noche del 30 de junio al 1 de julio de 1934, comenzó a ejecutar una decisión que le permitió afianzarse en el poder, la de que había que exterminar a Rohm y a todos sus seguidores para evitar un golpe militar. El Führer en persona se ocupó de arrestar a Rohm en Munich a la vez que ordenaba que se procediera a su fusilamiento. En paralelo, la Gestapo de Goering y las SS de Himmler —hasta entonces unidades de importancia muy secundaria— procedieron a detener y matar a todos los miembros del partido nazi en los que no se tenía una

confianza absoluta.

La matanza fue de unas dimensiones extraordinarias. De las SA sólo se salvó uno de los jerarcas, Hanns Ludin, simplemente porque Hitler lo reconoció y decidió perdonarle la vida. Además, se procedió a realizar ajustes de cuentas que poco o nada tenían que ver con la política. Por ejemplo, Von Kahr, que en 1923 había sido el responsable de que el golpe de Estado de Hitler fracasara, fue detenido y asesinado a palos por las SS en Dachau. Strasser fue torturado hasta que, al final, cuando se hallaba inconsciente, se le descerrajó el tiro de gracia. Incluso un reciente estudio sobre la homosexualidad de Hitler argumenta con bastante solidez en el sentido de que las personas que conocían esta circunstancia —y que incluso la compartían— fueron eliminadas durante la matanza. Lo que resulta desde luego innegable es que, al concluir el día, los fusilados alcanzaban una cifra cercana al medio millar.

El 13 de julio, ante un Reichstag formado únicamente por nazis, Hitler justificó los hechos como una manera, cruenta pero indispensable, de evitar la traición. Del grado de violencia empleada no podía dudarse —los acontecimientos llegarían a recibir el nombre de la «noche de los cuchillos largos»—, pero rindieron considerables beneficios a Hitler. Para empezar, el ejército abandonó los planes que existían ya para derribarlo y hacerse a continuación con el poder político. Mantuvo así una tradición de obediencia al gobierno establecido que, siquiera en parte, se habría quebrado a mediados de 1934 si Rohm se hubiera empeñado en disolverlo. Cuando se anunció una nueva disposición en virtud de la cual los militares prestarían juramento de fidelidad personal a Hitler, no se produjo ninguna resistencia en las fuerzas armadas. De hecho, la desaparición de las SA y los planes de remilitarización crearon un clima tan favorable en el seno del ejército que cuando el 2 de agosto de aquel mismo año falleció Hindenburg no se opuso a que Hitler se convirtiera en Führer y canciller. El 19 de agosto, esa propuesta recibió incluso el respaldo de un plebiscito.

Además del control del ejército, la eliminación de las SA favoreció el desarrollo de unas unidades que hasta entonces habían disfrutado de escasa importancia y que recibían el nombre de SS. Convertidas en el cuerpo de élite del III Reich, a partir de ese momento pasarían a ser depositarias de las esencias del nazismo —incluido su contenido esotérico— y desempeñarían un papel esencial en la realización de tareas como la administración de los campos de concentración y la ejecución de los planes de exterminio de los judíos conocidos como «Solución final».

La «noche de los cuchillos largos» obedeció, por tanto, al deseo de Hitler de evitar reacciones —especialmente procedentes del ejército— en contra de su gobierno, que en esa fecha tan temprana podrían haberse traducido en su final. No cabe duda de que la operación ordenada directamente por él se vio coronada por el éxito hasta el punto de que podría afirmarse que, desde un punto de vista práctico, la asunción del poder total por parte de Hitler no se produjo en enero de 1933, sino durante el verano de 1934.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

La obra paradigmática sobre el episodio tratado en este capítulo continúa siendo *La noche de los cuchillos largos,* de Max Gallo. El libro de Gallo es bueno y coincide sustancialmente con los planteamientos mantenidos en este capítulo. A pesar de todo, pasa por alto aspectos como el verdadero origen de los campos de concentración nazis.

No faltan tampoco las monografías alemanas sobre el episodio como *Die Röhm-affäre: Hintergründe, Zusammenhänge, Auswirkun-gen,* de Kurt Gossweiler, *Kalkül und Illusion: der Machtkampf zwischen Reichswehr und SA während der Röhm-Krise 1934,* de Immo von Fallois, y *Der Führer hat Sie zum Tode verurteilt: Hitlers «Röhm-Putsch»: Morde vor Gericht,* de Otto Gritschneder. La obra de Gossweiler es, sin lugar a dudas, la más completa de las existentes y resulta de lectura obligatoria. Mucho más breves las otras dos citadas, debe señalarse que la de Von Fallois se centra fundamentalmente en el papel del ejército en todo el episodio.

Finalmente, he de hacer referencia al libro de L. Machtan *El secreto de Hitler* (Barcelona, 2001), que constituye desde diversos puntos de vista una obra de considerable interés. La psicología de Hitler fue objeto de estudios rigurosos incluso antes de que llegara al poder. Como puede suponerse, su triunfo político en Alemania y, posteriormente, el estallido de la segunda guerra mundial agudizaron todavía más el interés por la psique del dictador. En uno de esos análisis llevado a cabo por un equipo de psiquiatras norteamericanos antes de que concluyera el conflicto se llegó incluso a señalar la posibilidad de que se suicidara. En buena parte de estas aproximaciones se filtraba la idea de que, posiblemente, Hitler había sido un hombre de sexualidad patológica siquiera de manera reprimida. Sin embargo, cuando en 1949 Eugen Dollman publicó en Italia sus memorias e indicó que el Führer había sido homosexual, apenas se prestó atención a las revelaciones. Como mucho, se indicó que había sido un hombre inficcionado por el narcisismo y las tendencias sadomasoquistas. De hecho, Vallejo-Nágera en sus *Locos egregios* reprodujo los testimonios de algunas mujeres que habían mantenido relaciones íntimas con Hitler y que en él habían descubierto no a un amante masculino y viril, como habían esperado, sino a un ser que les pedía que le sometieran a humillaciones o incluso que le orinaran.

El libro de Machtan ha dado un paso en la dirección ya apuntada por Dollman de que Hitler había sido homosexual. Aunque alguno de sus argumentos puede resultar discutible, lo cierto es que tras la lectura de su libro no pueden quedar dudas de que Hitler era homosexual, de que tuvo diversos amantes, de que su conducta era conocida por buen número de contemporáneos y de que sobre todo a partir de su llegada al poder hizo todo lo que estuvo en sus manos para borrar las huellas de su vida íntima. Machtan aporta documentos extraordinariamente interesantes al respecto partiendo de los archivos militares o de la policía antivicio de Viena pero, sobre todo, sabe recrear un mundo de nacionalismo germánico y homosexual que tuvo un enorme predicamento durante las primeras décadas del siglo XX y que defendía paradigmas supuestamente tan masculinos que excluían totalmente a las mujeres y abogaban por la práctica homosexual. Partiendo de ese punto de vista, no resulta extraño que un porcentaje realmente elevado de las jerarquías del partido nazi fuera homosexual, y cobra verosimilitud la tesis de que la «noche de los cuchillos largos» de 1934 tuviera entre otras causas la de eliminar a homosexuales como Rohm que sabían demasiado de la identidad sexual de Hitler. Personalmente, creo, como señalo en el texto, que se trató de un capítulo más dentro

de los ajustes de cuentas en el seno del NSDAP, pero eso no debe servir para obviar este aspecto.

El libro de Machtan no entra en la cuestión de hasta qué punto la homosexualidad pudo influir en la ideología de Hitler. Sin embargo, al final de la lectura de este magnífico trabajo de investigación, más de uno se preguntará si la aversión del Führer por los judíos y por el cristianismo no derivaría, siquiera en parte, de la manera tan clara en que ambas fes han rechazado históricamente la conducta homosexual.

# 15
# ¿Por qué liberó Franco el alcázar de Toledo?

A finales de septiembre de 1936, las fuerzas de Franco, que habían avanzado de manera casi ininterrumpida desde su llegada a la Península en la segunda mitad del mes de julio, se hallaban prácticamente a las puertas de Madrid. El gobierno republicano se aprestaba a abandonar la capital, que supuestamente carecía de fuerzas suficientes para defenderse de una ofensiva. Sin embargo, en el último momento, Franco decidió interrumpir su avance y desviarse para liberar el alcázar de Toledo, un objetivo estratégicamente de poca importancia. Cuando se reanudó la marcha sobre Madrid, la posibilidad de tomar la capital se había esfumado. ¿Qué circunstancias llevaron a Franco a dar ese paso? ¿Se trató de torpeza militar, como han afirmado algunos de sus detractores, o existía una razón de mayor peso?

El 17 de julio de 1936, un grupo de militares provistos de un nada escaso respaldo civil se alzó en España contra el gobierno del Frente Popular. Dado que el alzamiento fracasó en las grandes ciudades y que los rebeldes se encontraron desprovistos de las industrias, la marina y las divisas españolas, la mayoría de los observadores auguró un final trágico y rápido para la intentona. Sin embargo, aquellos auspicios, formulados entre otros por el socialista Indalecio Prieto, no se cumplieron. De hecho, los focos de la sublevación se mantuvieron en poder de los alzados e incluso uno de ellos, el general Francisco Franco, al mando del ejército de África, logró pasar a la Península desde el Marruecos español y emprender un ininterrumpido avance por el sur de España. Fue así como se hizo con el control de buena parte de Andalucía, enlazó en Extremadura con las fuerzas del también insurrecto Mola y, apuntando al valle del Tajo, emprendió el camino hacia Madrid. El 23 de agosto, apenas un mes después del inicio de la guerra, las fuerzas de Yagüe, uno de los mandos más capaces a las órdenes de Franco, ocuparon Navalmoral, aunque el 25 y el 26 todavía hubo que combatir en la sierra de Guadalupe. El mismo 26, Franco llegó a Cáceres, donde instaló su cuartel general. Dos días después, sus fuerzas continuaron el avance. En el ala izquierda se encontraba situada la columna de Tella, que arrancó de Navalmoral por la carretera general de Oropesa y Talavera; en el centro, avanzó Asensio y, por la derecha, hizo lo mismo Castejón.

Aquel mismo día, Tella tuvo que librar algunos combates en Peraleda y El Gordo, pero consiguió abrirse paso hacia la provincia de Toledo. El 29, el ala izquierda de las fuerzas de Franco llegó a Calzada de Oropesa, y la derecha a Berrocalejo. El 30, Tella entró en Oropesa y Torralba de Oropesa, Castejón en Valdeverdeja y Asensio en el Puente del Arzobispo. Desde esta última localidad y desde Oropesa partirían las fuerzas encargadas de tomar Talavera.

Tras vencer alguna resistencia, tanto en Calera y Chozas (sector de Castejón) como en Gamonal y Casar de Talavera (sector de Asensio), las fuerzas de Franco pudieron lanzar a primeras horas del día 3 su ataque sobre Talavera. La mencionada localidad contaba con algunas posibilidades geográficas de defensa, ya que se apoyaba en la sierra de Gredos y en el río Tajo. Sin embargo, la misma se reveló imposible casi desde el principio. Las fuerzas atacantes, que llegaron en un movimiento oeste-este, rebasaron la población con su ala izquierda (Asensio), mientras que la derecha (Castejón) se afirmó sobre el río y avanzó sobre Talavera. En el centro, las unidades de Tella marcharon sobre el aeródromo. Antes de acabar la mañana, Asensio había cerrado la salida de la ciudad cortando las comunicaciones con Madrid, mientras que Tella había tomado el aeródromo gracias a un vigoroso asalto de la 1.[3] Bandera y del Tabor. Hacia las dos y veinte de la tarde, Talavera había caído en manos de los atacantes. Como en buen número de los enfrentamientos acaecidos durante las semanas anteriores, los rebeldes habían dejado de manifiesto que podían contar con un número inferior de efectivos pero que esa inferioridad material quedaba más que compensada por la pericia propia de mandos profesionales y la veteranía de una parte nada escasa de sus hombres.

Los días 5 y 6 de septiembre se produjo un contraataque frentepopulista pero, finalmente, las fuerzas que lo lanzaron tuvieron que retirarse desordenadamente. Abierta la carretera hacia Madrid y desprovisto éste de fuerzas que pudieran defenderla, en teoría Franco podría haber avanzado en aquellos momentos sobre la capital de España, tomándola. Conseguido ese objetivo —que nunca sería tan fácil en los años siguientes de la guerra—, el conflicto podría haber terminado teóricamente con la victoria rebelde antes de que finalizara 1936. Sin embargo, Franco tomó en aquellos momentos una decisión notablemente distinta. En lugar de seguir avanzando hacia Madrid, optó por desviar a

sus fuerzas hacia Toledo con la intención de liberar el alcázar, donde seguía resistiendo desde los primeros días de la guerra un contingente sublevado formado por militares y civiles acompañados de algunos familiares de los insurrectos. Aunque las fuerzas del Frente Popular se habían empeñado concienzudamente en la tarea de doblegar aquel foco rebelde y recurrieron para esa finalidad a todo tipo de medios —sin excluir los bombardeos ni la guerra psicológica—, lo cierto es que el reducido grupo de defensores se negó a capitular y siguió presentando una resistencia verdaderamente encarnizada. Esta circunstancia adquiría una relevancia especial dado el hecho de que las autoridades frentepopulistas habían anunciado repetidamente la caída del alcázar y así llegó a publicarse en la zona sometida a su gobierno.

En la semana y media posterior a la conquista de Talavera, ésta se convirtió en centro de operaciones de las fuerzas sublevadas que avanzaban sobre Madrid. Durante aquellos diez días, las unidades rebeldes se dedicaron a asegurar el flanco izquierdo de la sierra de San Vicente y del valle del Tiétar. El día 9 enlazaron en la Parra de Arenas la columna de Delgado Serrano con la de Monasterio, que procedía de Ávila. El 18, tras algunos combates en el Casar de Escalona, se llegó a la base de partida que servíría para continuar el avance hacia la capital de España. El 21, cayó Maqueda en poder de Yagüe, y el 23, Torrijos. Al día siguiente, Yagüe fue relevado por Franco del mando directo y sustituido por Varela. Los rumores sobre el porqué de aquella decisión seguirían circulando años después aunque, de manera oficial, se atribuyó el relevo a una afección cardíaca de Yagüe.

El día 24, las fuerzas del ejército de África ya ocupaban la línea Villamiel-Rielyes-Gerindote y desde ella se lanzaría el asalto sobre Toledo, donde un minúsculo grupo de hombres se había atrincherado en el alcázar, sumándose al alzamiento de julio. La misión de las fuerzas de Franco era liberarlo cuanto antes.

Así, el 25, Varela cruzó el río Guadarrama a unos ocho kilómetros de Toledo. El ataque sobre la ciudad sería llevado a cabo por dos grupos. El primero, a las órdenes del teniente coronel Barrón, avanzaría sobre el eje de la carretera de Ávila hasta el extremo derecho de la formación. El segundo, mandado por Asensio, progresaría a la izquierda por los campos que se orientan hacia Bargas y Olías del Rey. La tarde del día 26 cayó Bargas. La resistencia frentepopulista podía haber sido, sin duda, efectiva ya que contaba con no menos de doce mil hombres provistos de material militar más que suficiente para enfrentarse con éxito al enemigo. Sin embargo, la ausencia de un mando competente y, sobre todo, con voluntad de combate se hizo sentir casi desde el principio del ataque y se produjo una desbandada prácticamente generalizada por el puente de San Martín que, con evidente lógica, los asaltantes dejaron expedito para facilitar la fuga.

Al día siguiente, unos centenares de milicianos que no se habían sumado a la huida ante el avance de Franco se enfrentaron en el cementerio con las tropas rebeldes. Éstas los arrollaron en un violentísimo combate cuerpo a cuerpo y, a continuación, llegaron al cuartel y al hospital. Sólo tres milicianos sobrevivieron al choque y prefirieron suicidarse antes que caer prisioneros. Al terminar la mañana, las fuerzas de Asensio estaban desplegadas por el paseo de Madrid y el barrio de las Covachuelas. Mientras tanto Barrón, a su derecha, se lanzaba por la Vega en dirección a la Fábrica de Armas y la ermita del Cristo. A primeras horas de la tarde, la lucha se encarnizó en esta línea. Finalmente el Tabor de Regulares del comandante Del Oro y la 5.a Bandera de la Legión avanzaron por las cuestas de la ciudad hasta llegar al alcázar. Por la noche, las unidades atacantes consiguieron romper el cerco del alcázar. Concluía así un asedio de setenta días, pero no la batalla.

El 28, las compañías que habían dormido aquella noche en el alcázar iniciaron su salida por Toledo mientras daban el asalto definitivo, Barrón por la Puerta del Cambrón, y Asensio por la de Visagra. En unas horas, la batalla militar había concluido y la liberación de los defensores del alcázar entraba en la categoría del mito, ya que a su resistencia se sumaba en esos momentos una liberación victoriosa.

En términos militares, la liberación del alcázar era bien poco para compensar las bajas ocasionadas por el combate y mucho menos todavía para cambiarlo por una posible toma de Madrid. Sin embargo, aquella acción demostró ser extraordinariamente útil para Franco y resulta muy discutible que pueda colocarse en su debe como mando militar.

El 29 de septiembre, justo al día siguiente de la conquista de la ciudad, Franco visitó el alcázar de Toledo e impuso la cruz laureada de San Fernando al coronel Moscardó. El 30 tuvo lugar una reunión de enorme importancia para el futuro de la guerra. La muerte del general monárquico Sanjurjo en un accidente de aviación el 20 de julio había privado a los rebeldes de un indispensable mando único. Los militares sublevados debieron articular, el 24 de julio, un organismo que representara a los alzados, al que se otorgó el nombre de Junta de Defensa Nacional. Su sede estaba en Burgos y, en buena medida, indicaba el predominio, durante los primeros días de la guerra, de las tropas situadas en el norte de España. Aunque Mola era su verdadero dirigente por razones de antigüedad, se reservó su presidencia a Miguel Cabanellas. Formaban también parte de la misma los generales Saliquet, Ponte, Dávila y los coroneles de Estado Mayor Calderón y Moreno, pero no Franco ni Queipo de Llano.

Si Madrid hubiera caído en aquel otoño, la Junta podría haberse transformado en el directorio militar en el que había pensado Mola al preparar el golpe. Sin embargo, al desviar Franco su avance hacia Toledo y no continuar hacia Madrid, la guerra se prolongó y resultó obvio que había que establecer un mando unificado. El apoyo de las potencias fascistas, patente desde finales de julio, las indicaciones específicas de Alfonso XIII a algunos de los generales y una baza propagandística tan importante como la liberación del alcázar pesaron extraordinariamente en la decisión de los jefes rebeldes. Con la abstención de Cabanellas, que desconfiaba del futuro Caudillo, todos votaron a favor de entregar el mando único a Franco. La formulación jurídica de esta decisión se llevó a cabo de acuerdo con los términos de un decreto redactado por Nicolás Franco y Kindelán.

Este episodio, tan pródigo en consecuencias posteriores, tuvo todas las características de una conjura palaciega cuyo principal muñidor fue, presumiblemente, Nicolás Franco. La redacción inicial de Kindelán atribuía a Franco junto con la condición de «Generalísimo» la de «Jefe del Estado» pero matizaba claramente que la misma sólo estaría vigente «mientras dure la guerra». Sin embargo, el texto definitivo del decreto de 29 de septiembre no se correspondería con lo acordado el día 28. En virtud de una serie de modificaciones debidas al hermano de Franco, a éste se le atribuyó la condición de «Jefe del Gobierno del Estado», se añadió que «asumirá todos los poderes del Estado» y se eliminó la limitación de «mientras dure la guerra».

Vista en este contexto, la liberación del alcázar de Toledo había significado quizá que los rebeldes perdieran la oportunidad de ganar la guerra en aquel otoño de 1936. No obstante, proporcionó a su bando un mito de enormes dimensiones y, sobre todo, ayudó a Franco a obtener algo que, en términos personales, resultó mucho más importante para él y que tuvo enormes repercusiones sobre el futuro de España. Si el desvío hacia Toledo fue un error militar —y ésa es una cuestión ciertamente discutible—, quedó más que compensado por el acierto de la jugada política ejecutada en la carrera de



Franco.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

El episodio del alcázar de Toledo disfrutó de una enorme bibliografía desde los primeros meses de la guerra. Así, la editorial Heraldo de Aragón publicó en 1936 la obra de Emilio Colás Laguía y Antonio Pérez Ramírez titulada *La epopeya del alcázar.* Al año siguiente, la misma editorial editó el libro de Joaquín Arrarás y L. Jordana de Pozas *El sitio del alcázar de Toledo,* donde se incluía junto a una introducción de fray Justo Pérez de Urbel el *Diario de operaciones del coronel Moscardó.* La repercusión del episodio no se limitó ni a los vencedores de la guerra civil ni a España. En 1937, en Quito, Ecuador, se editaba una obra titulada muy expresivamente A *los héroes del alcázar de Toledo,* y ese mismo año aparecía en Leipzig la obra de Erich Dietrich *Kriegsschule Toledo,* y en Londres, *The Epic of the Alcazar* del mayor Geoffrey McNeill-Moss. En 1940 y 1941 respectivamente se publicaban en Italia *L'Assedio dell'Alcazar,* de Pietro Caporilli, y *L'epopea dell'Alcazar* de Alberto Bargelesi. Se trata tan sólo de botones de muestra de una extensísima bibliografía extranjera. El primer intento de desprestigiar el episodio del alcázar debe atribuirse a Herbert L. Matthews en su *The Yoke and the Arrows,* una obra que provocó la respuesta de Manuel Aznar en 1957 a través de un libro titulado *El alcázar no se rinde.* El libro de Matthews era historiográficamente muy malo y estaba plagado de errores. Algo similar sucede con Herbert Rutledge Southworth, cuyos errores, inexactitudes y simplificaciones sobre la guerra civil producen verdadero sonrojo en el investigador que conoce las fuentes. Su obra *El mito de la cruzada de Franco,* publicada por Ruedo Ibérico en 1963, con el paso de los años pasó a convertirse en una especie de biblia de los antifranquistas que lo elevaron a categoría de historiador cuando nunca pasó de ser un aficionado tendencioso entregado al panfleto. Si dentro del capítulo de la propaganda, Southworth merece un notable capítulo —en adelante, no serían pocos los que copiarían descaradamente sus posiciones—, en el de la Historia no ocupa el más mínimo. De hecho, escribiría un prólogo para la obra de Isabelo Herreros *Mitología de la cruzada de Franco. El alcázar de Toledo,* publicada en 1995 en Madrid, donde se vuelve a dar primacía a la propaganda sobre el estudio de las fuentes. De carácter también netamente propagandista —aunque mucho más exacto en el contenido que las obras antifranquistas citadas— es *Defensa del alcázar. Una epopeya de nuestro tiempo* de Ángel Palomino, publicado en 1995 por Planeta. El libro de Palomino es entusiasta y de todos es conocida la francofilia del autor, pero debe decirse en honor a la verdad que conoce magníficamente las fuentes y que la descripción del asedio, basado en las mismas, llega en algunos momentos a una notable altura narrativa. El año pasado la editorial Actas publicó, finalmente, *El alcázar de Toledo: final de una polémica* de los profesores A. Bullón de Mendoza y Luis E. Togores. La obra, en efecto, zanja historiográficamente diversas cuestiones relacionadas con el asedio.

En el conjunto de las obras citadas no suelen aparecer referencias a las consecuencias políticas de la liberación del alcázar. Me he detenido por eso en las páginas anteriores en esa cuestión. Más allá de su carácter mítico y propagandístico, el hecho de que Franco acudiera a salvarlo tuvo una resonancia política enorme. En ese sentido, liberar el alcázar —y consagrarse como el jefe del mando único del ejército alzado— bien valía para Franco el renunciar a la toma inmediata de un Madrid que, por otro lado, no habría resultado tan fácil de tomar como comúnmente se afirma.

# 16
# ¿Cómo surgieron las Brigadas Internacionales?

En los últimos años, la capital de España ha sido visitada por diversos contingentes de antiguos miembros de las Brigadas Internacionales a los que incluso en una de las ocasiones llegó a concederse la nacionalidad española. Durante esos episodios se repitió hasta la saciedad desde ciertos medios de comunicación una serie de tópicos como la idea de que los interbrigadistas habían sido «combatientes por la libertad» o que su llegada al escenario de la guerra civil española se debió a un movimiento espontáneo originado en el deseo de defender la democracia republicana. Semejantes afirmaciones son del gusto de determinados círculos en la medida en que legitiman no sólo al gobierno del Frente Popular sino también a los que lo apoyaron internacionalmente homologando a ambos con las democracias occidentales de la actualidad e incluso insistiendo en que las superaban en lo que podría denominarse carga social. Sin embargo, como en tantas otras ocasiones, la utilización de la Historia no equivale a lo que realmente fue esa Historia. Ésa es una amarga realidad especialmente clara en el caso de las Brigadas Internacionales y queda de manifiesto cuando intentamos desvelar una cuestión tan elemental como la de ¿cómo surgieron en realidad las Brigadas Internacionales?

A diferencia de lo acontecido entre las potencias fascistas cuando estalló la guerra civil española, la URSS no pareció manifestar inicialmente un interés especial por los acontecimientos desencadenados en España. Durante el mes de julio, Jef Last, un escritor comunista de nacionalidad holandesa, asistió a una reunión de la Komintern donde contempló «con mucha indignación una falta de interés completa en los asuntos de España». A pesar de que algunos autores de prestigio como Hugh Thomas, A. Castells y Ricardo de la Cierva sostienen que a finales de julio de 1936 la Komintern había tomado la decisión de intervenir militarmente en España mediante una brigada de origen internacional, lo cierto es que dicha versión, sin ser imposible, plantea algunos problemas de veracidad que obligan a cuestionar su aceptación. En primer lugar se encuentra el hecho de que hasta la fecha no han llegado hasta nosotros documentos directos que puedan confirmar la veracidad del relato. Éste se sostiene en una afirmación procedente de una fuente ineludible pero marcadamente tendenciosa como es la *Historia de la Cruzada* cuya confirmación a Thomas deja cuando menos dudas en cuanto a su solidez. En segundo lugar, persiste el hecho de que durante meses después del estallido de la guerra la actitud de la Komintern, que se puede documentar con exactitud, fue abiertamente favorable a apoyar al Frente Popular pero excluyendo siempre una intervención armada en la guerra civil. Así, la Conferencia Europea para la Defensa de la República Española, convocada por el Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo y celebrada en París el 13 de agosto de 1936, trató de movilizar a la opinión pública en favor del gobierno del Frente Popular e incluso fundó una Comisión de Coordinación e Información en Apoyo de la República Española pero no planteó la cuestión del envío de voluntarios para combatir en España. Todavía en el mes de agosto, el día 31, el directorio del Socorro Rojo, otra organización controlada por la Komintern, fundó en París el Comité Internacional de Ayuda al Pueblo Español, pero una vez más entre esa ayuda no se hizo mención al envío de voluntarios. El Comité de Actividades Antiamericanas lograría señalar al concluir la segunda guerra mundial una quincena de organizaciones controladas por la Komintern que habían apoyado al Frente Popular, pero en ningún caso durante los meses de julio y agosto de 1936 implicó ese apoyo el reclutamiento de voluntarios.

Esta actitud resulta sorprendente si aceptamos la veracidad de las tesis ya indicadas y más teniendo en cuenta que la Komintern no había descuidado en lo más mínimo el caso español. El 27 de agosto llegó a España el embajador soviético Marcel Rosenberg acompañado por un grupo de militares que debían asesorar al ejército republicano. Pero hasta el día 30 del mismo mes no se dio orden a Krivitsky, el jefe de la inteligencia soviética en Europa occidental, para que se ocupara de proporcionar armas a España. Era una decisión un tanto tardía si se tiene en cuenta que desde hacía más de un mes los alzados estaban recibiendo ayuda de Alemania e Italia pero, una vez más, no hacía referencia al envío de hombres para combatir. Se trataba, sin duda, de un silencio notable si las reuniones de julio de 1936 ya habían decidido la creación de las Brigadas Internacionales (en adelante, BI).

En tercer lugar, existen razones documentadas para llegar a la conclusión de que la decisión de crear las BI se tomó en septiembre de 1936, precisamente cuando Stalin consideró pertinente una intervención más directa en el conflicto español. Las razones para esa escalada cualitativa llevada a cabo por el dictador soviético fueron varias. La primera estuvo relacionada con el hecho de que los observadores de la Komintern en España no tardaron en llegar a la conclusión de que sin una ayuda militar directa, que superara el envío de armas y de asesores, la República no podría sobrevivir al

empuje de los alzados. Lo cierto era que, desde julio de 1936, los republicanos no habían dejado de retroceder ante las fuerzas rebeldes y en septiembre no sólo habían caído en sus manos Irún y San Sebastián sino que resultaba obvio que avanzaban hacia Madrid con la intención de concluir la guerra cuanto antes. Que el 22 de septiembre Maurice Thorez, el dirigente máximo del partido comunista francés, viajara a Moscú con la intención de recomendar no sólo envíos de material militar a la República sino también la formación de una unidad militar de combatientes voluntarios que estuviera dirigida por la Komintern no resulta extraño. Sí lo es, en cambio, la existencia de tal sugerencia si semejante medida había sido tomada en julio de 1936 por la misma Komintern.

La segunda razón se halla en el hecho de que Stalin, que no tenía ningún reparo en utilizar la guerra civil española para movilizar a la opinión pública mundial en la lucha contra las potencias fascistas, sin embargo, tardó bastante en decidirse en favor de una intervención militar en España. Si lo hizo se debió, en parte, al temor a una expansión de los fascismos, pero, sobre todo, porque, según revela documentación recientemente exhumada en Rusia y que utilizó el autor de estas líneas para uno de sus estudios históricos, llegó a la conclusión de que podría cobrarse la intervención soviética con las reservas de oro del Banco de España. A partir de ese momento, Stalin pasó de proporcionar ayuda moral y moderadamente económica a enviar no sólo armas sino también combatientes internacionales. La decisión no partió así de un grupo de funcionarios comunistas sino, como bien sabía Thorez al viajar a Moscú para solicitarlo, de la decisión directa de Stalin. El momento en que aquélla se tomó no fue en julio, sino durante septiembre de 1936. Ese mismo mes se presentaron, bajo inspiración directa del PCF, los primeros voluntarios de las BI. Por tanto, el nacimiento de las BI se debió única y exclusivamente a la voluntad de Stalin, personaje histórico no caracterizado precisamente por su defensa de la libertad y de la democracia. En ese sentido, la creación de las BI no sólo no fue espontánea, sino que tampoco obedeció a motivos de defensa de la democracia. En realidad, en esa época el número de personas muertas o encarceladas por Stalin superaba con enorme amplitud el de las que habían sufrido la represión de Mussolini o incluso de Hitler. Tampoco fueron demócratas la inmensa mayoría de los combatientes de las BI, como deja de manifiesto tanto la composición de estas unidades como la manera en que fueron reclutadas. Lejos de tratarse de demócratas y defensores de la libertad —no digamos ya de una legalidad republicana que estaba totalmente pulverizada en julio de 1936—, los componentes de las BI estaban totalmente identificados con el comunismo soviético, a la sazón un sistema incluso más totalitario que el nazismo, que aún no había desencadenado una nueva guerra mundial ni alcanzado las terribles cuotas exterminadoras que se producirían durante la Solución Final.

Cuando finalmente Stalin autorizó la creación de brigadas internacionales que fueran a combatir a España hacía ya tiempo que en esta nación luchaban diversos combatientes extranjeros contra la sublevación militar. Aunque históricamente se insiste en asociarlos con las BI, lo cierto es que la mayoría de estos voluntarios no sólo no pertenecieron a estas unidades sino que incluso se resistieron, una vez creadas, a integrarse en ellas. En su mayoría, estos extranjeros no combatían para defender la República o la existencia de un sistema democrático, sino para oponerse al fascismo y llevar a cabo una revolución definida en términos marxistas o anarquistas. No eran tampoco escasos los que confiaban en que una derrota del fascismo en España podría ayudar a vencerlo en sus naciones de origen. Ése fue precisamente el caso de Carlo Rosselli, un italiano exiliado para eludir la represión fascista, el creador de la frase *«Oggi in Spagna, domani in Italia»* («Hoy en España,

mañana en Italia») para referirse a sus esperanzas de combatiente.

Los primeros extranjeros en sumarse a la lucha contra la rebelión militar procedieron de los atletas que en julio de 1936 se habían dado cita en Barcelona para celebrar una olimpiada paralela a la que había tenido lugar en el Berlín nazi. Lejos de buscar encuadrarse en los restos del ejército leal a la República, no dudaron en encuadrarse en alguna de las múltiples milicias de partidos y sindicatos que se formaron en los primeros días de la guerra. En su mayor parte, los voluntarios se integraron en aquellas donde prevalecía una visión revolucionaria no exenta de un cierto elemento romántico. Esa circunstancia —y el hecho de que el PCE o el PSUC vigilaran cuidadosamente a los que se incorporaban a sus milicias— explica que, en general, terminaran formando parte de milicias anarquistas, socialistas o del POUM. En su mayoría eran franceses (por la cercanía geográfica) o alemanes e italianos (por la oposición a los regímenes fascistas de sus respectivas naciones).

Sin embargo, no faltaron los ingleses, como fue el caso de George Orwell o de John Cornford. Los comunistas fieles a los dictados de Moscú naturalmente se integraron en las milicias del PSUC, donde constituyeron la centuria Thaelmann, unidad que combatiría en Aragón desde agosto hasta octubre de 1936. Su personaje más relevante era Hans Beimler, un antiguo diputado comunista del Reichstag. La postura de estos extranjeros, salvo los comunistas, fue la de mantenerse al margen de las BI, a las que contemplaban simplemente como una especie de brazo militar de la Komintern. En diciembre de 1936, su número alcanzaba a algunos centenares y cuando en mayo de 1937 se produjo la purga comunista de miembros del POUM y anarquistas, no pocos pasaron a sufrir la condición de víctimas acusados injustamente de ser fascistas y agentes de la Gestapo.

En contra de la versión que aboga por una afluencia extraordinaria de extranjeros demócratas que vinieron a España a defender la República, lo cierto es que hasta octubre de 1936 la realidad no podía ser distinta. Para esas fechas, las motivaciones de los extranjeros que combatían en España contra los militares insurgentes distaban mucho de ser las de apuntalar la República. Ciertamente, su impulso era medularmente antifascista pero, en su práctica totalidad, perseguían o bien participar en un proceso revolucionario que ciertamente había estallado en España —ése era el caso de los anarquistas y los marxistas no estalinistas— o servir a la causa de la Komintern estalinista. Ese punto de partida determinó precisamente su localización en una u otra unidad y su destino posterior durante la guerra. Su escasa cuantía —en torno al millar— podría fácilmente haberse mantenido a lo largo de todo el conflicto. Si no fue así se debió no a un impulso espontáneo sino a una labor de reclutamiento extraordinaria desarrollada por la Komintern. Aquellos primeros extranjeros no sólo no iban a ser el núcleo de las BI —como se ha afirmado en repetidas ocasiones— sino que, comprensiblemente, quedaron excluidos en muchos casos por su negativa a someterse a la política comunista.

La decisión que Stalin había tomado en septiembre de 1936 de organizar un conjunto de unidades combatientes que fueran enviadas a España se tradujo a partir de ese mismo mes en una labor febril de la Internacional Comunista o Komintern para formar las BI. Aunque todos los partidos comunistas del globo pusieron manos a la obra, sería el PCF el que desempeñaría un papel fundamental. Hay varias razones que explican esa preponderancia del PCF. En primer lugar, se encontraba naturalmente su cercanía geográfica a España, pero de no menor relevancia era el hecho de que en Francia gobernaba también el Frente Popular y en la Cámara de Diputados había comunistas. André Marty, miembro de la Cámara de Diputados y del comité ejecutivo de la Komintern, iba a representar desde el principio un papel de enorme relevancia. A él se sumarían, entre otros, los

italianos Luigi Longo (que adoptaría el seudónimo Gallo en España) y Giuseppe de Vittorio, el checoslovaco Klement Gottwald y el yugoslavo Josip Broz (conocido entonces como Tomanek y, posteriormente, como Tito).

La llegada de los reclutas a Francia fue organizada por el propio NKVD soviético —el antepasado exacto del KGB— y las sucursales de los distintos partidos comunistas sometidos a la Komintern y de los sindicatos con peso comunista se convirtieron en todo el mundo en banderines de enganche de los futuros interbrigadistas. Toda esta labor de la Komintern se centralizó en París. El centro director, el denominado Comité de París, se ubicó en la sede del Comité Central del PCF, en la calle La Fayette, número 128, mientras que el Comité de Coordinación se estableció en la calle Cháteaudun, número 38. En cuanto a la Oficina Central de Reclutamiento y Concentración quedó localizada en la Maison des Syndicats de la avenida Mathurin-Moreau, número 8. Se trataba de un lugar bien significativo en la medida en que era también la sede de la Maison de Moscou, de la delegación francesa del Comité para el Derecho de Asilo y del Comité Nacional de Defensa del Pueblo Español. No era, sin embargo, el único centro de reclutamiento. Había otro en el número 1 de la Cité de Paradis, oficialmente sede del centro de envío de paquetes para España conseguido por el Comité Internacional de Ayuda. Además existían puntos secundarios de captación de voluntarios en cafés como el Madrid o el Petit Lyon. Finalmente, los billetes de tren se entregaban en la calle Grange-aux-belles número 33 y las comidas se servían en un restaurante conocido como Famille Nouvelle. Aparte de las de París, había en Francia más de medio centenar de oficinas de reclutamiento generalmente instaladas en locales de la CGT y del que el más importante fue el de Toulouse. A la vez se establecieron puntos de concentración en Marsella para los que iban a ser enviados a España por vía marítima y en Perpiñán —adonde se llegaba en el famoso tren 77 o de los voluntarios— para los que tenían la intención de cruzar la frontera terrestre. A cargo de Longo corrió el establecimiento de un centro de acogida en Figueras, labor para la que contó con la ayuda del PSUC. En esta localidad, los voluntarios esperaban el traslado hasta Albacete. En algunos casos pasaban antes por Barcelona, donde se los alojaba en el hotel Colón y eran recibidos —significativamente— por el soviético Antónov-Ovseyenko, y tampoco fue excepcional que, antes de llegar a Albacete, se detuvieran en Valencia.

La llegada de los voluntarios a Francia era, en la mayoría de los casos, precedida por una labor previa de reclutamiento en los lugares de origen nacional. Dado que la formación de las BI era una labor ideada, organizada y ejecutada por la Komintern siguiendo órdenes de Stalin, de los distintos partidos comunistas se esperaba que proporcionaran cuotas mínimas de voluntarios. Si éstas podían ser relativamente fáciles de cubrir en el caso de partidos como el francés o el alemán, se convirtieron en un reto casi inalcanzable para otros como el británico o el estadounidense. La comunista británica Charlotte Haldane llegó a calificar de «terroríficos» los esfuerzos destinados a cumplir con la cuota de voluntarios interbrigadistas. De hecho, dado que, según sus propias palabras, «la cuota tenía que cumplirse», se acabó recurriendo a adolescentes y a hombres casados y con hijos para conseguir cubrir el objetivo señalado por la Komintern. No fue una situación habitual pero tampoco resultó excepcional. El Comité de Actividades Antiamericanas recogería también después de la posguerra testimonios de que en Estados Unidos el partido comunista había tenido también problemas para alcanzar la cuota. Se trató, desde luego, de un problema cuya necesidad de resolución no escapó a los hombres de la Komintern, y se arbitraron medidas como las de prometer a los comunistas bajo

sospecha o caídos en desgracia que su situación sería sometida a revisión si viajaban a España como voluntarios.

Pese al innegable papel director y organizador de la Komintern, las consignas oficiales eran las de negar el verdadero origen y composición de las BI e insistir en que se trataba de un movimiento surgido espontáneamente en todo el mundo. Esta auténtica versión oficial, pero no por oficial menos falaz, se perpetuaría en las historias y relatos sobre las BI redactados en los años siguientes por la mayoría de los interbrigadistas. Sólo quedaría desmentida por el testimonio de interbrigadistas decepcionados y por la aparición de documentos en algún caso tan recientes como los pertenecientes a la Komintern y a sus tratos con agentes en el extranjero. Las razones que la Komintern tenía para ocultar su papel en la creación de las BI no podían ser más obvias. En primer lugar, la versión oficial sobre los interbrigadistas constituía una aparente legitimación práctica de las tesis sobre el Frente Popular formuladas por la Komintern. En segundo lugar, las BI permitían a la URSS intervenir militarmente en la guerra civil española sin que esa acción comprometiera gravemente su prestigio. Cualquier error, cualquier derrota sufridos por las BI no podría achacarse a la URSS; cualquier victoria, cualquier triunfo podría ser capitalizado —como efectivamente sucedió— por la Komintern. Finalmente, la forma en que se estaba reclutando a los interbrigadistas insistiendo en el llamado antifascista y ocultando la inspiración comunista de las unidades permitía apelar a segmentos de la población más amplios a los que repugnaba la política agresiva de Alemania e Italia y que simpatizaban con la democracia republicana y las reformas emprendidas desde 1931 pero que habrían sentido horror ante la idea de colaborar con la terrible dictadura de Stalin. Éstos iban a ser manipulados con relativa facilidad por los agentes de la Komintern.

A estas razones se unían otras de no menor importancia pero que aún debían ser ocultadas con más rigor. En primer lugar, la Komintern tenía interés en crear y controlar las BI, pero no estaba dispuesta a desperdiciar sus mandos en una lucha que podría ser —y, de hecho, fue— extraordinariamente sangrienta. El reclutamiento de no comunistas, en realidad, proporcionaba, siquiera en parte, la suficiente carne de cañón que evitaría que los cuadros comunistas se vieran indebidamente reducidos. A lo largo de la guerra, los mandos interbrigadistas seguirían una política de relevos y reemplazos que confirmó este objetivo. Pero esa actitud quedó de manifiesto desde el inicio. En segundo lugar, las BI podían cumplir la función de organismos de reclutamiento y adoctrinamiento en la doctrina del comunismo estalinista. Finalmente, las BI iban a realizar desde los primeros días de su creación labores de apoyo para el NKVD, el antecedente directo del KGB soviético. Su existencia sería aprovechada para reclutar agentes secretos al servicio de la URSS e infiltrar los servicios de inteligencia y organismos gubernamentales de países como Francia, Gran Bretaña o Estados Unidos. No deja de ser significativo al respecto que los pasaportes de los interbrigadistas fueran enviados por la NKVD a Moscú para ser utilizados ulteriormente en labores de espionaje. Resulta bien revelador que Ramón Mercader, el asesino de Trotsky, utilizara precisamente uno de estos documentos para fingir una identidad falsa que le permitiera acercarse, primero, y matar después al adversario paradigmático de Stalin.

Sólo con el paso del tiempo, y a medida que el peso del PCE fue haciéndose mayor en la zona republicana, por razones propagandísticas se fue descorriendo en parte el velo que cubría el papel de la Komintern en las BI. La verdad histórica —sólidamente documentada— no deja, por tanto, lugar a dudas. La aplastante mayoría de los miembros de las BI fueron comunistas reclutados siguiendo las

directrices de la Komintern y el NKVD. Distaban muchísimo en su fiel estalinismo de ser demócratas y ciertamente defendían una forma de totalitarismo que en aquellos días nada tenía que envidiar en su dureza y carácter despiadado a la de Hitler. Los resultados que hubiera tenido para España su victoria difícilmente pueden ser concebidos más que como escalofriantes.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

Aunque la bibliografía sobre las Brigadas Internacionales es muy extensa, puede decirse sin temor a incurrir en el error que las obras que han abordado el tema desde una perspectiva de objetividad son muy contadas. El primero en hacerlo fue Ricardo de la Cierva con la obra *Leyenda y tragedia de las Brigadas Internacionales,* publicada en Madrid en 1973. Al año siguiente, A. Castells publicó en Barcelona *Las Brigadas Internacionales en la guerra de España,* una amplia monografía que, a pesar de sus lagunas y de algunos errores secundarios, sería durante casi dos décadas la obra de lectura obligatoria sobre el tema.

En 1997, Ricardo de la Cierva publicó *Brigadas Internacionales 1936-1996. La verdadera historia,* un estudio muy actualizado en el que abundaba en sus tesis iniciales —confirmadas por Castells— sobre el origen estalinista de las BI.

Todas estas obras, con ser meritorias, adolecían de dos limitaciones. La primera era el hecho de no haber utilizado la documentación emanada de los archivos soviéticos; la segunda, el no extenderse mucho en el papel de los interbrigadistas posterior a la guerra civil española. Ambas cuestiones las abordé en mi libro *Las Brigadas Internacionales,* que fue publicado en 1998. Por primera vez en la historiografía, para su redacción se recurría a abundante material soviético que despejaba cualquier duda sobre el origen, la finalidad y la composición de las BI y, además, se trazaba el cuadro de sumisión a la URSS de sus miembros en la posguerra en empresas como la creación de dictaduras comunistas en el este de Europa o el robo de la bomba atómica a los Estados Unidos. Tras examinar aquellos documentos —en buena medida, inéditos y reproducidos en un apéndice— se podía optar por seguir abrazando el mito pero, desde luego, ya sin ningún tipo de base histórica o moral.

Sobre el reclutamiento y la composición de las BI resultan también de especial interés los libros de memorias de interbrigadistas que a la sazón eran agentes de Stalin. Merece un lugar destacado entre ellos *Reason in Revolt,* del antiguo comunista británico Fred Copeman. Publicado en Londres en 1948, Copeman describe su carrera como comunista, su papel en España y el choque psicológico que para él significó descubrir la verdadera naturaleza del comunismo. Copeman acabó sus días convirtiéndose al cristianismo y adoptando una postura abiertamente anticomunista.

Un caso similar es el de Eudocio Ravines, cuya obra *La gran estafa* (México, 1952), constituye una lectura obligatoria para comprender lo que fue la propaganda comunista en los años treinta del siglo XX.

Acerca de la labor cínicamente falaz de la propaganda de la Komintern con unos enfoques que todavía se pueden contemplar en medios «políticamente correctos» resulta especialmente documentado el testimonio de Arthur Koestler en su *Autobiografía,* publicada en España por Alianza Editorial y, más recientemente, por Debate.

Las fuentes históricas no pueden ser más diáfanas y lo que relatan se puede decir más alto pero no más claro. Cuestión aparte es que haya muchas personas que prefieran seguir abrazadas a un mito creado por la propaganda a aceptar la realidad histórica.

# 17
# ¿Quién ordenó el bombardeo de Guernica?

Durante décadas, el bombardeo sufrido por la localidad de Guernica ha sido campo de batalla de discusiones en las que primaba el elemento político sobre el histórico. Mientras que el bando vencedor en la guerra civil española insistió en que la villa había sido destruida por los milicianos republicanos en retirada, en la actualidad el nacionalismo vasco insiste en que fue una acción de especial crueldad ordenada directamente por Franco para acabar con la resistencia vasca. Pero, en realidad, ¿quién ordenó el bombardeo de Guernica y por qué?

Durante el mes de julio de 1936, un sector del ejército dotado de un no despreciable apoyo civil se sublevó en España contra el gobierno del Frente Popular. La intención de los alzados —independientemente de los resultados finales del conflicto— era derribar un gobierno formado o apoyado por fuerzas políticas de las que algunas anunciaban el paso pronto a la dictadura del proletariado y que desde febrero de 1936 asistió con pasividad a la realización de pasos de contenido revolucionario, como pudo ser la ocupación de tierras. El alzamiento, concebido como un golpe clásico, fracasó y, dada la notable inferioridad de medios con que contaban sus protagonistas, en buena lógica debía haberse visto abortado en el plazo de unos días. Si no fue así, se debió a una combinación de factores. En primer lugar, el edificio republicano, ya muy erosionado por los grupos obreristas durante los meses anteriores, se desplomó dando paso a un control político de partidos y sindicatos que desbordó la Constitución, convirtiéndola en algo inexistente de facto. En segundo lugar, los alzados —a diferencia de sus adversarios— lograron conservar la cadena de mando y articular un ejército frente a fuerzas superiores pero mucho peor mandadas. Finalmente, la ayuda internacional que recibiría el Frente Popular quedó casi equilibrada por las remesas de material de guerra enviadas a los rebeldes por Alemania e Italia. De esa manera, en el otoño de 1936 las fuerzas alzadas llegaron a la cercanía de Madrid, donde los frentepopulistas esperaban destrozarlas valiéndose no sólo de su mejor posición estratégica sino también de su superioridad de medios materiales. De noviembre de 1936 hasta los primeros meses del año siguiente, las fuerzas atacantes, ya bajo el mando de Franco, se revelaron incapaces de tomar la capital, pero también distaron mucho de verse aniquiladas como había anunciado la propaganda frentepopulista. Esta situación de tablas exigía una salida y, finalmente, siguiendo el consejo de algunos de sus generales y de sus aliados alemanes, Franco optó por desencadenar la siguiente ofensiva en un distinto teatro de operaciones: el norte.

El ataque sobre el norte se caracterizó inicialmente por una exasperante lentitud, pero el 20 de abril de 1937 el general Mola reanudó la ofensiva que las fuerzas nacionales habían lanzado sobre Vizcaya. Aunque el avance fue muy lento durante las primeras jornadas, el 25 el frente pareció experimentar un cambio sustancial. Deseoso entonces de dejar establecido el plan de acción para el día siguiente, Von Richthofen, el personaje que mandaba la unidad alemana de aviación conocida como Legión Cóndor, intentó establecer contacto con Vigón, su homónimo español, para disponer la acción del día siguiente. Finalmente, logró quedar citado con él para el 26 a las siete de la mañana. En paralelo, considerando que la toma de Durango era inminente, el Estado Mayor del ejército nacional situado en Vitoria preparó una nueva orden de explotación del éxito en dirección a Guernica. La orden fue cursada el 26 por la mañana, indicando que debía ser puesta en marcha el 28, esperando que para entonces habría caído Durango.

Aunque Richthofen logró acordar una cita con Vigón para las siete de la mañana del 26, el contacto se produjo antes. De hecho, a las seis de la mañana Richthofen mantuvo una conversación telefónica con Vigón y, una hora después, se celebró el encuentro personal acordado el día anterior. Richthofen estaba interesado en que la presión principal que se ejerciera aquel día procediera del norte. A esto Vigón señaló que la I Brigada seguía avanzando hacia Guernica y tenía órdenes de tomar Durango desde el nordeste. En cuanto a la IV, aquella madrugada había tomado Éibar sin combate y ahora debía avanzar hacia Marquina y el oeste. A la vista de esta situación, Richthofen y Vigón acordaron que la aviación alemana realizaría dos servicios de guerra. El segundo, que tendría lugar por

la tarde, incluiría el bombardeo de Guernica.

Este último episodio ha oscurecido hasta hacerlo caer prácticamente en el olvido el papel desempeñado por la Legión Cóndor en su primer servicio del día 26. En el curso del mismo, la A/88 y la J/88 actuaron sobre las carreteras de la zona de Marquina-Guernica-Guerricaiz. Esta última localidad fue arrasada, entre las dos menos diez y las dos y diez, por un bombardeo alemán en el curso del cual se arrojó una sesentena de bombas incendiarias y pesadas. La destrucción no resultó de escasa envergadura pero, como en el caso de Durango, quedaría en buena medida eclipsada por la que aquella misma tarde llevaría a cabo la Legión Cóndor en Guernica.

Eran sobre las cuatro y media de la tarde, cuando llegó hasta la villa de Guernica el primer bombardero enemigo. Se trataba de un bimotor Dornier 17, procedente del sur, que volaba bajo. Tras virar noventa grados a la izquierda, dejó caer algunas bombas de cincuenta kilos sobre la ciudad que, en total, debieron de alcanzar el número de doce. Aquella acción provocó la lógica reacción entre los pobladores de la villa. La gente que había en Guernica corrió a guarecerse a los refugios, en algunos casos, y en otros optó por intentar protegerse en los caseríos y los bosques de los alrededores. Terminada su misión, el Dornier 17 emprendió el regreso. Fue en el curso del mismo cuando se cruzó con una patrulla italiana que se dirigía también hacia Guernica. A las tres y media de la tarde, ésta había salido de Soria y estaba formada por tres Savoia 79. Su misión era bombardear el puente de la villa. La inmediatez cronológica con la acción anterior iba a provocar la sensación de que Guernica estaba siendo bombardeada en distintas oleadas y de manera ininterrumpida, algo que, ciertamente, no se correspondía con la realidad.

Los aviones italianos llegaron a su objetivo cerca de una hora después de despegar. Sus instrucciones eran muy claras. Debían «bombardear la carretera y el puente al este de Guernica, de manera que se obstaculice la retirada del enemigo». «Por razones políticas» no debían bombardear la villa. El contenido concreto de esas «razones políticas» no parece difícil de dilucidar.

Los italianos llevaban tiempo intentando conseguir la firma de una paz por separado con los nacionalistas vascos. Obviamente, habría carecido de lógica arrojar por la borda esos contactos previos a causa de una acción que, en términos militares, resultaba relativamente secundaria. El que los italianos arrasaran una ciudad del significado simbólico de Guernica podía provocar una reacción en los nacionalistas vascos que invalidara el esfuerzo político de meses. Por ello, el bombardeo debía limitarse a objetivos estrictamente militares situados en lo que podríamos denominar la periferia de la villa. Los aparatos italianos no estuvieron sobre Guernica más de un minuto, según se deduce de su propio parte. Durante una pasada única que discurrió en dirección norte-sur, arrojaron 36 bombas de cincuenta kilos, es decir, 1 800 kilos de bombas. Cuando se retiraron de Guernica, los daños ocasionados en la ciudad eran relativamente reducidos. Se limitaban prácticamente a algunos edificios. Entre ellos se encontraban una casa de tres pisos utilizada como centro de Izquierda Republicana, probablemente tocada por los italianos, y la iglesia de San Juan, seguramente alcanzada por el Dornier 17.

Apenas pasadas las cuatro y media, iba a tener lugar el tercer bombardeo de la ciudad. El mismo fue realizado por un Heinkel 111 que iba provisto de una escolta de aviones italianos. Se trataba de cinco Fiat al mando de Corrado Ricci *Rocca*. A este tercer bombardeo le siguieron un cuarto y un quinto también de escasa magnitud. Efectivamente, a las cinco y a las seis de la tarde, otros dos bimotores alemanes arrojaron también sus bombas sobre la villa. Sin embargo, la operación más

importante aún estaba por realizarse.

Como ya vimos, los Ju 52 de la Legión Cóndor habían realizado un servicio al mediodía. Dos horas y veintitrés minutos después volvieron a despegar para su acción de la tarde. Se trataba de un tiempo normal, ya que se necesitaban dos horas para cargar y preparar los aviones y a esto hay que sumar el espacio dedicado a la comida. Se había decidido realizar el bombardeo en una pasada que discurriera de norte a sur, iniciada desde el mar —donde había que virar 180 grados— y sobrevolando posteriormente la ría de Mundaca y el río Oca. Los alemanes deberían haber realizado una pasada de tanteo que les permitiera afinar la puntería. De hecho, una orden de Salamanca de 6 de enero de 1937, firmada por el general jefe del Aire, ya había establecido que en caso de bombardear poblaciones debía precisarse el tiro para evitar víctimas civiles. Sin embargo, los alemanes decidieron renunciar a la pasada previa de tanteo. Esta circunstancia hace pensar que, a diferencia de los italianos, Richthofen —que había llegado a un acuerdo con Vigón para convertir Guernica en objetivo de la Legión Cóndor— no tenía ninguna prevención contra el bombardeo de la localidad. De hecho, la combinación de bombas era la especialmente indicada para arrasar una población. Como Richthofen señalaría en su *Diario,* las bombas incendiarias eran un tercio del total y los efectos de estos artefactos eran claramente conocidos tras comprobar los resultados obtenidos, por ejemplo, en el bombardeo sobre los bosques de pinos cercanos al puerto de Barázar.

¿Quiénes estuvieron implicados en la decisión de arrasar Guernica? Indiscutiblemente, Richthofen. El militar alemán señalaría en su *Diario* que había llegado a un acuerdo con Vigón en virtud del cual iba a imprimir «a sus tropas un ritmo tal que todas las carreteras al sur de Guernica queden bloqueadas. Si lo logramos, embolsaremos al enemigo en torno a Marquina» *(Diario,* 26 de abril de 1937). De estas palabras se desprende que efectivamente Vigón aceptó la propuesta de Richthofen. Ahora bien, semejante decisión —que era muy inteligente en términos tácticos— contrariaba el plan inicial de Mola. Todo lleva a pensar que Vigón acordó con Richthofen aquella variación sin autorización del mencionado general, pero en el caso de que efectivamente la solicitara —y la recibiera— tuvo que tratarse de una orden verbal porque no existe ninguna constancia documental del hecho. Desde luego, no existe la menor constancia documental o siquiera testifical de que Franco conociera aquella variación secundaria y mucho menos de que la ordenara. Por eso, a la luz de lo que conocemos, lo más sensato es concluir que Richthofen y Vigón adoptaron la decisión la mañana del 26 de abril por considerarla especialmente idónea para el avance de las fuerzas en cuyas filas combatían. Se trataba ciertamente de una decisión que debía tomarse con urgencia y como tal fue adoptada siguiendo criterios de oportunidad militar y no de carácter político. De hecho, de haberse analizado el aspecto politico quizá Guernica no habría sido bombardeada, ya que era una ciudad también cargada de simbolismo para los carlistas. No hubo, pues, un propósito de aniquilar la patria vasca ni mucho menos una orden en ese sentido dada por el alto mando nacional. No fue un plan de exterminio genocida contra los vascos, sino la terrible combinación de la tecnología militar alemana con la deplorable incompetencia de las autoridades de Guernica para construir refugios o disponer de un sistema adecuado de extinción de incendios la que acabó provocando una tragedia en la que morirían algo menos de cien guerniqueses y buena parte de la localidad quedó arrasada.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

El debate sobre el bombardeo de Guernica —un episodio muy menor y, desde luego, no la acción aérea más importante de la guerra civil— se vio enturbiado desde el principio por razones políticas y no historiográficas. Para el sector de la clase política británica partidario del rearme, Guernica constituyó un magnífico argumento a favor de oponerse al dominio del aire por los alemanes. Para los miembros del PNV —que apoyaron el alzamiento militar de julio de 1936 en Navarra y Vitoria y que traicionaron a los ejércitos republicanos revelando sus movimientos a las tropas de Franco y rindiéndose por separado en Santo-ña—, Guernica fue una bandera con la que ocultar acciones políticas realmente vergonzosas desde cualquier perspectiva ética y moral. Finalmente —aunque esta mentira tuvo una vida más corta—, el bando rebelde pudo utilizar Guernica como un testimonio de la brutalidad de los milicianos en retirada, capaces de utilizar la dinamita y la gasolina en su política de tierra quemada. Ni que decir tiene que todas las versiones eran falsas e interesadas, aunque algunas han tenido una vida más prolongada que otras.

El reconocimiento de que Guernica había sido víctima de un bombardeo de la Legión Cóndor tardó en llegar hasta la obra de Vicente Talón *Arde Guernica,* pero aun así su autor procuraba liberar de cualquier responsabilidad al mando nacional. Obras tendenciosas y cargadas de una intencionalidad política que opacaba el análisis histórico fueron la de Federico Bravo Morata, *Guernica* (Madrid, 1978), y, sobre todo, la del famoso panfletista H. R. Southworth, *La destrucción de Guernica,* publicada en 1975 en París por Ruedo Ibérico. Muy superiores a todos los anteriores fueron los estudios de Jesús Salas Larrazábal sobre el tema. En 1977, publicó en el número de mayo de la revista *Nueva Historia* (pp. 27-50) un artículo titulado «Guernica: la versión definitiva», donde establecía con bastante exactitud el desarrollo, las responsabilidades y las víctimas del bombardeo. Diez años después se publicaría su libro *Guernica,* en el que volvía sobre el tema de manera mucho más detallada aunque sin entrar en algunas cuestiones. La obra de Salas Larrazábal no abordaba, por ejemplo, el peso que el bombardeo tuvo sobre la titubeante dirección del PNV ni tampoco se adentraba en los intereses particulares de la Legión Cóndor pero, a pesar de ello, constituía un magnífico trabajo.

Una década después mi libro *La destrucción de Guernica. Un balance sesenta años después* abordó todas esas cuestiones, aportando especialmente documentación alemana y nacionalista-vasca no utilizada por Salas Larrazábal. Al respecto, tengo la sensación de que el libro podría ser calificado de «políticamente incorrecto» por los nacionalistas vascos pero sus tesis fundamentales permanecen documentalmente irrebatibles.

# 18
# ¿Cuál fue el destino de los niños españoles enviados a la URSS?

Habían pasado ya varios meses desde el estallido de la guerra civil española cuando, temiendo las víctimas civiles que podían ocasionar los bombardeos del arma aérea de Franco, se planteó la posibilidad de evacuar a un determinado número de niños a distintos países extranjeros. Aunque los lugares de destino fueron variados —de Gran Bretaña a Bélgica pasando por Francia—, la propaganda comunista logró que en la mente de buen número de españoles la protección de los niños quedara vinculada de manera casi exclusiva a la URSS y que además este acto se viera rodeado de una aureola de bondad desinteresada y solidaridad proletaria. Semejante actitud sirvió como arma mediática e ideológica pero, en realidad, ¿cuál fue el destino de los niños españoles enviados a la URSS?

Casi todas las fuentes parecen coincidir en que los niños que llegaron a la URSS —unos cuatro mil trescientos, aproximadamente— inicialmente fueron objeto de un buen trato. Se les asignaron escuelas en las que conservaron maestros españoles y se les dispensó la enseñanza en su lengua natal. Sin embargo, la situación cambió radicalmente al producirse el final del conflicto español y, especialmente, desde el momento en que Stalin firmó su pacto de no agresión con la Alemania de Hitler. Para entonces, España había dejado de ser interesante para el dictador del Kremlin. No es extraño por ello que, a la vez que cerraba las puertas a nuevos refugiados españoles, los niños fueron arrancados de su situación inicial para verse sumergidos en otra muy distinta.

Obligados a estudiar predominantemente en ruso, debieron sumar a su actividad escolar trabajos físicos de notable envergadura. En los días de invierno, semejante deber se tradujo en la tala de árboles previa al desayuno y, en el verano, en las más diversas faenas agrícolas. El resultado de este sistema tuvo terribles consecuencias para los niños. No sólo se resintió su rendimiento escolar —que cayó en picado—, sino también su salud. Para el curso 1941-1942, una inspección médica realizada por el Comisariado de Educación puso de manifiesto que más de un cincuenta por ciento de los niños padecían tuberculosis y otro treinta por ciento se hallaba en un estado de pretuberculosis. En ese curso, según algunas fuentes, no menos del quince por ciento de los niños había muerto.

Pero la desgracia no se limitaba a los niños ya escolarizados. En buena medida, el destino de los recién nacidos resultaba peor. Por ejemplo, en 1940, en Krematorsk, de los catorce niños nacidos, trece murieron a las pocas semanas como consecuencia de la desnutrición. El cuadro —que se repetía también en lugares como Gorky, Járkov y Róstov— se debía fundamentalmente a la actitud de las autoridades soviéticas especialmente cicateras a la hora de entregar leche o medicinas a los españoles. No resulta sorprendente que en ese contexto alguno de los mandos del PCE considerara conveniente recomendar a los adolescentes que se enrolaran en el Ejército Rojo, no por identificación ideológica, sino como la única manera de eludir el espectro del hambre. Así lo hicieron muchos, y encontraron la muerte en el frente no menos de un cuarenta por ciento, una proporción realmente abrumadora. Lamentablemente, lo peor quedaba por venir.

La invasión de la URSS por Hitler dejó pronto de manifiesto las peores deficiencias del régimen soviético. Purgados por Stalin y equivocados en cuanto a las conclusiones extraídas de la guerra de España, los ejércitos soviéticos sufrieron el efecto devastador de batallas de cerco en las que desaparecieron centenares de miles de sus hombres. Por lo que se refiere a las colonias españolas, no eran aún sospechosas y pudieron librarse de las deportaciones étnicas que el aparato represor de Beria realizó en paralelo a las derrotas militares. Aun así, su suerte distó de ser buena. Los niños españoles fueron enviados a los lugares más remotos e inhóspitos de la URSS, que iban de Samarkanda y Kakán en Asia central a las estribaciones de los Urales. Para aquel entonces, buena parte de ellos estaban absolutamente desengañados del sistema. Un ejemplo palpable fue el de los niños de Krasnoarmeinsk. En esta localidad dieciséis criaturas cayeron en manos de los alemanes, que los trasladaron al territorio del Reich con la finalidad de entregarlos a la Falange. Hambrientos y descreídos, no costó mucho convertirlos en una baza propagandística.

El futuro que esperaba a los niños españoles en sus distintos destinos se reveló no pocas veces horrible. Enfrentados con el hambre y los maltratos, muchos se vieron obligados a someterse a un sistema que consideraban odioso o a delinquir. En Tashkent, por ejemplo, constituyeron bandas dedicadas a perpetrar hurtos convencidos de que era mejor morir en esa situación que regresar a las

instituciones estatales. En Samarkanda y Tiflis, las niñas prostitutas españolas —de las que no pocas quedaron embarazadas— llegaron a hacerse célebres entre los jerarcas del partido. Ni siquiera los hijos de los héroes se vieron libres de aquella negra situación. Un hijo del coronel Carrasco, que había servido en el ejército republicano y ahora enseñaba en la escuela militar Frunzé de Moscú, fue detenido mientras robaba en una panadería de Kakán. Posteriormente, murió en prisión de tuberculosis. Era uno de los muchos niños españoles —en torno al diez por ciento— que se vieron detenidos y obligados a cumplir una pena de reclusión.

El hecho de que se establecieran agudas divisiones de clase entre los españoles que vivían en la URSS y el que se realizaran prácticas tan odiosas como la delación —aspectos ambos denunciados por jerarcas como Enrique Castro Delgado, Jesús Hernández o el Campesino— no dejó siquiera a salvo el mundo de los niños. No resulta por ello extraño que algunos pensaran en la posibilidad de vengarse de las personas a las que consideraban culpables de su suerte o que solicitaran abandonar el país con la intención incluso de regresar a una España gobernada por Franco. Por regla general, la respuesta de las autoridades fue radicalmente negativa.

De los dramas que semejante actitud provocó es un claro paradigma la historia de Florentino Meana Carrillo y su hermano. Desesperado por salir de la URSS —a la que denominó «inmenso campo de concentración y de hambre»—, Florentino se bebió un vaso de ácido sulfúrico con la intención de quitarse la vida. Su hermano decidió vengarlo. Sabedor de que la Pasionaria era la única persona autorizada por las autoridades comunistas para conceder o denegar los permisos de salida de los españoles, el joven se dirigió, armado con un cuchillo, al hotel Lux. Su intención era matar a la dirigente comunista. Para fortuna de Pasionaria, aquel día estaba ausente y fue José Antonio Uribe, el suplente del buró político, el que se convirtió en nuevo objetivo. No le costó mucho contener al muchacho a la espera de que lo redujeran. Después se lo tragarían las fauces del sistema represor soviético. Todavía décadas después, algunos de los antiguos niños de la URSS identificados con la ideología comunista intentarían quitar importancia al episodio alegando que el muchacho era un desequilibrado. Quizá, pero aun en su desequilibrio había sabido mantener los ojos abiertos frente a dramas terribles que los militantes comunistas preferían no ver o incluso negar descaradamente.

No resulta por ello extraño que para muchos se fuera abriendo camino la idea de que la única esperanza de supervivencia se hallaba en poder abandonar la URSS. Países como México —donde se asentaba una importante colonia de exiliados— estaban más que resueltos a recibir con los brazos abiertos a los niños. Sin embargo, ni la URSS ni el PCE estaban dispuestos a que se supiera la verdad del *paraíso del proletariado* y del trato que venía dispensando a los niños desde hacía años. Pasionaria se convirtió, al parecer sin resistencia, en la pieza clave que impidió la salida de aquellas víctimas hacia otros países. Sus razones —reproducidas por Jesús Hernández, comunista y antiguo ministro republicano— no podían ser más obvias: «No podemos devolverlos a sus padres convertidos en golfos y en prostitutas, ni permitir que salgan de aquí como furibundos antisoviéticos». Constituía toda una confesión de los resultados reales —ocultados por la propaganda— de vivir en la URSS.

Puestos a delinquir, los niños españoles difícilmente podrían haberlo hecho en un medio más duro. Desde su establecimiento, el sistema soviético —sin precedentes en cuanto a su dureza— se había mostrado especialmente riguroso con los niños. En 1926, el Código Penal soviético ya había incluido condenas de campo de concentración y de prisión para los niños que hubieran cumplido

doce años. Los resultados de aquella norma fueron fulminantes. Al año siguiente de su promulgación, el cuarenta y ocho por ciento de la población del Gulag tenía entre dieciséis y veinticuatro años. Pese a todo, no pareció suficiente a los administradores del inmenso sistema. El 7 de abril de 1935 se decretó que la pena de muerte sería también aplicable a los niños que hubieran cumplido doce años. La incomparable ferocidad del sistema —en aquellos momentos incluso superior a la de los campos de concentración de Hitler— no hizo ninguna excepción con los niños españoles. El campo de Karagandá, abierto en 1936, fue tan sólo uno de aquellos terribles enclaves donde los españoles —adultos y niños— fueron explotados como esclavos y murieron de frío, hambre y agotamiento. Diversos testimonios hablan de sodomizaciones de niños en los traslados hasta Karagandá y de niñas sometidas a lo que eufemísticamente se denominó *tranvía,* es decir, una violación colectiva a manos de otros reclusos o de guardianes. Solia ser únicamente el antecedente de una jornada de trabajos forzados de diez horas diarias con una dieta de hambre. Pero aquel régimen de trabajo no era todo. A él se sumaba un universo donde los niños se convertían en *malolietki* —miembros de una banda de ladrones en el campo— o en víctimas de cualquier *malolietka.* Por lo que se refiere a la alimentación, nada tenía que envidiar a la de los campos de exterminio nazis. Frenkel, el funcionario soviético encargado de fijar las raciones alimentarias del Gulag, había sido estricto en su delimitación: los que realizaban menos del treinta por ciento de la norma recibían diariamente trescientos gramos de pan y una escudilla de balanda; los que conseguían entre el treinta por ciento y el ochenta contaban con cuatrocientos gramos de pan y dos escudillas, y del ochenta y uno al ciento por ciento, quinientos gramos de pan y tres escudillas. Los que recibían menos no cubrían su desgaste físico, pero los que recibían mayor cantidad morían antes porque el deterioro físico era más acelerado y el incremento de ración no lo compensaba.

La suma de hambre, maltratos y represión se tradujo pronto en unos resultados sobrecogedores. En 1943, cuando José Hernández abandonó la URSS, afirmó que cerca de un cuarenta por ciento de los niños españoles había muerto. La cifra podía ser cierta —incluso algo limitada— en relación con los que se habían alistado «voluntariamente» en el Ejército Rojo. Resultaba abultada si se tenían en cuenta otros sectores de los niños. A los supervivientes aún les quedaba por recorrer un viacrucis que incluyó un nuevo y doloroso paso al concluir la guerra. Contra lo esperado ingenuamente por millones de personas, el final del conflicto no se tradujo en una amnistía de los presos de la URSS ni tampoco en una reducción del impacto represivo sobre la población. Pronto los tres millones y medio de reclusos que tenía en 1945 el Gulag —sin contar los de las colonias penales y los de las cárceles— comenzaron a recibir lo que Solzhenitsyn denominó con término dramáticamente gráfico nuevas *riadas*. Fueron trasvases de polacos y húngaros, de ucranianos y soviéticos, de muchachas que habían fraternizado con los alemanes… y de niños españoles. En 1946-1947, éstos contaron con su propia *riada.* No se los consideraba seguros y, desde luego, los jerarcas del PCE, siguiendo su trayectoria previa, no estaban dispuestos a arriesgar su estatus para salvarlos. Aquellos seres a los que se había arrancado la infancia insistían en abandonar el paraíso soviético y lo pagaron caro. Por regla general, se les aplicó el artículo 7-35 (socialmente peligrosos) o el terrible y polifacético 58-6, acusándoseles de espionaje… ¡en favor de Estados Unidos!

En 1947, con ocasión del décimo aniversario de su llegada a la URSS, los antaño niños fueron reunidos en el teatro Stanislavsky de Moscú. No llegaban a dos mil. El resto prefería no correr riesgos, había muerto o se hallaba atrapado en las redes del sistema concentracionario. Pero ni

siquiera todos los supervivientes habían quedado convencidos de las excelencias del sistema. A pesar de que aquel año se les hizo firmar un documento en el que declaraban su voluntad de no abandonar la URSS y de que no faltarían los testimonios favorables al trato recibido, los ejemplos de la repulsión sentida hacia aquel régimen no fueron escasos. Como muestra tómese este botón colectivo: en septiembre de 1956, 534 españoles lograron regresar a España. Se trataba de un testimonio bien elocuente porque, puestos a elegir entre el gobierno del execrado Franco y la patria del proletariado, no lo habían dudado.

La historia de los niños españoles en la URSS constituye, sin duda, un drama sombrío pero, posiblemente, uno de sus aspectos más escalofriantes fue el de la colaboración y el silencio de los jerarcas del PCE en aquel proceso de abandono, primero, y exterminio, después. Acomodados en condiciones privilegiadas que no deseaban perder, las excepciones a aquella norma de vergonzante silencio fueron tan escasas que pueden mencionarse casi al completo. En primer lugar estuvo Valentin González *el Campesino,* uno de los caudillos comunistas más incensados por la propaganda bélica pero que no pudo soportar el choque con la realidad que significó su conocimiento directo de la URSS. Horrorizado por el trato que recibían los españoles, no dudó en manifestar sus opiniones. Lo pagó siendo condenado al Gulag. Sus captores pensaban en deshacerse de él, pero logró evadirse. Para los reclusos soviéticos que lo conocieron durante su cautiverio se convirtió en un auténtico mito de valentía. Solzhenitsyn llegó a conocer a una tal Zhora Ingal que, en el campo de concentración, iba escribiendo una novela —que nunca llegó a publicarse— sobre el Campesino. A su regreso a Occidente, el PCE hizo todo lo posible por silenciarlo.

El caso de Jesús Hernández fue aún más escandaloso. Horrorizado por lo que denominó el *País de la gran mentira,* en 1943 lo abandonó —perdiendo a su madre y a su hermana en él— y se atrevió a contar la realidad.

Por lo que se refiere al secretario general del PCE, José Díaz, ya había sido enviado a la URSS antes de acabar la guerra civil. Arrinconado por los soviéticos y por Pasionaria, fue cayendo en una postración progresiva al comprobar que nadie atendía a sus quejas relacionadas con la situación de los españoles en la URSS. El 19 de marzo de 1942 cayó desde el cuarto piso en el que vivía y murió en el acto. Se habló de suicidio —lo que encaja con su depresión ante la suerte de los compatriotas—, pero también de un asesinato motivado por el deseo de librarse de tan molesto testigo.

Hernández y el Campesino fueron acusados sin vacilación de embusteros, de agentes del imperialismo mundial, de traidores. No era verdad. De hecho, incluso los que continuaban su lucha contra el gobierno español de la época y podían jactarse de un impecable pasado antifascista levantaron su voz. En abril de 1948, José Ester (deportado de Mauthausen n. 64553) y José Doménech (deportado de Neuengamme n. 40202) convocaron una conferencia de prensa en París en nombre de la Federación Española de Deportados e Internados Políticos. Su finalidad era denunciar la presencia de 59 presos políticos españoles en el campo 99 de Karagandá. Su denuncia venía justificada porque, según sus palabras, «habían conocido la dominación inquisitorial de la Gestapo y de las SS» y para ellos tenían un sentido «las palabras Libertad y Derecho de gentes». La realidad, sin embargo, resultaba demasiado terrible para el PCE como para que éste aceptara desvelarla o, ya conocida, asumirla. No sólo sus iconos más queridos —como Pasionaria— habrían quedado en mal lugar, sino que lo mismo habría sucedido con uno de sus mitos más alabados, el de la ayuda desinteresada de la URSS a la causa republicana. Así, la propaganda política optó no sólo por falsear



la realidad sino también por ocultar uno de los dramas más terribles derivados de la guerra civil. Como en tantas ocasiones, las razones de partido prevalecieron sobre la verdad, la compasión y la mera decencia.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

Los estudios sobre los niños españoles enviados a la URSS han adolecido no pocas veces de la falta de contraste de datos a la hora de establecer conclusiones. El resultado ha sido, por regla general, la redacción de cuadros oficialistas e incluso escorados ideológicamente. Ése es el caso, por ejemplo, de la obra *Los niños de la guerra de España en la Unión soviética. De la evacuación al retorno (1937-1999)* (Madrid, Fundación Largo Caballero, 1999), debida a Alicia Alted Vigil, E. Nicolás Marín y R. González Martell. Algo muy similar sucede con *Los niños españoles en la URSS (1937-1997): Narración y memoria* (Barcelona, 2001), de Marie Jose Devillard, Alvaro Pazos, Susana Castillo y Nuria Medina. En ambos casos falta la referencia a obras fundamentales que exponen el otro lado de la historia y que permiten reconstruir un cuadro que no fue nada ideal ni puede transmitirse como tal si se persigue actuar con rigor histórico. Asimismo —especialmente en el primer caso— existe una enorme escasez de contraste con fuentes soviéticas. Con todo, se mencionan algunas que, desde luego, proporcionan datos preocupantes. Así, en *Los niños españoles…* se reconoce que un diez por ciento estuvo encarcelado (p. 241) o que de los «voluntarios» murió un cuarenta y dos por ciento en el frente (p. 237), datos ambos que son más que suficientes para poner en cuarentena cualquier visión edulcorada del episodio.

Entre las fuentes testimoniales siguen siendo de lectura obligatoria la de Jesús Hernández, *En el país de la gran mentira* (Madrid, 1974), la de Rafael Miralles, *Españoles en Rusia* (Madrid, 1947), la de Enrique Castro Delgado, *Mi fe se perdió en Moscú* (Barcelona, 1964), y la de Valentín González *El Campesino, Comunista en España y antistalinista en la URSS* (Gijón, 1979). Hernández, Castro y el Campesino fueron altos dirigentes del PCE y conocieron de primera mano la situación de los niños, por lo que no extraña que se los haya vilipendiado repetidamente acusándolos de traidores a la causa proletaria. El Campesino fue incluso objeto de toda una vil campaña internacional cuando se atrevió a corroborar el testimonio de Kravchenko sobre la represión en la URSS. Por supuesto, Kravchenko decía la verdad —como el Campesino—, pero eso no ha evitado que los responsables de su linchamiento moral hayan salido impunes. Por lo que se refiere a Miralles —una fuente realmente aborrecida por los comunistas—, fue diplomático cubano en la URSS.

En algunos casos se percibe una cierta evolución en el recuerdo de los niños después de la caída del Muro de Berlín. José Fernández Sánchez —que fue premio Pushkin en 1987— parece bastante más objetivo en cuanto a su relato de lo que era la vida en la URSS en su *Memorias de un niño de Moscú* (Barcelona, 1999), que en otras dos obras anteriores.

La tarea de investigación final sobre este episodio queda ciertamente por hacer y exigirá un análisis directo de las fuentes soviéticas, amén de todas las españolas. A pesar de todo, el cuadro que emerge de los datos que han llegado hasta nosotros dista mucho de encajar con la propaganda interesada emitida durante décadas y continuada todavía en nuestros días.

# 19
# ¿Por qué se lanzó Rudolf Hess sobre Gran Bretaña?

El 10 de mayo de 1941, sobre el escenario que ofrecía un crepúsculo rojo, Rudolf Hess, el personaje designado como sucesor por Hitler, se despidió de los aviones de escolta que le había proporcionado Heydrich y se encaminó hacia Escocia. A las pocas horas, Hess fue capturado por los británicos y encarcelado. La versión nazi fue que Hess había enloquecido pero, en realidad, ¿por qué se lanzó Rudolf Hess sobre Gran Bretaña?

Durante la noche del 10 de mayo de 1941 se produjo en Escocia uno de los episodios más extraños de la segunda guerra mundial. Rudolf Hess, el sucesor de Hitler, había despegado de Augsburgo a las 17.45 horas en un Messerschmitt Bf 110, había sobrevolado Escocia y, al no encontrar un sitio en el que aterrizar, se había lanzado en paracaídas sobre Floors Farm, Eaglesham, Escocia, a las 23.09 horas. Capturado por un campesino llamado David McLean, Hess solicitó inmediatamente entrevistarse con el duque de Hamilton, que vivía muy cerca, en el castillo de Dungavel. Hess no consiguió su objetivo y, para enorme sorpresa suya, fue detenido y puesto a disposición del servicio de inteligencia británico, que lo redujo a un confinamiento incomunicado.

Inmediatamente después de conocerse la noticia, la versión oficial alemana fue que Hess padecía una enfermedad mental y que había actuado totalmente por propia iniciativa. Sin embargo, en realidad, ¿Hess estaba loco o llevaba a cabo una misión especial que se había originado en la cúpula del poder nazi? Existen considerables razones para pensar que la verdad se relaciona con esta segunda posibilidad. De entrada, Rudolf Hess contó con sospechosas facilidades para volar hasta Escocia. Así, Willi Messerschmitt no tuvo ningún problema en proporcionarle uno de sus últimos —y mejores— aparatos a Hess, una circunstancia extraña si, como luego se afirmó, Hitler había dispuesto que no se le permitiera volar. Aún más chocante resulta el hecho de que Hitler se levantara muy temprano al día siguiente —a las 7.30 horas—, algo que no hizo ni siquiera durante el desembarco en Normandía, o que Heydrich, el jefe de las SS, proporcionara una escolta aérea a Hess en la que, muy posiblemente, participó. Ahora bien, si Hess había recibido órdenes de Hitler para marchar a Gran Bretaña y entrevistarse con el duque de Hamilton, ¿a qué se debió? A más de sesenta años de distancia, sabemos que Hess voló a Gran Bretaña víctima de una imaginativa operación de inteligencia concebida por los británicos.

En marzo de 1940, en vísperas de la derrota en Francia, Peter Fleming, el hermano de Ian Fleming, el creador de James Bond, escribió un libro en el que desarrollaba la hipótesis de lo que sucedería si Hitler volaba hasta Gran Bretaña y entablaba negociaciones de paz. El texto no era sino un cebo ideado por el 501, una sección de la inteligencia británica encargada de la guerra política y psicológica. Dotado tan sólo de unos sesenta efectivos, el SO1 trazó planes para envenenar a Hitler mediante la leche del té o impregnando sus ropas con una bacteria letal, para apoderarse de Canaris, el jefe de la Abhwer, y, últimamente, para engañar a Hess convenciéndolo para que viajara a Inglaterra, donde sería capturado. El plan recibió un impulso especial cuando en el verano de 1940 las tropas alemanas aplastaron al ejército francés y obligaron al cuerpo expedicionario británico a reembarcar en Dunkerque. Para aquel entonces, Hitler estaba especialmente interesado en llegar a una paz con Gran Bretaña que le permitiera desencadenar una ofensiva contra la URSS sin el temor a tener que combatir en un segundo frente. A través de los Haushofer —una familia de astrólogos que mantenía una relación muy estrecha con Hess pero que era anglófila—, el SO1 hizo llegar a Hess informaciones que hablaban de la existencia de un partido de la paz en Gran Bretaña que estaría dispuesto a desplazar a Churchill del poder y a llegar a un acuerdo con Hitler. El duque de Hamilton era el presunto jefe de este partido y estaría encantado de discutir las condiciones del arreglo con algún jerarca del III Reich que tuviera un peso considerable. Hess parecía el personaje más adecuado no sólo porque era el número dos de la jerarquía nazi sino también porque ya conocía a Hamilton, con el que se había encontrado en las Olimpiadas de Berlín de 1936.

Hess quedó sorprendido al conocer aquellas noticias pero las consideró verosímiles. Fiado en los

Haushofer —que trabajaban para los británicos—, inicialmente se limitó a consultar a algunos de sus astrólogos, como Frau Nagenast. La astróloga indicó con entusiasmo al lugarteniente de Hitler que el 10 de mayo sería un día ideal para realizar el viaje, algo no tan extraño si se tiene en cuenta que la Nagenast estaba a sueldo de los británicos. Para disipar cualquier duda de los nazis, el SO1 llegó incluso a contactar con algunos agentes de las SS en Rumania y los invitó a unas ceremonias ocultistas en las que quedaron convencidos de que había un sector importante de las autoridades británicas que compartía no sólo la cosmovisión politica de Hitler sino también las inclinaciones ocultistas de los nazis.

Sin embargo, la mezcla de oportunidad, astrología y ocultismo no era suficiente para convencer a Hess, y el SO1 recurrió a una nueva baza. Valiéndose de Carl Burkhardt, el director de la Cruz Roja suiza, los británicos lograron que Hess creyera que efectivamente el mencionado partido de la paz existía y que su poder en Gran Bretaña era considerable. En el colmo de la intoxicación. Burkhardt actuó engañado por agentes de la City londinense que le transmitieron la falsa información como si de un secreto confidencial se tratara. El producto fue finalmente aderezado por hábiles dosis de antisemitismo que aseguraban a Hess que en Gran Bretaña «los judíos tampoco son queridos».

Finalmente, Hess —al que se le dio seguridad de que el duque de Hamilton, un mando de la RAF, evitaría que su vuelo fuera interceptado— accedió a volar en dirección a Escocia. A pesar de que se ha afirmado lo contrario, Hess nunca llegó a ver al duque de Hamilton —que jamás supo la manera en que su nombre era utilizado—, y de la prisión británica pasó, en la posguerra, a Nuremberg, donde se le condenó a cadena perpetua. El SO1 había obtenido ciertamente un éxito enorme que disipó cualquier posibilidad de una paz pactada entre Gran Bretaña y el III Reich y cuyas últimas consecuencias seguramente tardaremos muchos años en conocer.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

A pesar de la importancia histórica de Rudolf Hess y de su carácter de último preso de Spandau, la bibliografía sobre el lugarteniente de Hitler no es muy abundante. Posiblemente la biografía más completa sea *Hess: The Fuhrer's Disciple* de Peter Padfield, publicada en 2001, aunque choca con el problema de que hasta 2017 no serán de dominio público todas las fuentes públicas relativas a Hess.

Análisis monográficos sobre el vuelo de Hess se encuentran en el libro de Roy Conyers Nesbit y Georges Van Acker, publicado en 2000 y titulado *The Flight of Rudolf Hess: Myths and Reality;* en *Motive for a Mission: the Story behind Hess's Flight to Britain,* de James Douglas-Hamilton, y en *Ten Days to Destiny: The Secret Story of the Hess Peace Initiative and British Efforts to Strike a Deal with Hitler,* aparecido en 2001. En cada caso existe una coincidencia sobre los motivos de Hess en relación con una paz por separado con Gran Bretaña, aunque se presentan discrepancias relativas al papel de los servicios de inteligencia.

De especial interés sobre los deseos de Alemania de concluir con Gran Bretaña una paz por separado es el libro de Alfred Smith publicado en 2001 y titulado *Rudolf Hess and Germany's Reluctant War, 1939-1941.*

# 20
# ¿Cómo se apoderó la URSS del secreto de la bomba atómica?

La explosión de dos bombas atómicas en agosto de 1945 sumió al dictador Stalin en un estado de profunda preocupación. El hecho de que Estados Unidos contara con armamento nuclear se traducía en una notable inferioridad militar de la Unión Soviética y, en consecuencia, en una reducción de sus posibilidades de expansión política y territorial. Resultaba urgente lograr, por tanto, fabricar ingenios de similares características. Sin embargo, el desfase tecnológico entre el sistema capitalista y el comunista impedía una competencia en un terreno estrictamente científico. ¿Cómo, entonces, logró la Unión Soviética apoderarse del secreto de la bomba atómica?

Al acabar la guerra civil española, la Unión Soviética encomendó a los antiguos miembros de las Brigadas Internacionales diversas tareas. Hasta el verano de 1941, en que fue invadida la URSS, los interbrigadistas sabotearon cualquier intento de resistencia a Hitler —incluso cuando invadió sus propias naciones— dado que el dictador nazi había suscrito un acuerdo de cooperación con Stalin. Cuando se produjo el ataque contra la URSS, los interbrigadistas, siguiendo fielmente las instrucciones de Moscú, organizaron grupos de resistencia antialemanes que, con posterioridad, intentarían la toma del poder en los países donde habían combatido e incluso nutrirían de manera especial los aparatos represivos de las dictaduras comunistas del este de Europa. En estos casos, sin embargo, ha de señalarse que su actitud de fidelidad al estalinismo no les sirvió siempre para evitar las purgas. A todas estas labores llevadas a cabo por los interbrigadistas ha de añadirse la de haber realizado tareas de espionaje a favor de la URSS con unos resultados ocasionalmente espectaculares.

En Estados Unidos, por ejemplo, los interbrigadistas también siguieron siendo fieles a ese estalinismo pero, curiosamente, el acoso que sufrieron de sus enemigos políticos fue menor que el recibido en la Europa del Este por parte de sus camaradas. La leyenda posterior insistiría en que habían sido «fascistas prematuros» y que eso los había hecho sospechosos para los poderes reaccionarios. La verdad —bien documentada— resultó muy distinta. Habían utilizado la bandera del antifascismo para seguir las consignas de la Komintern en España, la habían abandonado de manera vergonzante por la del pacifismo cuando Stalin se convirtió en aliado de Hitler y volvieron a retornarla teñida de un acentuado intervencionismo cuando se produjo la invasión de la URSS.

A partir de 1946, los interbrigadistas norteamericanos del Batallón Lincoln comenzaron a ser vigilados de cerca no por su antifascismo sino por su servilismo hacia las directrices emanadas de Stalin y por su relación con los servicios secretos soviéticos. De hecho, el famoso Rudolf Abel, uno de los espías soviéticos más importantes que operaron en Estados Unidos, había alimentado sus redes precisamente con antiguos interbrigadistas, como revelaría en 1993 el coronel Dmitri Tarasov, un antiguo oficial del KGB. Se trataba, por otra parte, de una colaboración ya iniciada durante la guerra civil española. Tal fue el caso, por ejemplo, de Morris Cohen, un interbrigadista miembro del PCEU que fue reclutado por el NKVD en 1938. Retirado del frente, recibió el nombre clave de «Brown». Tras completar su entrenamiento, fue enviado a Estados Unidos en febrero de 1939. Allí, con el nombre clave de «Luis» trabajaría en colaboración con «Twain», es decir, el agente soviético Semión Semyonov. Su papel en los próximos años sería de extraordinaria relevancia porque Cohen iba a ser el conducto a través del cual el secreto de la bomba atómica sería pasado a la URSS.

Cuando se produjo el arresto de los esposos Rosenberg, acusados precisamente de espiar para los soviéticos, Cohen y Leontine, su esposa, huyeron de Estados Unidos. Con el nombre de Peter y Helen Kroger se establecieron en Gran Bretaña, donde seguirían espiando para la URSS hasta su detención en 1961. Eran valiosos camaradas y sus mandos se mostraron interesados en su canje a cambio de un inglés recluido en la URSS. A inicios de los años noventa, los esposos Cohen todavía estaban vivos en Moscú.

El caso de Morris Cohen no fue excepcional, ya que uno de los objetivos fundamentales de los servicios secretos soviéticos era el de apoderarse de la información conducente a que la URSS pudiera fabricar sus propias bombas atómicas. Parte del camino había sido recorrida ya durante la segunda guerra mundial cuando algunos veteranos del Batallón Lincoln entraron en el OSS —un antecedente directo de la CIA— para ocuparse de operaciones especiales. Pero no fue ésa la única puerta abierta

imprudentemente por las autoridades norteamericanas. El 10 de abril de 1943, por ejemplo, Steve Nelson, antiguo interbrigadista, agente de la Komintern y uno de los panegiristas oficiales del Lincoln, se entrevistó con Vasili Zarubin (también conocido como Zubilin), el jefe del NKVD en Estados Unidos, para discutir la manera de coordinar el espionaje realizado por el NKVD y la Komintern en la mencionada nación.

Nelson informó a Zarubin de que llevaba un tiempo manteniendo contacto con los científicos que trabajaban en el proyecto de la bomba atómica en la Universidad de California en Berkeley y que éstos le mantenían al corriente de los avances que iban realizando. En marzo de ese mismo año, Nelson entregaría un paquete con documentos a Piotr Ivanov, un vicecónsul del consulado soviético de San Francisco.

La actividad de personajes relacionados con las antiguas BI en el pasado obtendría seguramente uno de sus mayores éxitos en relación con Oppenheimer, el padre de la bomba atómica. En febrero de 1937, Jack Reid, también conocido como Arnold Reid, pero cuyo verdadero nombre era Arnold Reisky, fue enviado por el PCEU a Francia para ayudar en la organización del paso de los interbrigadistas a España y servir de enlace con la Komintern en lo que se refería al reclutamiento de nuevos voluntarios. Cuando Joe Dallet, el comisario político de la XV BI, consiguió que su esposa Kitty pudiera visitarle en España, le envió una carta recomendándole que mantuviera el contacto con Reid. El consejo no pudo ser más fructífero. Dallet murió combatiendo en octubre de 1937 y su viuda, Kitty, ahora al servicio del NKVD, se casó con un científico nuclear llamado J. Robert Oppenheimer. Éste no lo supo pero, a través de su mujer, la URSS estuvo muy bien informada del desarrollo de los trabajos conducentes a la fabricación de la bomba atómica. Así lo confirmaría, a inicios de los años noventa, Pavel Sudoplatov, un antiguo general del KGB.

En 1955 la Junta de Control de Actividades Subversivas decidió que el VALB —Veteranos de la Brigada Abraham Lincoln— debía ser registrado como una organización tapadera de actividades comunistas. Es posible que la afirmación fuera injusta en relación a todos y cada uno de sus afiliados, pero por lo que se refería a la entidad en sí constituía una verdad palmaria.

Nelson fue detenido en 1950 pero en 1953 ya estaba en libertad y participando en una campaña para liberar a los esposos Rosenberg. Otro de los veteranos interbrigadistas, John Gates, fue condenado por un tribunal federal a cinco años de prisión y diez mil dólares de multa por espionaje, sabotaje, traición y conspiración para derribar al gobierno. Al final, acabaría abandonando el comunismo. Alvah Bessie, otro interbrigadista, fue condenado en 1950, al igual que Ring Lardner, padre de un interbrigadista fallecido en el Ebro, a un año de cárcel y mil dólares de multa. Ya no abandonaría ni el mundo literario ni el cinematográfico. Ese mismo año el también interbrigadista Robert Thompson fue condenado a cinco años de prisión pero obtuvo una rebaja de dos gracias a una condecoración obtenida en el frente del Pacífico.

En general, y a diferencia de lo sucedido en Europa oriental, las condenas de antiguos interbrigadistas fueron escasas, relativamente benévolas y no se basaron en confesiones obtenidas mediante torturas, sino en documentación contrastada. Sólo la propaganda las convertiría en un símbolo de progresismo que opacara en paralelo las terribles represiones padecidas en los países de Europa oriental. Lo cierto es que los interbrigadistas que actuaban en Estados Unidos se hallaban al servicio directo de una potencia enemiga y le rindieron, además, un servicio impagable: el de apoderarse del secreto de la fabricación de la bomba atómica.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

Me encontré por primera vez con el tema del robo de la bomba atómica por parte de espías soviéticos cuando trabajaba en mi estudio sobre las Brigadas Internacionales al que he hecho referencia en un capítulo anterior. Para sorpresa mía —todavía en aquellos momentos—, un número nada despreciable de los interbrigadistas norteamericanos no sólo eran comunistas, a pesar de haberlo negado durante décadas con indignadas protestas de inocencia, sino que además habían realizado para la URSS funciones de espionaje. De manera también sorprendente, habían escapado en su inmensa mayoría a la justicia de Estados Unidos que, en puridad, debería haberlos encarcelado por traición al propio país en beneficio de una potencia extranjera. Remito, pues, a mi libro *Las Brigadas Internacionales* (Madrid, 1999) para un estudio documentado sobre el tema.

Con posterioridad, se publicó otra obra que cuenta con enormes alicientes para su lectura y que viene a dejar de manifiesto hasta qué punto los servicios de inteligencia soviéticos habían logrado trepanar los mecanismos de seguridad de Estados Unidos. Me refiero a *The Haunted Wood* (Nueva York, 1999), de Allen Weinstein y Alexander Vassiliev. La tesis que yo sostenía en mi libro de las Brigadas Internacionales sobre el robo de la bomba atómica aparece más que confirmada en esta obra con datos adicionales. Allen Weinstein publicó, además, hace algunos años *Perjury: The Hiss-Chambers Case* (Nueva York, 1978), donde dejaba de manifiesto el cinismo con que se defendieron algunos de los acusados en procedimientos de espionaje.

Algo alejado de este tema pero relacionado con el del espionaje nuclear, más concretamente con el caso de Klaus Fuchs y su relación con el KGB, es la obra de Nigel West y Oleg Tsarev *The Crown Jewels: The British Secrets at the Heart of the KGB Archives* (Londres, 1998).

En su conjunto, estas obras muestran hasta qué punto buena parte de los supuestos «progresistas» del período situado entre los años treinta y los sesenta del siglo XX no pasaron nunca de ser agentes soviéticos con una especial capacidad no sólo para engañar a idealistas sin mucha capacidad de reflexión sino también para cumplir con funciones de espionaje que amenazaron seriamente la causa de la libertad en Occidente.

# 21
# ¿Quién diseñó los Sputnik?

En otoño de 1967, la URSS logró colocar en órbita los primeros satélites artificiales Sputnik I y II. La noticia dejó sorprendido a todo el mundo y especialmente en los países occidentales se planteó el interrogante de cómo la tecnología soviética había logrado aquel éxito. Sin embargo, detrás de aquel triunfo se escondía un enigma… el enigma de los creadores verdaderos de los Sputnik porque, en realidad, ¿quién diseñó los Sputnik?

A primeras horas del 11 de abril de 1945, los tanques Sherman del Mando de Combate B de la 3.ª División Blindada de los Estados Unidos llegaron a la ciudad de Nordhausen, situada en el camino hacia el río Elba. El III Reich era a esas alturas poco más que un cadáver, y las tropas norteamericanas sabían que debían realizar la conjunción con los ejércitos de Stalin. Fue entonces cuando, a unos seis kilómetros de Nordhausen, aparecieron inesperadamente algunos hombres vestidos con los harapos rayados de los internos de los campos nazis. Inmediatamente informaron a los soldados norteamericanos de que cerca del lugar los alemanes habían logrado crear «algo fantástico».

En la siguiente localidad, Niedersachswerfen, los norteamericanos dieron con unas fábricas situadas en túneles donde se habían construido las legendarias V-2. El botín de guerra resultaba especialmente codiciable, pero para cólera de las tropas norteamericanas, aquella zona pertenecía a los soviéticos y hubo que entregarles todo el material. La acción se basaba en el acuerdo logrado en Yalta en febrero de 1945, en virtud del cual Stalin se quedaría con el ochenta por ciento de la industria alemana. No obstante, aunque finalmente los norteamericanos dejaron intactos los talleres de fabricación, se llevaron, en secreto y a toda velocidad, cien cohetes V-2 y un conjunto de documentos especialmente valiosos.

Los datos obtenidos por las fuerzas de ocupación resultaron escalofriantes. Entre ellos se encontraba el proyecto A-9/A-10, un proyectil teledirigido que podría haber alcanzado Nueva York a cuatro mil kilómetros de distancia. El arma no funcionaba aún, pero sí era factible la colocación de un satélite en órbita. De haber contado con materiales adecuados —algo imposible en los últimos meses de la guerra—, los nazis podrían haber construido aeronaves que alcanzaran una altura de cinco mil kilómetros y giraran alrededor de la tierra a ventiseismil kilómetros por hora.

El oficial soviético que se hizo con tan prometedor material fue el teniente coronel Vladimir Shabinsky. A las órdenes de Gueorgui Malenkov, Shabinsky tenía orden de apoderarse de todo objeto de valor que pudiera encontrar a su paso, lo mismo fueran pollos que libros, abonos que cosechas, laboratorios que museos. Shabinsky se hizo en el lugar citado con más de mil máquinas-herramientas para la fabricación de cohetes. No resulta, por tanto, extraño que ante él un coronel soviético prorrumpiera de repente en carcajadas diciendo que dentro de diez años los norteamericanos llorarían por haber dejado todo aquello en sus manos.

Los pasos del itinerario que seguirían los V-2 capturados se llevaron a cabo bajo la cuidadosa mirada de Yegorov, un comandante del NKVD —la organización antecesora del KGB—, que se ocupó de que todo llegara en tren a Berlín. Desde allí el mariscal Zhukov, comandante en jefe de los ejércitos soviéticos, lo enviaría a la URSS.

Durante las semanas siguientes, valiéndose de los fotocalcos en azul, los soviéticos fueron averiguando los nombres de los científicos, los colaboradores y las empresas suministradoras de aquel gigantesco proyecto militar. A continuación iniciaron una operación de cacería realmente sin precedentes. Algunos científicos alemanes como Werner von Braun y ciento treinta de sus colaboradores lograron quedarse con los norteamericanos, pero un número considerable de sus colegas decidió encaminarse hacia la zona de ocupación soviética para reunirse con sus familias. Entre ellos se encontraba Helmut Góttrup, que desde 1939 había trabajado en proyectos para fabricar cohetes de largo alcance. Los soviéticos no tardaron en detenerlo a él y a su esposa y en presionarlo para que aceptara colaborar en la puesta en marcha de la fábrica de V-2. Como puede suponerse,

Góttrup acabó doblegándose.

En unos meses, Góttrup contaba con cinco mil personas a su mando y estaba trabajando en las mismas condiciones que antes de la derrota del III Reich. La época dorada duró, sin embargo, poco. En octubre de 1946, los soviéticos desmontaron todo y deportaron al personal a la URSS. Junto a Góttrup marchaban no menos de doscientos especialistas de primera línea. Las autoridades soviéticas los distribuirían en centros diversos ubicados en Nitishi, Kimri, Zagorsk, Podberesie, Sobrino y Obiralovka. Los equipos más numerosos se localizaron en la isla de Gorodomlia, en un lago situado al norte de Moscú, donde fue asentado Góttrup, y en Monino, cerca de la misma ciudad.

El programa R, impulsado casi a golpes por los soviéticos pero desarrollado por científicos alemanes, resultó un verdadero éxito. En 1950, la URSS poseía ya el primer supercohete del mundo con una capacidad de vuelo de tres mil kilómetros. A partir de ese momento, los alemanes fueron separados de su trabajo. Los soviéticos ya contaban con cohetes y satélites y pensaban que podían caminar solos.

Los colaboradores de Góttrup fueron enviados a orillas del mar Negro. Allí permanecerían hasta inicios de 1955 esperando una liberación que no dejaba de retrasarse. Cuando, finalmente, llegaron a Occidente las noticias de lo que estaba sucediendo, Estados Unidos no contaba con un programa —ni unos logros— paralelo. Todavía en 1958 los Explorer y los Vanguard norteamericanos eran inferiores a los Sputnik. En 1959 Leonid Sedov, jefe de la comisión aeronáutica de las Academias de Ciencias de la URSS, se permitió burlarse del Explorer I ante un grupo de ingenieros norteamericanos indicando que ellos no fabricaban «cáscaras vacías». En honor a la verdad, también podía haber dicho que no eran ellos los que habían fabricado los cohetes intercontinentales y los satélites. Su diseño se debía a científicos alemanes.

# 22
# ¿Salvó el Opus Dei la economía de Franco?

Durante las últimas décadas del franquismo, las referencias al Opus Dei adquirieron un carácter casi mítico. Para muchos, aquel grupo de católicos seguidores de las enseñanzas del padre Escrivá de Balaguer constituía una especie de masonería blanca o de mafia política cuya única finalidad era apoderarse de todos los resortes del poder. El hecho de que además un cierto número de sus miembros se convirtiera en ministros especialmente activos y conocidos de gobiernos franquistas contribuyó, además, a dar una apariencia de solidez a aquella leyenda negra en torno al Opus. Pero ¿cuáles fueron las razones del ascenso del Opus? ¿Salvó el Opus Dei la economía de la España de Franco?

El año 1959 comenzó bajo negros auspicios para el régimen de Franco. A dos décadas de la victoria en la guerra civil y a más de un lustro del final del bloqueo internacional, la dictadura seguía manifestándose claramente incapaz de mejorar el nivel de vida de unos españoles privados por añadidura de algunas de las libertades políticas más elementales. Aherrojada bajo las recetas autárquicas que la Falange había copiado servilmente del fascismo italiano y del nazismo alemán, la economía era raquítica y estaba exangüe. Aunque la censura ejercida sobre los medios de comunicación ocultaba cualquier dato sobre la terrible realidad económica a la población, lo cierto es que la posición de disponible, saldos en cuentas de corresponsales, caja y cartera del Instituto Español de Moneda Extranjera (IEME) se hallaba en números rojos y ascendía a una cifra inferior a los 52 millones de dólares.

El volumen de endeudamiento comercial se elevaba entonces a la cifra —realmente astronómica para la época— de 375 millones de dólares. A lo largo del año, la situación no dejó de empeorar. Los vencimientos para el segundo semestre de 1959 llegaban a casi doscientos millones. Ante la agudización de una situación de precariedad que podía incluir nuevamente el racionamiento de la gasolina, algunos de los funcionarios de la administración española llegaron a la conclusión de que resultaría adecuado atender las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional.

La misión de este organismo, dirigida por el economista francés Gabriel Ferras, se alojó en el hotel Palace y trazó el plan para la recuperación económica de España. La receta del FMI implicaba un riguroso plan de estabilización y una liberalización de la economía que, aunque no se dijera, chocaba frontalmente con los presupuestos defendidos hasta entonces por el régimen de Franco.

La tarea iba a recaer sobre una serie de personajes que formaban parte del Opus Dei, una organización católica de escaso peso en aquel entonces pero que ya se veía sometida a un cierto acoso por parte de algunas órdenes religiosas por razones no del todo espirituales. De hecho, cuando el 27 de febrero de 1957 Franco decidió cambiar el gobierno y cesar al camisa vieja Girón, que había sido ministro de Trabajo durante casi dieciséis años, cabía pensar en algún tipo de transformación especialmente al entregarse la cartera de Hacienda a Mariano Navarro Rubio, supernumerario del Opus, y la de Comercio a Alberto Ullastres Calvo, numerario.

Los personajes clave en el ascenso político del Opus no fueron, sin embargo, Navarro ni Ullastres, sino el almirante Luis Carrero Blanco —quizá el personaje más cercano a Franco durante las últimas décadas de su vida— y Laurea-no López Rodó. Distintas fuentes apuntan al hecho de que Carrero Blanco había padecido durante años algunos problemas de signo doméstico que la intervención de López Rodó, a la sazón un jurista joven, ayudó a solventar. Esta circunstancia proporcionó a López Rodó un notable ascendiente sobre Carrero y, de paso, sirvió para que otros miembros del Opus fueran situados en las cercanías del poder reformando áreas tan importantes como la administración del Estado. Su primer gran éxito, sin embargo, iba a darse en el terreno de la política económica.

En julio de 1959, Alberto Ullastres, ministro de Comercio, marchó a Washington en busca del apoyo de Estados Unidos, mientras en Madrid otro miembro del Opus, Mariano Navarro Rubio, ministro de Hacienda, intentaba convencer a Franco de la necesidad de introducir cambios en la economía. Para ello apeló a uno de los pocos argumentos a que era sensible el general: el del patriotismo. Franco, que siempre tuvo una visión pragmática, aceptó los criterios expuestos por Navarro. El 18 de julio —curiosa coincidencia—, el régimen contaba con el apoyo no de Estados

Unidos, que se limitó a otorgar un respaldo meramente institucional, pero sí del FMI. Durante los días 20 y 21 de julio, mediante una declaración gubernamental y un decreto-ley de ordenación económica, se anunció el inicio del plan de estabilización presentado por Ullastres ante las Cortes el 28 de julio.

El conjunto de medidas contempladas en el plan incluía la limitación del gasto total del sector público, una mayor flexibilidad de los tipos de descuento e interés aplicados por el Banco de España, la liberalización en la importación de ciertas mercancías, la revisión de los organismos que desempeñaban funciones interventoras y una amnistía para los residentes que repatriaran el capital evadido en los próximos seis meses.

Los resultados inmediatos de este conjunto de medidas resultaron para millares de familias españolas auténticamente pavorosos. De entrada se produjo una contracción de la actividad económica a causa de la afluencia de capitales extranjeros con los que no podía competir la débil economía nacional. Consecuencia directa de ello fue la quiebra de no pocas empresas, el aumento del desempleo e incluso la disminución de los salarios en algunos sectores de la producción. Sin embargo, a medio plazo, aquella «purga de caballo», como la denominó alguno, tuvo unos efectos económicos y sociales muy positivos.

Si a finales de 1958 existía un déficit de 58 millones de dólares, un año después el superávit era de 52 millones. Asimismo, desaparecieron los temores a que España suspendiera pagos internacionalmente, lo que favoreció enormemente su economía.

Con una estructura empresarial saneada, una emigración importante hacia Europa occidental, nuevas inversiones extranjeras y la llegada del turismo, la nación no tardó en comenzar a experimentar los primeros síntomas del desarrollo económico. Las razones no podían ser más obvias: la liberalización económica había relanzado una economía atenazada por el intervencionismo. Éste, como suele ser habitual, podía estar cargado de buenas intenciones políticas, pero sólo había servido para estrangular la economía, impulsar la corrupción, disparar la inflación y aumentar el desempleo. Desde entonces acá las consecuencias de optar en economía por el intervencionismo o la liberalización no sólo no han cambiado sino que se han confirmado una y otra vez. Entonces, desde luego, los resultados fueron innegables. En 1965, España se había convertido, gracias al Plan de Estabilización y a sus consecuencias, en el décimo país más desarrollado del mundo.

La intervención de los tecnócratas —y el acierto de Franco al aceptar sus juicios— ciertamente salvó la economía española, pero tuvo consecuencias mayores. Aunque, muy posiblemente, la mayoría no eran demócratas sino simplemente monárquicos, este género de avances se tradujo en un aumento del nivel de vida que abortó las posibilidades de una salida violenta del régimen de Franco y contribuyó decisivamente a una transición pacífica. Su contribución así a la historia de España resultó mayor y mejor, por tanto, de lo que nunca habían pensado.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

La puesta en funcionamiento de los Planes de Desarrollo, posteriores al de Estabilización, han opacado en buena medida las referencias a éste en algunas obras historiográficas. Así sucede, por ejemplo, con el *Franco* de Brian Crozier o con el agudo ensayo de José María Carrascal *Franco: 25 años después*.

Posiblemente la mejor descripción del episodio se halle en Luis Suárez Fernández, *Francisco Franco y su tiempo* (tomo VI, Madrid, 1984). Sin embargo, son también notables los análisis contenidos en R. de la Cierva, *Franco* (Madrid, 2001), y Stanley G. Payne, *Franco. El perfil de la Historia* (Madrid, 1994). La obra de Payne es considerablemente superior al *Franco* de Paul Preston —un libro nada exento de errores, dicho sea de paso—, pero ha sido orillada quizá porque sus juicios son notablemente equilibrados e imparciales.

La obra de Joaquín Bardavío y Justino Sinova *Todo Franco. Franquismo y antifranquismo de la A a la Z* (Barcelona, 2000) dedica también un apartado muy interesante y completo al Plan de Estabilización que puede complementarse con los referidos a sus protagonistas o al Opus Dei.

# 23
# ¿Quién creó el eurocomunismo?

Durante los años setenta, el panorama político europeo se vio sacudido por la aparición de un fenómeno conocido como eurocomunismo. Propugnado por Enrique Berlinguer, secretario general del PCI, inmediatamente fue asumido por el PCE, dirigido a la sazón por Santiago Carrillo, y el PCF de Georges Marchais. Supuestamente, el eurocomunismo era una nueva clase de comunismo que aceptaba las reglas del juego, que se mantenía distanciado y crítico respecto de la URSS y que pretendía avanzar hacia el socialismo de manera pacífica y escrupulosamente democrática. Pero, en realidad, ¿quién creó el eurocomunismo?

Durante los años setenta del siglo pasado, Enrico Berlinguer fue contemplado como un referente obligado de las izquierdas europeas. Fundador de una corriente que se autopresentaba como renovadora en el seno de los partidos comunistas —el denominado eurocomunismo—, formalmente abogaba por el mantenimiento de las libertades democráticas e incluso por la permanencia de Italia en la OTAN. Berlinguer había nacido en 1922 y, de manera que encontraba paralelos en otros dirigentes de partidos comunistas mediterráneos, pertenecía a una familia noble de Sassari, Cerdeña. Durante su juventud fue seguidor de Palmiro Togliatti, uno de los fundadores del PCI e importante funcionario de la Komintern. Togliatti había desempeñado entre otras misiones la de controlar a las Brigadas Internacionales en España y contaba no sólo con una enorme experiencia en tareas propagandísticas y represivas sino también con unas excelentes relaciones con Stalin. Bajo su sombra mentora, Berlinguer se afilió al PCI en 1944 y comenzó a dar sus primeros pasos en política.

La intervención aliada impidió que en la inmediata posguerra los partidos comunistas llevaran a cabo golpes de Estado en Francia e Italia similares a los ejecutados en las naciones del este de Europa. Con todo, el peso de los partidos comunistas continuó siendo muy considerable en los dos países citados. Siempre al amparo de la vieja guardia estalinista, Berlinguer fue desempeñando durante los años cincuenta distintos puestos de importancia hasta que en 1969 fue elegido vicesecretario general del PCI con Luigi Longo. Tres años después sucedió a Longo como secretario general e inició una nueva estrategia que recibió el nombre de eurocomunismo. La misma fue aceptada prontamente tanto por el clandestino PCE de Santiago Carrillo —que llegaría a escribir un libro titulado *Eurocomunismo y Estado* explicando la aplicación práctica de la teoría— como por el PCF de Georges Marchais, a la sazón el partido de izquierdas más importante de Francia.

El eurocomunismo resultó extraordinariamente sugestivo porque se despojaba del lenguaje leninista siquiera en parte e incluso pretendía mantener una notable distancia de la política soviética. Por ejemplo, en marzo de 1975, en el curso de un abortado golpe de Estado de la derecha en Portugal, Berlinguer se permitió criticar públicamente al partido comunista portugués por estar demasiado inclinado hacia las posiciones de la URSS. En 1976 fue más lejos incluso al señalar que Italia debía permanecer en la OTAN, ya que ésta garantizaba el «socialismo en libertad, el socialismo de una clase pluralista».

Este enfoque —indiscutiblemente hábil— no tardó en rendir dividendos a un PCI que había logrado polarizar a la sociedad italiana en torno a una Democracia Cristiana cada vez más corrompida y un hegemónico partido comunista que había aniquilado prácticamente al socialista. En 1979, Berlinguer fue elegido miembro del Parlamento Europeo en una época en que, por primera vez en la historia, un partido comunista se colocaba a la cabeza de las demás fuerzas políticas y parecía a punto de llegar al poder de forma democrática. Cinco años después —el 11 de junio de 1984— se produjo el mayor éxito de Berlinguer al ser el PCI el partido más votado en Italia durante los comicios europeos. Si no llegó a disfrutar de esta victoria se debió al hecho de que había muerto seis días antes.

Todos estos acontecimientos tenían paralelos bien diversos en otros países. Mientras el PCF mantenía en buena medida su peso político y formaba parte de los gabinetes socialistas, el PCE entraba en una crisis de la que nunca emergería. En los tres casos, al fin y a la postre, se produjo un verdadero seísmo cuando menos de una década antes del final del siglo XX tuvo lugar el colapso de la URSS. A cierta distancia ya de los tiempos dorados del eurocomunismo, cabe preguntarse por su

verdadera naturaleza y, sobre todo, por su auténtico origen. ¿Se trató realmente de un movimiento de renovación política que pretendía democratizar a los partidos comunistas? Ciertamente así lo creyeron centenares de miles —quizá incluso millones— de militantes y votantes. La realidad histórica, sin embargo, fue muy distinta.

Recientes revelaciones de antiguos agentes soviéticos obligan a pensar que simplemente se trató de una estrategia encaminada a la conquista del poder en sistemas democráticos y cuyos dirigentes nunca creyeron de corazón en la aceptación de la democracia occidental más allá de algunos gestos formales.

Anatoly Golitsyn, antiguo oficial de Estado Mayor del KGB, ha señalado así que en todo momento la relación entre los impulsores del eurocomunismo y Moscú fue muy estrecha y que sólo se utilizaba la nueva doctrina política como una manera de allanar el camino al poder acallando los temores del electorado más moderado. Golitsyn subrayó asimismo que, en el caso del PCE, por ejemplo, se acentuó más todavía la fachada de moderación precisamente para intentar borrar el recuerdo del papel acentuadamente represor de este partido durante la guerra civil española, un papel ejercido sobre poblaciones civiles, como fue el caso de las matanzas de Paracuellos, e incluso sobre fuerzas de izquierdas, como el marxista POUM o la anarquista CNT. Con todo, la distancia que separaba al PCE de la llegada al poder permitió utilizarlo en la campaña anti OTAN de una manera que habría resultado impensable —como así se vio— en el caso del PCI que, en apariencia, podía alcanzar el gobierno con relativa facilidad.

El testimonio de Golitsyn sería confirmado por Dorofeyev, uno de los principales expertos soviéticos en asuntos italianos. Comentando las conocidas afirmaciones de Berlinguer sobre el «socialismo en libertad», Dorofeyev insistió en que la palabra «libertad» no era interpretada de la misma manera por el PCI que por sus posibles aliados y que, por tanto, no debía creerse que iban a producirse cambios en los objetivos finales de los distintos partidos comunistas. Éstos, en todos los casos, seguirían una estrategia leninista, algo que no quedaba desmentido por el hecho de que no se hiciera referencia a la «dictadura del proletariado» ya que el mismo partido comunista de la URSS la había eliminado en su programa de 1961.

A juzgar por la propia documentación soviética, el eurocomunismo no fue una creación brillante y lúcida de Berlinguer, sino un producto cocinado en los despachos del KGB. No es amigo el autor de estas líneas de adentrarse en el tortuoso terreno de las ucronías, pero lo cierto es que, a juzgar por estas informaciones, si los eurocomunistas hubieran accedido al poder, el resultado no habría sido la consagración de la democracia sino la búsqueda de su transformación en un régimen similar a las dictaduras del este de Europa.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

El control que la URSS ejerció sobre los partidos comunistas a lo largo de toda su existencia constituye uno de los episodios más siniestros de la historia contemporánea. Por un lado, pone de manifiesto hasta qué punto sus cabecillas en los cinco continentes mentían a la hora de lanzar protestas sobre su independencia —cuestión aparte es lo que ingenuamente creyeran sus votantes y sus militantes— y, por otro, indica la tremenda capacidad de intoxicación de los servicios secretos soviéticos y la absoluta sumisión de las direcciones de los partidos comunistas a lo que se les dictara desde Moscú.

La relación entre el denominado eurocomunismo y la estrategia global de la URSS ya fue señalada en 1978 por Leonard Schapiro en *The Soviet Union and «Eurocommunism»* (Conflict Study, n. 99, Londres, 1978). En una dirección similar se pronunció Kevin Devlin en «The Challenge of Eurocommunism» en *Problems of Communism* (Washington, enero-febrero de 1977).

Con todo, el testimonio fundamental al respecto procede de Anatoly Golitsyn, un antiguo oficial del KGB especializado en contraespionaje que el 15 de diciembre de 1961 aprovechó su destino en Finlandia para desertar a Occidente. Golitsyn —que fue condenado a muerte en ausencia— trazó en *New Lies for Old* (Nueva York. 1984 un cuadro bastante elaborado de la estrategia de la URSS de cara a Occidente, incluyendo el uso del eurocomunismo. Su contribución a la defensa de Occidente frente al avance del comunismo fue reconocida por varios gobiernos y recibió, entre otros honores, el de ser nombrado comendador del Imperio británico (CBE).

# 24

# ¿Quién y por qué realizó las matanzas de Sabra y Shatilla?

Desde hace casi dos décadas, distintos medios de comunicación han acusado a Ariel Sharon, actual primer ministro de Israel, de haber perpetrado las matanzas de millares de refugiados civiles palestinos en Sabra y Shatilla. La acusación, repetida hasta la saciedad, ha dado pie incluso para que un tribunal belga se plantee la posibilidad de iniciar un proceso contra Sharon por crímenes contra la Humanidad. Sin embargo, ¿quién realizó las matanzas de Sabra y Shatilla y por qué?

La breve historia del Israel moderno es una trayectoria pespunteada por las agresiones continuas de los vecinos islámicos y el flagelo terrorista desde su fundación en 1948. Tan sólo entre 1951 y 1957, en una época en que Israel no estaba en lo que ahora se denominan territorios ocupados, fueron asesinados 967 israelíes por terroristas árabes que actuaban en el interior de las fronteras de 1949. La cifra, en términos absolutos, supera a la de los muertos ocasionados por ETA en décadas de historia y, en términos relativos, es más de cinco veces superior. Durante esos años, Ariel Sharon —que había sido uno de los militares preferidos de David Ben Gurión— no sólo dio muestras de una notable capacidad táctica, sino que además desarrolló una visión política que mantendría sin fisuras durante años. Si bien era partidario de seguir buscando la paz que los árabes rechazaban desde 1948, al mismo tiempo sostenía —como la práctica totalidad de la opinión pública israelí— que esa paz nunca podía ser adquirida a costa de la seguridad nacional ni pactando con terroristas como los de la OLP que asesinaban civiles, secuestraban aviones y servían a los intereses de la URSS en Oriente Medio. Esta posición explica que pudiera mantener excelentes relaciones con Hussein de Jordania —un monarca que no dudó en ordenar la muerte de millares de palestinos cuando la OLP amenazó su permanencia en el trono en los años setenta— o que se identificara con la posición antipalestina de los cristianos libaneses. Esta última circunstancia iba a dar origen a uno de los episodios que más ha dañado la imagen pública de Sharon. Nos referimos a las matanzas de Sabra y Shatilla.

La guerra del Líbano fue una guerra —como todas las libradas por Israel— meramente defensiva. Entre 1965 y 1982, la OLP había asesinado en atentados terroristas a 1 392 personas y herido y mutilado a otras 6 237. A inicios de los ochenta, Arafat decidió establecer bases en el Líbano que le permitieran no sólo acosar a los israelíes de una manera más efectiva sino también alterar el precario equilibrio de la zona volcándolo hacia vías revolucionarias e islámicas. No resulta por ello extraño que cuando los cristianos libaneses tuvieron noticia de que Arafat iba a trasladar varios millares de terroristas a la zona occidental de Beirut buscaran ayuda en la región para contener lo que contemplaban como los prolegómenos de una sangrienta guerra civil en la que también intervendría Siria. Tampoco sorprende que el único país que estaba dispuesto a enfrentarse con el terrorismo frontalmente fuera Israel. Fue así como nació la Operación Paz en Galilea, que se desarrolló bajo el mando de Sharon. La guerra del Líbano tuvo una enorme contestación internacional y una parte importante de los israelíes se opuso a ella quizá porque no captaba los peligrosos cambios que se podían fraguar en la zona amenazando directamente la seguridad de su Estado. Sin embargo, a pesar de todo, se saldó con un éxito militar indiscutible. De hecho, a su término, se había llevado a cabo la expulsión del país de más de quince mil terroristas, terroristas que habían perpetrado saqueos, violaciones y matanzas de poblaciones civiles cristianas, como la de Damur, en que la OLP asesinó a unas quinientas personas, o la del Shuf.

Sin embargo, la OLP no estaba dispuesta a darse por derrotada y es lógico también que así fuera en la medida en que se sabía respaldada por el mundo islámico y no deseaba verse privada de una base desde la que atacar a Israel. Como era habitual en su trayectoria histórica, recurrió al atentado terrorista. Fue así como se produjo el asesinato del presidente libanés Bashir Gemayel. La muerte de Gemayel no sólo fue un torpedo contra la línea de flotación de una posible paz en el Líbano, sino que además desencadenó un extraordinario deseo de venganza entre sus seguidores, que eran árabes pero no musulmanes, y que además deseaban mantener una independencia que veían directamente amenazada por la OLP y Siria.

El 16 de septiembre de 1982, en respuesta directa al asesinato de Gemayel, tropas pertenecientes a las falanges cristianas libanesas entraron en los campos de refugiados de Sabra y Shatilla y llevaron a cabo una matanza que pasaría a la Historia. Ciertamente, el número mayor de muertos correspondió a los palestinos pero, en absoluto, se trató de una acción limitada a éstos. Según el informe que, con posterioridad, la Cruz Roja evacuó al respecto, las muertes incluyeron a 328 palestinos varones, 15 mujeres y 20 niños, además de 109 libaneses, 21 iraníes, 7 sirios, 3 pakistaníes y 2 argelinos. Habían sido asesinados civiles pero, al mismo tiempo, era indudable que no pocos de los muertos eran terroristas cuya procedencia nacional mostraba hasta qué punto el Líbano se había convertido en el campo de batalla escogido por Estados terroristas para luchar contra Israel y —hecho que se olvida con frecuencia— aplastar a los cristianos de Próximo Oriente. De hecho, de los entre 600 000 y 900 000 libaneses que se vieron obligados a abandonar su país desde la llegada de Arafat, más de la mitad fueron cristianos.

Las noticias sobre la matanza de Sabra y Shatilla tardaron algunas horas en salir a la luz. Todavía el día 17, los israelíes —sin excluir a Sharon— ignoraban lo que había sucedido en Sabra y Shatilla, mientras los falangistas libaneses insistían en que todo se había limitado a un enfrentamiento con terroristas de la OLP. Sin embargo, la verdad no podía ocultarse. Lejos de intentar justificar una acción en la que, por otra parte, no habían participado los israelíes y empujado por una opinión pública que estaba horrorizada, once días después, Menahem Begin, el primer ministro de Israel, nombró una comisión de investigación para esclarecer responsabilidades. El momento fue aprovechado por los laboristas israelíes para intentar desplazar a la derecha del poder y, desde luego, por la OLP para culpar a Israel y a Sharon de la matanza. De esa manera, Arafat volvía a presentar a los palestinos como un pueblo víctima del imperialismo occidental y sionista, desacreditaba a Israel y ponía fuera de juego a uno de sus generales más brillantes. La jugada era políticamente hábil pero moral y éticamente indecente, sobre todo si se tenía en cuenta que partía de un colectivo que había acabado con la paz del Líbano.

A veinte años de los sucesos no puede dudarse de que la maniobra propagandística ha tenido un éxito notable. No obstante, la comisión, que recibió el nombre de Kahan por el magistrado que la presidía, fue taxativa en sus conclusiones. La matanza había sido realizada única y exclusivamente por las falanges libanesas sin participación alguna de tropas israelíes o de sus mandos. Sin duda, una intervención del ejército de Israel interponiéndose entre ambas partes podría haber limitado los efectos del ataque, pero resultaba más que discutible que hubiera tenido siquiera noticia de lo que iba a suceder. De ahí se derivaba una difusa responsabilidad moral que salpicaba a Begin y a Sharon por no haber previsto lo que iba a suceder y haber actuado en consecuencia. La idea de que el ejército israelí tuviera que imaginar lo que podían hacer las falanges libanesas e impedirlo tenía un punto de absurdo no pequeño y no resulta extraño que Sharon recibiera más que irritado el informe final de la comisión. Lo cierto, sin embargo, era que la opinión pública de Israel —a fin de cuentas, el único régimen democrático de todo Oriente Medio— había reaccionado espantada ante aquel episodio y que la matanza de Sabra y Shatilla —aireada cínica o ignorantemente contra Sharon en los años sucesivos— provocaría el final de Begin y, en apariencia, también el de Sharon, que había concebido una más que comprensible desconfianza hacia Arafat.

Con todo, si Sharon no desapareció de la escena política fue por varias razones. La primera, que su competencia era innegable; se trataba de una circunstancia que tampoco Shamir, el sucesor de

Begin, se atrevería a cuestionar y que implicaría una colaboración que duró hasta 1990. La segunda, que por mucho que sus enemigos afirmaran lo contrario la verdad era que Israel ni había ordenado, ni había perpetrado ni había consentido las matanzas. En 1990, «con el corazón lleno de pesadumbre» por utilizar sus propias palabras, Sharon presentó su dimisión como ministro de Industria y Comercio al primer ministro Yitshak Shamir. La razón aducida fue que el terrorismo palestino estaba actuando sin freno en el territorio nacional y causaba muertes no sólo entre la población israeli sino también entre la palestina, que no estaba dispuesta a someterse a los dictados de la OLP. Apenas estuvo cuatro meses fuera del gobierno. La llegada masiva de inmigrantes procedentes de la Unión Soviética había provocado una verdadera crisis de la vivienda y Sharon, que siempre había demostrado una notable capacidad gestora, recibió el encargo de asumir la cartera de Vivienda y Construcción. Durante los dos años siguientes, Sharon logró construir 144 000 nuevos apartamentos y restaurar otros 22 000. Nuevamente, se trataba de un logro sin precedentes, pero era tan sólo un paso más en el curso de una carrera en la que pareció docenas de veces que su papel se reducía al de pesimista y quejumbrosa voz que clamaba en el desierto pero que, finalmente, le llevó al poder con un incomparable respaldo en las urnas. Paradójicamente, el artífice de esa victoria fue su enemigo de ayer, Yasir Arafat, que al desencadenar una nueva campaña de atentados terroristas contra Israel y abortar el proceso de paz convenció a no pocos israelíes de que Sharon podía ser duro pero no había estado equivocado.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

La matanza de Sabra y Shatilla ha ocupado más espacio en los editoriales, las columnas de prensa y la propaganda que en los análisis y estudios históricos, posiblemente porque la guerra del Líbano —terrible contienda que se extendió a lo largo de década y media— suele considerarse un conflicto de importancia secundaria. Un acercamiento interesante desde la perspectiva de los sufrimientos, lamentablemente olvidados, de la población cristiana se halla en Claude Lorieux, *Cristianos en tierras del islam* (Madrid, 2002).

Desde un punto de vista militar y, especialmente, de las fuerzas de inteligencia, resulta especialmente recomendable el espacio que le dedican Ian Black y Benny Morris en *Israel's Secret Wars. A History of Israel's Intelligence Services* (Nueva York, 1991).

Un testimonio parcial pero muy interesante es el proporcionado por el propio Sharon en *Warrior. An Autobiography* (Nueva York, 2001).

# 25
# ¿Fue Bin Laden un agente de la CIA?

El atentado del 11 de septiembre de 2001 contra las Torres Gemelas de Nueva York desató una oleada de especulaciones acerca de la posible identidad de su autor. Una vez identificado éste con Osama Ben Laden, comenzaron a circular rumores acerca de una de esas trágicas paradojas en las que resulta pródiga la Historia. En este caso, consistiría en afirmar que Ben Laden habría sido entrenado por la CIA durante la invasión de Afganistán y, de manera involuntaria, Estados Unidos se habría labrado su propia desgracia, pero ¿fue realmente Ben Laden agente de la CIA?

Afganistán fue objeto de las codicias de Rusia y Gran Bretaña a lo largo del siglo XIX. Las intrigas y maniobras de poder en torno a esta tierra recibieron, no precisamente con exageración, el nombre de «gran juego», un episodio que aparece reflejado, por ejemplo, en el *Kim* de Rudyard Kipling. La retirada británica de la India en 1948, fruto del proceso de descolonización, y, especialmente, el avance imperialista de la URSS en cuatro continentes produjeron una presión creciente sobre Afganistán que llegó a su punto culminante a finales de los años sesenta, precisamente cuando la presidencia de Jimmy Carter en Estados Unidos transmitía una imagen de debilidad frente al desafío comunista.

Fruto de esta combinación de factores, durante la segunda semana de diciembre de 1979, se desplegaron en Kabul (Afganistán) las primeras unidades soviéticas aerotransportadas. El día 20 tuvo lugar la llegada de más tropas paracaidistas procedentes de la URSS, pero el golpe de Estado pro soviético no se produjo hasta el día de Navidad. El punto de inicio se dio cuando el entonces presidente afgano Hafizullah Amin, pro marxista, fue muerto a tiros en su propio despacho por agentes soviéticos. Amin había derrocado previamente al también marxista Nur Mohammed Taraki y había sido ahora derribado por Babrak Karmal, un personaje que había contado con el respaldo soviético para su toma del poder.

Apenas consumados los primeros pasos, Karmal solicitó inmediatamente ayuda soviética, lo que en apariencia legitimó la entrada en territorio afgano de un contingente de 85 000 soldados del ejército de la URSS. El mando invasor contaba con apuntalar a Karmal mediante la permanencia de un contingente que contara con una cifra de entre ocho y diez mil soldados en Kabul, pero no pensaba en una campaña larga. A fin de cuentas, en términos geoestratégicos no se habían producido cambios, ya que Afganistán era aliado de la URSS desde hacía casi una década y, posiblemente, lo único que deseaban los soviéticos era evitar trastornos políticos en el seno de un país amigo. Sin embargo, la medida —un cruento golpe de Estado con intervención militar soviética— causó en aquellos momentos una comprensible preocupación en el presidente norteamericano Carter, que decidió enfrentarse a la situación reduciendo los envíos de trigo a la URSS, boicoteando los Juegos Olímpicos de 1980, que se celebrarían en Moscú, y retirándose de las conversaciones de desarme SALT II.

Carter no se limitó a dar estos pasos que, en términos generales, apenas sobrepasaban el nivel de gestos. Al mismo tiempo, realizó acercamientos a los gobiernos de Egipto y de China para que prestaran ayuda a los rebeldes afganos, unos rebeldes que, de acuerdo con la regla que afirma que los enemigos de mis enemigos son mis amigos, se convertían en aliados de Occidente en la lucha contra la URSS. Las peticiones de Carter no fueron desatendidas.

Egipto, efectivamente, proporcionó bases para transportar armas a Afganistán. En cuanto a China, vendió algunas armas soviéticas a Estados Unidos y envió algunos equipos de entrenamiento a Afganistán para ayudar a los rebeldes.

Mientras la fuerza expedicionaria soviética crecía hasta alcanzar los 140 000 hombres —un volumen de combatientes realmente impresionante para dominar a un ejército de armamento bien atrasado—, Estados Unidos comenzó a pensar en la articulación de acciones encubiertas contra los soviéticos. El proyecto finalmente se convirtió en realidad al llegar Ronald Reagan a la presidencia. Si la administración Carter llegó a entregar a los afganos material por valor de unos treinta millones de dólares, Reagan ordenó unos incrementos que establecieron el presupuesto de ayuda del año 1987 en 630 millones. La ayuda revistió también —como suele ser habitual en el caso de Estados Unidos—

carácter humanitario, y así la administración Reagan se hizo cargo de los gastos ocasionados por los refugiados afganos en Pakistán hasta una cuantía de un millón de dólares al día.

El hecho de que Afganistán se convirtiera en la guerra encubierta más cara de la historia de Estados Unidos no fue del gusto de la CIA y explica que contara con una participación muy magra de la agencia. No le faltaban razones a sus funcionarios para sentirse a disgusto, ya que los fondos proporcionados por Estados Unidos eran administrados a través de un conjunto de generales pakistaníes no exentos de sospecha o, dicho más claramente, cargados de motivos para atribuirles una notable predisposición hacia los comportamientos corruptos. La mayor parte de la ayuda norteamericana se concretó así en el envío de armas no especialmente sofisticadas —250 ametralladoras hasta la primavera de 1984, por ejemplo— e incluso obsoletas, como los 7 500 rifles Lee-Enfield entregados a los rebeldes. Conociendo los canales de transmisión, no puede extrañar que, por añadidura, no pocas armas se perdieran por el camino. Los ejemplos, desde luego, no resultaron escasos. Así, en enero de 1985, la CIA empleó cincuenta millones de dólares en comprar cuarenta cañones antiaéreos suizos marca Oerlikon. En 1987, sólo once de estos cañones habían llegado a los rebeldes.

Tampoco el envío de asesores de Estados Unidos a Afganistán parece que estuviera conectado con la CIA, e incluso las tareas de entrenamiento se realizaron fuera de Afganistán, a diferencia del comportamiento que siguieron los agentes chinos. Por ejemplo, Andrew Eiva, un oficial de los boinas verdes, entrenó a combatientes afganos que lucharon contra la URSS pero llevó a cabo su labor en Pakistán y Alemania occidental.

Se trató, sin embargo, de casos excepcionales y en absoluto cabe afirmar que la resistencia afgana era meramente una pantalla de la intervención norteamericana, como denunciaron medios de comunicación cercanos a la URSS o meramente contrarios a Estados Unidos. En términos generales, la mayoría de las fuerzas afganas que se enfrentaron con los invasores soviéticos eran totalmente nativas, no’ contaban con muchos medios y carecían de presencia extranjera en sus filas. La resistencia generalizada, el sistema de guerrillas, la accidentada geografía y la imposibilidad de controlar las zonas rurales resultaron decisivas en la derrota soviética, aunque también influyeron la insospechada incompetencia militar de los invasores —que no pudo ser compensada por una crueldad casi ilimitada— y, en menor medida, el armamento aportado por distintas potencias.

Precisamente por todo lo anterior —que constituye un relato documentado y no un típico fruto de tertulia desinformada y locuaz— resulta más que dudoso que la CIA entrenara a Ben Laden para combatir en Afganistán y eso por dos razones. Primero, porque no existen pruebas de que desarrollara ese tipo de acciones y, segundo, porque incluso los asesores norteamericanos que intervinieron en ese tipo de tareas fueron escasos y operaron por regla general fuera del país.

Existe, además, otro factor no despreciable a la hora de rechazar esa hipótesis y es que, en esas fechas, Ben Laden ya había adoptado una orientación claramente antinorteamericana y mantenía conexiones con operaciones terroristas contra objetivos occidentales, como fue el ataque del 23 de octubre de 1983 contra acantonamientos de los *marines* y de militares franceses en Beirut, que se tradujo en la muerte de 58 galos y 241 norteamericanos, o el atentado contra la embajada norteamericana de la misma ciudad el 20 de septiembre de 1984.

Semejantes actos encajan totalmente con el Ben Laden terrorista islámico y antioccidental pero no, desde luego, con un agente de la CIA o incluso con un guerrillero entrenado por ésta.

Por tanto, a la cuestión de si Ben Laden recibió entrenamiento de la CIA habría que responder negativamente no sólo porque ésta limitó su intervención en Afganistán a proporcionar armas de manera indirecta a los rebeldes sino también porque Ben Laden ya estaba en aquellas fechas claramente comprometido en la lucha islámica contra Occidente.

Se trata de una respuesta que, muy posiblemente, no satisfará a las personas que están obsesionadas con culpar a Estados Unidos de todo cuanto de malo se da cita debajo del sol pero que, sin ningún género de dudas, responde a la realidad histórica.

# COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

El atentado del 11 de septiembre sorprendió a buen número de comentaristas occidentales en la más absoluta ignorancia acerca de la identidad de Ben Laden. Semejante circunstancia lo único que dejaba de manifiesto es que hasta esos momentos habían opinado sobre cuestiones como Próximo Oriente o el integrismo islámico sin saber el terreno que transitaban. No era, desde luego, el caso de los verdaderos especialistas y, si se me permite la inmodestia, señalaré que más de medio año antes del atentado realicé un programa para Radio Nacional de España sobre el singular personaje que, desde bastante tiempo atrás, había llamado mi atención no injustificadamente.

Antes del atentado, la bibliografía sobre Ben Laden era ya relativamente extensa. Simon Reeve en su obra *The New Jackals* (Boston, 1999) concedía un papel relevante a Ben Laden junto a otros personajes no menos siniestros como Ramzi Yusef, y la obra de Yonah Alexander y Michael S. Swetnam titulada *Usama bin Laden's al-Qaida: Profile of a Terrorist Network* (Ardsley, 2001) deja de manifiesto hasta qué punto Al-Qaida ni era desconocida ni había sido pasada por alto por los conocedores de lo que representa la amenaza del integrismo islámico. Posiblemente la biografía más completa de Ben Laden sea la debida a Yossef Bodansky (Nueva York, 2001), también bastante anterior en su elaboración a los atentados. En todos los casos se puede asistir a un retrato de un personaje que, lejos de ser alguna vez agente de la CIA, tenía marcado desde inicios de los setenta un rumbo acentuadamente antioccidental, antisraelí y, angustiosamente, con referencias a la necesidad de recuperar Al-Andalus para el islam.

Sobre el papel de Afganistán en Estados Unidos existe también material considerable para aquellos que deseen abordar el tema más allá de la película *Rambo III* y de sus propios prejuicios. John Prados lo trató de manera rigurosa en *President's Secret Wars* (Chicago, 1996). Jimmy Carter relató su versión del conflicto en su libro de memorias *Keeping Faith* (pp. 471 y ss.), y Sadat reconoció su papel colaborando con la política exterior norteamericana en Afganistán en el *New York Times* y el *Washington Post* del 23 de septiembre de 1981. El testimonio de Andrew Eiva, esencial para conocer la manera en que se desarrolló la intervención norteamericana en Afganistán, apareció en el *New York Times* del 25 de mayo de 1983 y el *Washington Post* del 8 de septiembre de 1984. Ni que decir tiene que a esas alturas Ben Laden llevaba ya años desplegando planes homicidas contra Occidente.




CÉSAR VIDAL MANZANARES (Madrid, 1958) es doctor en historia, filosofía y teología, así como licenciado en derecho. Ha enseñado en distintas universidades de Europa y América, y es miembro de prestigiosas instituciones académicas, como la American Society of Oriental Research o el Oriental Institute de Chicago. Actualmente colabora en distintos medios de comunicación como La Razón, Libertad Digital, Chesterton y Muy Interesante. Es autor de más de un centenar de libros, que habitualmente se sitúan en los primeros puestos de las listas de los más vendidos y que han sido traducidos a media docena de lenguas. Entre sus premios literarios destacan el de la Crítica «Ciudad de Cartagena» a la mejor novela histórica del año 2000, el premio Las Luces de Biografía 2002, el premio de Espiritualidad 2004, el premio Jaén 2004, el IV Premio de Novela Ciudad de Torrevieja (2005), el de novela histórica Alfonso X el Sabio 2005 y el Algaba 2006 de biografía. Sus éxitos literarios son numerosos, y pocos autores han logrado ventas tan altas de tantos títulos simultáneamente. Entre sus obras más recientes destacan Los masones (2004), Paracuellos-Katyn (2005), Bienvenidos a La Linterna (2005) y Jesús y Judas (2007), y las novelas históricas El médico de Sefarad (2004), El médico del Sultán (2005), Los hijos de la luz (2005), Artorius (2006) y El judío errante (2008).